El Cardonazo

GUILLERMO VILLEGAS HOFFMEISTER

Pie correspondiente a la portada

La paz era una realidad. En la fotografía aparecen, en el cénit de la gloria y la fama: Edgar Cardona Quirós, Guillermo Cortés González, Frank Marshall Jiménez y Max Cortés González. Un año más tarde, al producirse El Cardonazo, Marshall se enfrentará a sus amigos, salvando a la Junta de Gobierno que se tambaleaba al no contar con armamento para defenderse.

Portada de Oscar Bakit

v1.0

EDEL

DEDICO estas páginas a la memoria
de don Fernando Valverde Vega,
don Fernando Figuls Quirós y
don Sydney Ross Coronado, quienes
en pos de sus ideales siempre elevados,
jamás le fallaron a la Patria que los vio
nacer y que un día los acogió en su seno
cariñoso.

Mi agradecimiento profundo a todas aquellas personas que con paciencia y gentileza permitieron que las entrevistara para obtener sus versiones sobre los hechos narrados en este libro y a las que, con gran desprendimiento, me facilitaron documentos y fotografías referentes a los mismos, dando así, sin duda, un gran aporte al estudio de la historia patria.

El autor

INTRODUCCIÓN

Durante el día y la noche del dos de abril de mil novecientos cuarenta y nueve y la mañana del día siguiente, se desarrolló un hecho que conmovió al pueblo de Costa Rica, el cual apenas se tranquilizaba de la cruenta guerra civil ocurrida un año antes. El suceso que se produjo fue el movimiento militar conocido en la historia con el nombre de EL CARDONAZO, porque su gestor y ejecutor fue el Coronel Edgar Cardona Quirós, quien ocupaba en ese entonces el cargo de Ministro de Seguridad Pública y era además, uno de los soldados más distinguidos del Ejército de Liberación Nacional, triunfante en la guerra civil.

Día a día y durante más de quince años he trabajado en la búsqueda, recopilación, estudio, análisis y selección de informaciones reales y fidedignas, con el propósito de lograr una publicación que refleje, con la mayor exactitud y objetividad posibles, la verdad acerca de la Guerra de Liberación Nacional y sus causas. En el trayecto de mis investigaciones he estudiado además varios sucesos históricos, generados por dicha guerra: La invasión en diciembre de 1948, El Cardonazo y la Invasión en enero de 1955.

Para ello he realizado innumerables entrevistas a combatientes y otros protagonistas de los bandos en pugna en cada caso; he compilado documentos y escudriñado, minuciosamente, las publicaciones y otros textos, públicos y privados, de la época. De todos los hechos que originó la Guerra de Liberación Nacional, uno de los que más me ha llamado la atención es esc intento de Golpe de Estado del dos y tres de abril de mil novecientos cuarenta y nueve, por quienes se involucraron en él. Como pensé que un suceso de tal naturaleza debía tener alguna explicación lógica, me propuse buscarla, y el resultado de mis investigaciones son estas páginas.

EL CARDONAZO, como casi todo lo referente a los acontecimientos de aquellos años ha sido sepultado, paulatina y extrañamente en el olvido y no es porque se trate de un hecho intrascendente, pues de haber tenido éxito, otra sería hoy nuestra historia.

Mi trabajo incluye la narración de los hechos tal y como sucedieron. No es mi intención probar la razón o la sinrazón de sucesos y sus protagonistas. No emito criterio que incline la balanza ni a un lado o hacia el otro. Eso se lo dejo al lector.

G. V. H.

El movimiento armado que aparece en la historia con el nombre de "El Cardonazo", por ser la figura central del mismo el Coronel Edgar Cardona Quirós, podría tener su origen, por lo menos en parte, allá entre las brumas del frente de "El Empalme", durante el transcurso de la guerra civil de 1948.

Los soldados rebeldes, asignados a la posición de "El Empalme", se sentían inconformes por diversas razones: estaban sometidos a la fuerte presión diaria de las tropas del Gobierno; carecían de ropas adecuadas para movilizarse en un medio donde el clima era inclemente; soportaban hambre por la ausencia casi total de alimentos y, por si fuera poco, debían economizar el parque, al máximo, porque estaba racionado. Esta situación hizo que naciera entre los soldados rebeldes un sordo malestar en contra de la Plana Mayor de la Revolución, la cual se encontraba, a buen seguro, en la cercana población de Santa María de Dota.

Los ánimos llegaron a tal grado de calor que, a principios de abril, el distinguido oficial Mario Ludwig (Vico) Starke Jiménez, propuso a sus compañeros el fusilamiento del Lic. Alberto Martén Chavarría, quien había sido el creador del frente de "El Empalme", Este frente, considerado llave de la guerra para los rebeldes, fue una inspiración salvadora de la revolución, pues era el tapón hacia San Isidro de El General, punto de abastecimiento internacional por aire y hacia Santa María, asiento de los jefes supremos de ese grupo.

El Lic. Martén se encargaba de la logística y era el único que se preocupaba por la suerte de esos combatientes. Fuera de él, nadie parecía interesarse por ellos. A pesar de los esfuerzos de Martén el abasto era insuficiente y el disgusto de los jefes de línea, entre ellos Edgar Cardona, iba en aumento.

Cardona era un bastión del Ejército de Liberación Nacional, según, la definición que de él hacía el Comandante en Jefe don José Figueres.

Años atrás, por su condición de cortesista furibundo, Cardona había sido uno de los encargados de la seguridad de don León. Sufrió agresiones de parte del gobierno de Calderón Guardia, a través de la policía. Más tarde, fue víctima de las autoridades del gobierno de Picado, las que lo hicieron prisionero no menos de diez veces.

Fue víctima, también, del matonismo las brigadas de Choque de Vanguardia Popular. Estas agresiones, injusticias y persecuciones, en su contra, provocaron en Cardona una reacción de ira que le hizo mantenerse cada vez más activo en la oposición.

Con otros jóvenes, Cardona tomó parte en la aventura que el público denominó "El Almaticazo" porque fue escenificado en la emisora "Alma Tica", situada en las inmediaciones del lugar donde se encuentra, ahora, ubicado el Hospital Nacional de Niños. Esa intentona, empíricamente preparada, culminó con la muerte de José Aymerich. El fracaso total de la aventura se debió, entre otras cosas, a que los tiros que se les dieron a los integrantes del grupo no eran para el tipo de armas que ellos portaban. Por otro lado, no se preparó ninguna medida de prevención, en caso de que el golpe fallara. La acción en "Alma Tica", cuyo dueño era don Gonzalo Pinto Hernández, fue realizada la noche del 24 de junio de 1946. Cardona, junto con José Calvo Astúa, Roberto Fernández Duran y Víctor Alberto Quirós Sasso, tenía la misión de atacar las instalaciones de la Inspección General de Hacienda, cuando vieran en el firmamento la luz de una bengala. Para el ataque a dichas instalaciones, situadas en la esquina sureste de la intersección de la avenida segunda con la calle nueve, en San José, los jóvenes contaban con algunas bombas hechas de dinamita metida entre niples y con su entusiasmo. La señal, sin embargo, nunca se produjo.

Mientras tanto, el gobierno había tomado estrictas medidas de vigilancia. A las cuatro de la mañana, cuando Cardona y sus compañeros se dirigían hacia Guadalupe, al beneficio de café de don Alfredo Núñez, para dejar ahí el pick-up en que se movilizaban, fueron detenidos por un retén policial, a la altura de La Paulina. Carlos Brenes, un oficial a quien los oposicionistas llamaban con el mote de "Perro Negro" y que fue uno de los primeros en caer durante la guerra civil de 1948, comandaba el retén. En la detención de la Policía, en Cuesta de Núñez, Cardona y su grupo se encontraron con el resto de los comprometidos en la asonada.

Pasaron las horas. Como a las dos de la tarde del 25 de junio, se presentó a la prisión el Presidente Picado Michalsky, quien había sido profesor de Educación Cívica de Cardona, en el Liceo de Costa Rica. Al ver a los jóvenes, les preguntó: "¿—Qué pasa por aquí?". Con energía, los muchachos le respondieron: "—Nosotros tratamos de derrocarlo porque consideramos que usted no está bien sentado en la Presidencia—". Don Teodoro les dijo: "—Estamos en Costa Rica. Aquí todo puede arreglarse por bien. Salgan todos, váyanse a las casas—". El, personalmente, se encargó de que los jóvenes salieran en libertad.

En relación a ese incidente, Cardona nos dijo: "—De la prisión, salimos hacia la casa de los Fernández Duran, a festejar nuestra liberación. La casa quedaba por el Morazán, contiguo a lo que fue la Cantina "La Viña". Disfrutando los primeros momentos del cariño de la familia Fernández Duran, la aventura de la noche anterior iba entrando ya por el camino de la historia y de la leyenda.

Los comentarios, las críticas, la evaluación de los aciertos, ¿los hubo? y los errores, que fueron muchos, se mezclaban unos con otros. De pronto, se escucharon unos ligeros toques en la puerta de madera de la casa. Alguien salió, abrió la puerta e invitó a pasar a la persona que llegaba. "Quien había tocado -añadió Cardona- era un hombre bajito, al que yo no conocía. Me lo presentaron. Se trataba de don José Figueres. Allí le vi por primera vez y me conecté con él—".

"—Señores —nos contó Cardona qué les dijo Figueres— vengo a felicitarlos por lo que trataron de hacer. Eso demuestra que aún hay hombres en Costa Rica. Vengo, además, a invitarles a participar en un movimiento bélico que voy a organizar. Tengo —agregó Figueres— mis contactos en el extranjero, para conseguir armas en suficiente cantidad. Quiero darles la satisfacción de participar en un movimiento bien organizado".

Ese primer contacto con Figueres, llenó de entusiasmo a Cardona. Su juventud y su coraje, hermanados, sentían que se abrían las puertas de una Costa Rica distinta, conquistada a tiros y no a base de ruegos. Treinta y cuatro meses más tarde, las cosas iban a ser así.

Poco después, Cardona comenzó a frecuentar la bodega de mecates que don Pepe tenía en las cercanías del Parque Central de San José. Allí se forjaron planes a granel, sobre el quehacer del futuro inmediato. Así se llegó a la campaña electoral en la que se enfrentaron el Dr. Calderón Guardia, por el Partido Republicano Nacional, expresidente de la República que aspiraba volver al cargo, y el periodista don Otilio Ulate Blanco, postulado por el Partido Unión Nacional.

El grupo de Cardona apoyaba abiertamente a Figueres Jefe de Acción del Partido Unión Nacional y, discrepaba de la posición del Secretario General de esa agrupación, el Lic. Mario Echandi, quien pugnaba por una solución legal de la crisis y no por una salida violenta, como la que proponía don Pepe.

Figueres designó a Cardona y a Max (Tuta) Cortés como Jefe y Sub-Jefe, respectivamente, de los grupos de defensa del partido, una especie de Brigadas de Choque similares a las que tenía el oficialismo, para enfrentarlos a estas y a la policía. Se organizaron los grupos de San José, Alajuela, Cartago y los del resto del país. Fue una labor muy peligrosa y de entrega absoluta.

La campaña electoral estuvo saturada de violencia. Los heridos, presos, muertos y perseguidos, constituían el panorama de todos los días. En ese azaroso período, Cardona fue encarcelado más de una docena de veces. En todo momento, los ulatistas respondían con valor a las agresiones físicas de que eran víctimas de parte de las fuerzas del gobierno.

El estallido de bombas, aquí y allá, se producía a cada instante. Era la protesta estruendosa de la oposición. Un día, fue volado el automóvil del Lic. Manuel Mora, jefe del comunismo. El auto se lo habían comprado sus camaradas y amigos, mediante contribuciones públicas. Otro día, estalló una bomba en el periódico oficialista "La Tribuna" y el saldo fue un muerto y graves daños en el inmueble. No pasaba un día sin que una bomba estallara en cualquier lugar de la Meseta Central.

En ese ambiente de tensiones y de violencia algunos miembros del Partido Unión Nacional, especialmente Cardona y Tuta, se dedicaban a la compra de armas, para lo cual su partido había destinado la suma de ¢ 32.000.00 (treinta y dos mil colones). Las armas se le compraban a quien las tuviera. Según Max Cortés, adquirieron algunas que les proporcionaron los hijos del propio Presidente Picado y del Secretario de Seguridad Pública, Quienes les vendieron varias subametralladoras, parque y magazines, que iban a ser utilizados en la lucha contra el régimen.

Poco antes de las elecciones, Cardona hizo contacto con su viejo amigo, Frank Marshall. Años atrás, los dos habían promovido un escándalo en un centro de diversiones llamado "El Bambú", famoso en aquellos tiempos, y que se hallaba ubicado ni donde está hoy la Pagaduría Nacional. En el incidente, Marshall tuvo la mala suerte de golpear a un alto funcionario de la Embajada Americana. Como su familia era alemana y estaba incluida la "Lista Negra" que existía en aquellos día de la guerra, Marshall fue detenido e internado en un campo de concentración durante largos meses.

Cardona le propuso a su amigo un plan político en el que Marshall no quiso involucrarse, pues no le atraían ni le interesaban las aventuras de esa índole. "—Si participo, tendrá que ser en alguna acción importante—", le respondió a Edgar. Entonces, se elaboró un plan para matar al cubano Juan José Tavío y Silva, quien había hecho su aparición en el escenario nacional, después de la Huelga Nacional de Brazos Caídos, en julio-agosto de 1947, como Inspector General de la Policía. Ese cubano, terror de la oposición, tenía la costumbre de dar vueltas por La Sabana, en un muy vistoso auto convertible que poseía, apenas empezaba a anochecer. El plan era matarle en La Sabana, pero no llegó a concretarse.

En la Tesorería del Unión Nacional mientras tanto, existían dudas en cuanto a si se manejaban bien o mal los fondos para la compra de armas. Para ponerle fin a esas dudas, Cardona trasladó el armamento que habían comprado a la casa de su señora madre y llevó allí a don Ramón Aguilar Castro y a don Roberto Salazar Mata, tesorero y sub-tesorero del PUN, para que vieran el arsenal y constataran si se le estaba dando un curso correcto a los fondos del partido. El asunto quedó aclarado y no se presentaron más dudas, pero estas situaciones hacían que el trabajo se tornara difícil, aún en los niveles internos.

Al acercarse las elecciones un grupo integrado por Cardona, Cortés, Marshall, Víctor Alberto Quirós Sasso, José Santos Delcore, Fernando Figuls Quirós y Alberto Lorenzo Brenes, se trasladó a "La Lucha", finca de don José Figueres al sur de San José a prepararse para la guerra contra el gobierno.

Lorenzo había hecho amistad con Figueres en México, cuando este se encontraba allá en calidad de exiliado. Figuls conoció a don Pepe en el transcurso de esos días violentos o a través de su hermana María Figuls, esposa del Dr. Rosendo Argüello hijo, quien también se hizo amigo de Figueres en la

etapa que duró el exilio de este en la capital azteca. Delcore y Quirós Sasso, por su parte, hicieron amistad con el futuro caudillo, durante los días de esa amarga campaña política, Marshall no lo conocía con anterioridad.

Los jóvenes llevaron las armas a "La Lucha" y se acomodaron en el en el segundo piso de la fábrica de mecate. Allí dormían entre la cabuya. Se reunían en "Montelimar", nombre de la casa que Figueres poseía dentro de la finca, para conversar acerca de diversos temas relacionados con la empresa que iban a realizar, "—Durante esas conversaciones que sosteníamos en "Montelimar", antes de la revolución -narró Figuls- Figueres decía que al triunfar en la empresa que estábamos por emprender, lo cual se daba por un hecho, formaría una Junta Militar con los siete que habíamos llegado primero a "La Lucha" y, después de la anulación de la elección de don Otilio insistió en que la Junta Militar, no simplemente una Junta de Gobierno, como fue luego, no debería de reconocer la elección de Ulate, quien quedaría de una vez fuera del juego político. La negativa de Ulate de sumarse a la revolución en el frente sur, a donde se le mandó llamar, hizo que se fortaleciera, aún más, la idea de desconocerle como Presidente de la República—".

En el ínterin, entre las elecciones y el inicio del movimiento armado, Figuls viajó a Guatemala enviado por Figueres, para que arreglara los detalles del transporte de las armas a Costa Rica.

En diciembre de 1947 Figueres había suscrito un pacto con algunos exiliados caribeños, quienes luchaban por derrocar a los gobiernos despóticos de sus países. Don Pepe arengaba a los demás rebeldes y les hacía reflexiones sobre las facilidades que existían en Costa Rica para hacer la revolución. Con tiempo logró ganar para su causa el apoyo del Dr. Rosendo Arguello, del padre de éste, del mismo nombre y el del Profesor Edelberto Torres, intelectual nicaragüense que gozaba del aprecio y de la confianza absoluta del Presidente de Guatemala, Juan José Arévalo.

El Presidente guatemalteco era depositario de un lote de armas propiedad del millonario General Juan Rodríguez, un dominicano exiliado y archienemigo del dictador Rafael Leonidas Trujillo. Esas armas fueron usadas en la frustrada expedición llamada de "Cayo Confites", cuyo objetivo era derribar a Trujillo. Después de la fallida expedición, las armas fueron llevadas a Cuba y el Presidente de la isla, Ramón Grau San Martín, permitió que se las trasladara a Guatemala, en depósito, mientras le buscaba algo en qué usarlas. Además de armas, había abundante munición.

Es importante señalar que, entre los integrantes de la malograda expedición de "Cayo Confites", se encontraba Fidel Castro Ruz, en esa época enemigo acérrimo de todas las dictaduras. Doce años más tarde, en grotesca paradoja, Fidel Castro se convirtió en dictador de Cuba; en el más sanguinario dictador tropical del siglo XX.

Gracias a Figuls, la causa costarricense ganó un buen aliado: el Coronel Javier Francisco Arana, Jefe del ejército guatemalteco. Arena era un anticomunista reconocido y no veía con buenos ojos que los camaradas compartieran el poder, tal y como venía sucediendo en Costa Rica. La amistad entre Figuls y Arana había nacido muchos meses antes.

Figuls, con su compañero de labores don Claudio Cardona Cooper, logró que le entregaran las armas y arregló todo lo referente al transporte de las mismas. Consiguió, además, que el Presidente Arévalo le diera la suma de $ 50.000.00 en efectivo, como contribución para la revuelta. Don Fernando le entregó ese dinero al señor Cardona, quien lo manejó en forma muy escrupulosa.

Poco después, se desató la revolución. Los primeros tiros fueron disparados durante la madrugada del 12 de mayo de 1948 en San Isidro de El General. Los segundos en La Sierra, al mediodía. Aquí murieron el Coronel Rigoberto Tinoco Pacheco, distinguido militar gobiernista, el Mayor Carlos

Brenes, quien hacía menos de dos años había detenido a Cardona luego de los sucesos de "El Almaticazo" y el Oficial César Fernández.

"—En plena revolución, relata Fernando Figuls— desde Guatemala le escribí una carta a Tuta en la que le decía: "Creo que se comieron el mandado". Me refería a Figueres y al grupito que se formaba a su lado. Es que lo que se oía en Guatemala, contado por los pilotos que llegaban continuamente en busca de armas y municiones y hasta bombas aéreas que Arana nos suministraba, sacándolas de los arsenales del Gobierno, era preocupante. Además de los pilotos, otras personas que venían en esos vuelos nos hacían ver que, a los siete que había iniciado el movimiento, nos habían separado, en tal forma, que casi era imposible que pudiéramos comunicarnos unos con otros. En cambio, Figueres y su grupito podían planear, lo que ellos quisieran, en la tranquilidad de Santa María de Dota. Yo sospechaba que los siete íbamos a quedar, como al fin quedamos: ricos en promesas, miserables en cumplimientos " señaló Figuls.

Al fin llegó la paz y con ella la hora de las verdades. De lo sucedido en los campos de batalla, de los antecedentes, desarrollo y epílogo de la guerra, trataremos en otra publicación, con la amplitud que el tema se merece.

Por ahora, acompañemos al Ejército de Liberación Nacional, que se encuentra ya en Cartago. Sobre este episodio, Cardona comentó lo siguiente: "—Los combates aún no habían terminado en Cartago. En la casa de Claudio Antonio Volio se estaba pactando la entrega del cuartel, de parte del General Roberto Tinoco, quien lo había defendido con mucho valor. Llegamos allí algunos oficiales y entramos sin mucho miramiento a la casa. Se hizo salir a mi buen amigo don Mario Esquivel Arguedas, a quien Figueres había nombrado Vice-Ministro de Seguridad Pública. Mis compañeros obligaron a Figueres a anular ese nombramiento y me designaron a mí para que ocupara el cargo, contra el gusto de don Pepe. Como se ve, entré con el pie izquierdo, pues no estaba al tanto de las conversaciones que, a lo largo de toda la revolución y antes de ella, quizás, habían sostenido los que tenían "alguna hachita que afilar". Nunca supe —añadió Cardona— lo que tramaron en Santa María de Dota y, por la forma en que entré a la Junta, comenzaron a ponerme mil obstáculos y problemas en el camino—".

Antes de ese suceso, había ocurrido un incidente que revela el estado de ánimo que dominaba a los soldados. Fue el siguiente: los propietarios del "Hotel Holanda", ofrecieron una comida a los oficiales del Ejército de Liberación. Durante los aperitivos, al saberse cómo andaban las cosas a nivel político, surgieron airadas protestas y, al final, se desencadenó una balacera contra el cielo raso del hotel. Fue un verdadero escándalo y cada quien apuntó en su mente lo que quiso entender, con miras hacia el futuro.

Apenas entró el ejército libertador a Cartago, se supo que Figueres no le iba a entregar la presidencia a Ulate y que tampoco iba a cumplir la promesa de instalar una Junta Militar sino fue, en su lugar, iba a integrar un gobierno con personas a las que los militares ni siquiera conocían.

"—En el seno de la oficialidad— agregó Cardona— se produjeron divergencias y graves discusiones sobre el giro que iban tomando los acontecimientos, porque muchos éramos ulatistas, habíamos ido a la lucha por defender la elección de don Otilio. El recordado Alfonso Monge, su hermano Joaquín y otros más, botaron sus rifles, literalmente hablando, en señal de protesta por la instalación de la Junta Fundadora de la Segunda República. Se marcharon furiosos de Cartago y decían que ellos no se prestaban para una traición.

La mayor parte de los nombrados en la Junta habían estado muy tranquilos en Santa María de Dota —añadió Cardona— y nunca se les vio empuñar un rifle. Nadie les consideraba como combatientes. En medio de ese malestar noventa oficiales, más o menos, celebrábamos reuniones en la casa de

Bruce Masís, para comentar lo que sucedía y determinar las medidas que debíamos de adoptar. De allí salió la decisión de que se me incluyera en la Junta y se nombrara a Frank Marshall como Jefe del Estado Mayor. Se pensó que era indispensable que en la Junta estuviera una persona, por lo menos, que inspirara absoluta confianza al ejército. Eso ocurría el 16 de abril, cuando aún no estábamos en paz—" dijo Cardona.

Figueres accedió, gustoso, al nombramiento de Marshall. Sabía que este y Cardona habían tenido alguna diferencia, en plena revolución, por cualquier cosa sin importancia. Siguiendo lo que Cardona califica como "práctica divisionista", pues Figueres podría haber estimado que si tenía a Cardona y a Marshall en puestos altos, diferentes, dentro de un mismo ramo, quizás ellos no tardarían en tener un nuevo choque y, de este modo, se le presentaría la oportunidad de deshacerse de los dos. Esto le beneficiaría muchísimo, pues debilitaría a los miembros del Ejército y así ya no tendría pendiente sobre su cabeza la "espada de Damocles", que representaba el grupo que le ayudó a hacer la guerra y a ganarla.

El 8 de mayo de 1948, entre el júbilo de la mitad de Costa Rica y el dolor de la otra mitad, se instaló la Junta Fundadora de la Segunda República, para gobernar el país durante 18 meses, prorrogables a 24, según lo estipulado en el Pacto Ulate-Figueres, suscrito en la madrugada del 1 de mayo en la residencia del Lic. Jaime Solera Bennett. Ese mismo día y los anteriores, se produjeron grandes manifestaciones públicas promovidas por la Prof. Emma Gamboa Alvarado, Presidenta durante varios años de la Asociación Nacional de Educadores (ANDE), quien tuvo una participación muy destacada en la campaña cívica de la oposición a Picado y Calderón y contra los planes de Figueres de quedarse con el poder, como todo parecía indicarlo.

En la Junta Fundadora de la Segunda República figuraban, además de Figueres, don Francisco J. Orlich, don Fernando Valverde Vega, don Benjamín odio, el Lic. Alberto Martén, don Edgar Cardona y don Bruce Masís. Los oficiales del ejército consideraban, a pesar de que todos participaron en la guerra, como de "ellos" a los dos últimos. A los otros les veían como a simples políticos.

Algunos se sentían frustrados, engañados. El clima que imperaba no era el mejor para la Junta Fundadora y fue tal vez el nombramiento de Cardona, como Ministro, lo que evitó en ese momento, reacciones violentas entre miembros del ejército. El anterior nombramiento de Cardona, producido entre la rendición del Gobierno de Picado y la toma de posesión de la Junta, fue de Vice-Ministro y esto mantenía a los oficiales y a la tropa muy inquietos. Los ánimos se calmaron un tanto al ver a Cardona como Ministro.

Por esos días, cuando parecía que las cosas ya se iban acomodando y que la situación del país tendía a normalizarse, algunos de los oficiales del ejército encontraron en el Lic. Claudio Cortés Castro, hermano de don León y padre de Max, a un magnífico anfitrión. Don Claudio era un alto funcionario de la Cervecería Traube y recibía a los militares en los salones de la fábrica, situada en el camino a Tibás. Allí, entre vasos de espumosa cerveza bien fría, se revivían las glorias de la guerra; se relataban, una y otra vez, los episodios de las luchas en las calles de las ciudades y se recordaba, con cariño, la imagen de don León Cortés, "El Guayacán", como cariñosamente le llamaban sus partidarios. A esas tertulias asistía Max, quien más tarde viajó a New York en calidad de Cónsul de Costa Rica en esa urbe. Sus hermanos, Fernando y Guillermo, también se hacían presentes en las reuniones poniendo en ellas su toque de buen humor. No faltaban, de vez en cuando, críticas contra la Juta y alguna vez se habló de la necesidad de derrocarla. Con un aparente gesto agrio y con la energía que le caracterizó, don Claudio increpaba a los que sugerían tal cosa. Según Figuls, don Claudio decía: "—De eso ni se hable. Si alguno quiere siquiera pensarlo, lo que debe hacer es renunciar al puesto que ocupa—".

En las tertulias se trazaban planes, los mismos que acariciaba y comentaba aparte, con algunos de ellos, don Pepe Figueres y que era el establecer el ejército en forma y crear un Casino Militar para los oficiales. El ejército tenía su semillero en la Academia Militar, en Guadalupe, en las instalaciones del Club Alemán, en donde está hoy el Colegio Napoleón Quesada. Allí se preparaba a los futuros oficiales y se forjaba la tropa. El Casino se crearía en la antigua casa del Dr. Calderón Guardia, en Aranjuez, donde estuvo por varios años el Instituto de Desarrollo Agrario.

Con esos pensamientos, planes y quejas sobre la marcha política de los acontecimientos, de los oficiales y personas allegadas a ellos, el tiempo transcurría. Lo que más preocupaba a algunos de ellos eran las medidas socializantes que la Junta había implantado en el país, tales como la nacionalización bancaria y el impuesto del diez por ciento al capital mayor de cincuenta mil colones.

En esos mismos días se produjo un hecho que vale la pena relatar, con todos sus detalles, porque, al igual que otros sucesos dispersos, sería parte de los ingredientes que, mezclados, culminaron con el "El Cardonazo".

El 19 de junio de 1948 el Mayor Renato Delcore A., envió al Presidente Figueres desde Washington una carta, en la cual le informaba de gestiones que la Junta Fundadora le había encomendado. En su carta a Figueres, Delcore enumeraba las trabas que había encontrado en el cumplimiento de su misión. En la misma fecha, Delcore le escribió a su amigo Frank Marshall, Jefe del Estado Mayor y adjuntó a su misiva una copia de la nota que le había remitido a don Pepe.

Esas dos notas, como se verá más adelante, traerían consecuencias. La carta a Figueres dice:

"J*unio 19 de 1948*
Excmo Sr. Dn. José Figueres F.
Presidente de la Junta Fundadora
San José.

Muy estimado don Pepe:

Después de una semana de permanencia en esta ciudad en cumplimiento de la misión que usted tuvo la confianza y el honor para mí de encomendarme, me permito hacerle un reporte del resultado de la misma hasta la fecha:

Desde el propio momento de mi llegada pues el señor Embajador al tanto del objeto de mi viaje e inmediatamente él tomó el asunto con el mayor Interés, preocupándole desde ese momento por obtener para mí una entrevista con los oficiales que le había indicado J. H., lográndolo para el mismo din siguiente, visita a la que luí acompañado por él.

Los señores estos se mostraron muy interesados en lo que les expuse y me manifestaron que como aún no habían recibido indicaciones de que yo perteneciera al personal de nuestra Embajada, nuestra conversación tenía carácter estrictamente extraoficial, pero como yo insistiera en lo urgente de este asunto para nosotros, ellos, con espíritu de cooperación tomaron toda la información necesaria a fin de ir adelantando el asunto y me prometieron que inmediatamente que recibieran la necesaria comunicación, me llamarían para seguir tratando ya en forma oficial. Como esta llamada se hacía esperar yo, con el pretexto de obtener una información de otro sentido, me llegué por esas oficinas y ellos me manifestaron su extrañeza en que aún el Departamento de Estado no les hubiere hecho ninguna comunicación a pesar de haber recibido la de la Embajada desde hace una semana.

Yo comenté el asunto con el Sr. Embajador y ambos tenemos la creencia que esta demora puede estar originada por una serie de artículos y de noticias que se han regado por acá sobre la organización de un movimiento en nuestro país contra los gobiernos de Honduras, Nicaragua y República Dominicana, pues aún cuando nosotros sabemos bien que no hay absolutamente nada de eso, es necesario, creo yo, un pronunciamiento oficial o algo similar que permita disipar por completo las dudas sobre la actuación de nuestro país se hayan podido formar las cuales fueron abiertamente expresadas en el periódico "La Prensa" de Nueva York del día 17 y provenientes de Santo Domingo, esta creencia nos la reafirma el hecho que una solicitud del Sr. Embajador para obtener el necesario permiso para la compra de dos aviones permanece en el Departamento de listado desde hace días sin haber sido resuelta aún.

Puede ser que esta, nuestra creencia, sea errada, pero como usted, podrá ver hay varios factores que parecieran corroborarla, y es mi opinión que convendría hacer algo al respecto.

Por lo demás, por indicación del Sr. Embajador he visitado a los Attachés militares de algunos países amigos tales como Guatemala, El Salvador, Panamá y Venezuela, teniendo aún algunas que ver y he conseguido algunas ofertas para artículos que necesita el ejército, las cuales han sido enviadas a la Jefatura del Estado Mayor.

Bueno, don Pepe, sin otro particular inmediato aprovecho la oportunidad para saludarlo afectuoso e incondicional amigo

R. Delcore" (SIC)

La carta a Marshall, que llevaba adjunta una copia de la anterior, es la siguiente:

"*Junio 19 de 1948*

Sr.
Tte. Crel. Frank Marshall
Jefe de Estado Mayor
San José, C. R.

Estimado Frank:

Con carácter confidencial y por considerar que es necesario que la conozcas, te envío copia de mi información a don Pepe sobre el estado de las gestiones en esta (Washington) y mi opinión sobre varios asuntos que se han presentado, opinión que como verás es ampliamente compartida por el Sr. Embajador y que creo convendría tu discutieras con Edgar pues es de la mayor importancia hacer algo rápido sobre ese respecto, eso en el caso que no lo hayan hecho todavía y en caso contrario que me envíen toda clase de información que nos permita contrarrestar la campaña que nos están haciendo aquí, campaña que yo creo inspirada por costarricenses enemigos de la Junta y consiguiente de Costa Rica.

De cualquier manera esto no viene sino a ratificar lo que tantas veces conversamos nosotros y que tanto se ha insistido en dejar debidamente aclarado, ahora creo yo con más razón que nunca. Por lo tanto espero que ustedes, se ocuparán rápidamente de este asunto sin mencionarle a don Pepe que yo les envié a ustedes, copia de la nota para él.

También se regó aquí el rumor sobre un supuesto levantamiento en el Buena Vista, lo cual creo no tiene nada de cierto, pero como verás ellos tienen una campaña de sabotaje para nuestro movimiento que trata de explotar cualquier asunto y por lo tanto es absolutamente necesario que

me tengas perfectamente enterado de todos los asuntos de allá, especialmente los que conciernan a nosotros, para poder estar preparado para cualquier defensa que se haga necesaria, creo que la mejor forma es enviándome todos los recortes interesantes que se refieren a los asuntos que te menciono en particular.

Debo informarte que tenemos la oferta en firme de dos P-38 L-5, perfectamente listos y casi nuevos para la compra de los cuales ya solicitamos el necesario permiso del Departamento de Estado y los cuales voy a ir a ver la semana entrante al sitio donde están guardados.

Espero tu contestación sobre el kaky pues esas ofertas varían constantemente y por lo tanto es necesario tomar una resolución rápida.

Convendría que esta carta la conserves con carácter exclusivamente confidencial y sólo se la muestres a Edgar y ojalá me contesten al respecto a la mayor brevedad posible.

Un saludo afectuoso para Edgar y otro para tí de vuestro amigo (f) Renato".

Esa carta provocó largos comentarios entre Cardona y Marshall. Los dos estaban plenamente convencidos, como muchos otros militares costarricenses de alto rango y hasta rasos, de que la presencia en Costa Rica de cientos de extranjeros, quienes pregonaban en voz alta sus planes de invadir a otros países para liberarlos de las dictaduras que los azotaban, sin llegar nunca a nada concreto, resultaba harto comprometedor para nuestro país, sobre todo en lo que se refería a sus relaciones exteriores. En los Estados Unidos, como se deduce de la carta de Renato Delcore, se nos tenía en una especie de "lista negra", en cuanto a vendernos equipo militar.

Los extranjeros, quienes habían ingresado a nuestro país después de la victoria del ejército rebelde, causaban muchos problemas Edgar Cardona nos relató que maltrataban a los costarricenses les faltaban el respeto a las mujeres y cometían toda clase de desmanes. Con excepción de algunos pocos, los extranjeros representaban un problema muy serio para Costa Rica y fue la carta de Delcore la que vino a "poner el grano de sal en la herida".

Los altos militares se reunieron, discutieron el asunto y todos manifestaron su desacuerdo con la permanencia en territorio nacional del grupo de extranjeros. En las deliberaciones, se destacó el hecho de que algunos de los foráneos sí eran caballeros, en especial los pocos que estuvieron presentes durante el desarrollo de la guerra civil, pero se criticaba, por ejemplo, a José María Tercero, por haber ordenado una precipitada retirada del tapón puesto en "La Cangreja", en el momento de la entrada a Cartago. También se censuraba el extraño comportamiento de Francisco Morazán en el combate de San Isidro de El General. Era obvio que no todos los extranjeros que participaron en la guerra, gozaban del respeto de los oficiales costarricenses.

Lo que más se criticaba era el ascendiente que algunos de los extranjeros tenían sobre Figueres, quien les daba carta blanca para que cometieran sus abusos. El más repudidado por los oficiales y declarado indeseable por estos, aunque no lo identificaran con su nombre en los documentos, era Rosendo Argüello hijo, quien se comportaba como si fuera el amo de Costa Rica, gracias a su estrecha amistad con Figueres. Argüello le había servido mucho a don Pepe, en el exterior, para la realización de sus planes conspirativos. Fue Arguello quien puso a Figueres en contacto con el Prof. don Edelberto Torres, quien además de ayudar fundamentalmente en el logro de los entronques con los exiliados caribeños que se encontraban en México y en Guatemala, colaboró en que el Presidente Arévalo facilitara las armas que se utilizaron en nuestra Guerra Civil.

Estando así las cosas, reunidos en el Estado Mayor, los militares suscribieron el siguiente documento:

"San José,
25 de junio de 1948
Honorable Junta de Gobierno
de la Segunda República
S. M.

Estimados señores:

Conscientes de nuestra responsabilidad para con el país, por el cual hemos luchado ya como militares y por el que estaremos siempre en el futuro dispuestos a sacrificarlo todo, aún nuestras vidas, nos sentimos obligados, como costarricenses, a dirigirnos a esa Honorable Junta con el objeto de llamar muy atentamente su atención hacia el peligro que entraña la permanencia aquí de elementos revolucionarios nicaragüenses que, sin otras preocupaciones que las referentes a sus propios problemas políticos, se empeñan en crearnos dificultades de índole internacional, a las cuales, desgraciadamente, no estamos actualmente en condiciones de hacer frente, ya que acabamos de pasar una revolución y nuestras fuentes de riqueza están agotadas.

Creemos también del caso hacer hincapié en el hecho de que, posiblemente, por juzgar los Estados Unidos que la presencia aquí de los mencionados militares se debe a la posibilidad de que esté fraguándose un movimiento revolucionario contra el Gobierno de Nicaragua, no ha sido posible obtener hasta ahora la correspondiente autorización para la compra en ese país, de armamento, del cual, como nadie ignora, estamos urgentemente necesitados, ya que el que tenemos está en pésimas condiciones, como viene a demostrarlo el hecho de que en la actualidad sólo podemos contar ion mil rifles máuser que están en perfecto estado de conservación.

Por las razones antes aducidas, los suscritos, miembros del Estado Mayor y la Policía Nacional, todos militares de alta graduación en el servicio activo de las armas, queremos dejar constancia expresa de que juzgamos indispensable, por el bien de Costa Rica, la salida del país a la mayor brevedad posible de los ciudadanos nicaragüenses anteriormente citados, no obstante nuestra personal simpatía por ellos. Innecesario creemos, desde luego, hacer presente que veríamos con mucho agrado el que, además de cualesquiera homenajes que se juzgare justo tributarles, se les prestara la ayuda económica a que indudablemente son también acreedores.

En este sentido nos permitimos formular muy atentamente nuestra solicitud a esa Honorable Junta confiados en el espíritu de bien nacional que guía todas sus actuaciones, a la vez que les pedimos quede no ser atendida favorablemente esta solicitud nuestra que no tiene otra finalidad que defender en esta forma a nuestro país de conflictos internacionales con el mismo empeño y buena fe con que oportunamente lo hicimos en los campos de batalla, se sirvan aceptar nuestras renuncias de los cargos militares que desempeñamos. Al no haber recibido contestación en cuarenta y ocho horas después de haber puesto en sus manos esta comunicación nos hará considerar como aceptadas estas renuncias.

Con protesta de nuestra distinguida consideración, somos de esa Honorable Junta muy atentos y Ss. Ss.

Tte. Cnel. Frank Marshall
Jefe del Estado Mayor

CUARTEL DE ARTILLERIA:

Mayor Fernando Cortés N.
Primer Comandante

Mayor Rodolfo Herrera P.
Segundo Comandante

Capitán Carlos Guillermo Vargas
Tercer Comandanle

CUARTEL BUENA VISTA ESCUELA MILITAR:

Mayor Sidney Ross C.
Primer Comandante

Cap. Luis Quesada
Segundo Comandante

Tte. Joaquín Ortíz P.
Tercer Comandante

POLICIA NACIONAL

Mayor Manuel E. Herrero
Director Gral. Policía

Mayor Víctor Alberto Quirós
Primer Comandante

Ayudante Militar Ministerio Seguridad Pública
Capitán Jorge Woodbridge

Comandante de la Penitenciaría
Mayor José Joaquín Garro J.”

La carta anterior fue entregada inmediatamente después que las firmas le fueron estampadas. Las fechas de las mismas indican que el documento de los militares se produjo al instante en que se conoció la nota de Delcore. El contenido del documento de los oficiales revela que los ánimos estaban listos para cualquier movimiento. En la reunión en la que se redactó ese documento se habló incluso de la posibilidad de "asustar" a la Junta Fundadora de la Segunda República, si esta no atendía a lo que se le solicitaba.

En las oficinas del Cuartel de Artillería, la más poderosa fortaleza de la época, hubo una reunión, bastante acalorada, en la que todos los presentes se pronunciaron duramente en contra de la sil nación que se vivía en el país.

La Junta, por su parte, estudió el documento de los militares y al día siguiente, el Pbro. Benjamín Núñez, Ministro de Trabajo y el más polémico personaje del gobierno, dio la respuesta, la cual se

hizo a máquina y en papel de la Presidencia. Esta contestación, escrita en papel de la Presidencia, tenía tachada la palabra "Presidente", dice así:

"*Señores*
Tte. Cor. Frank Marschall (sic) y compañeros militares.
Pte.

Muy estimados señores Militares:

La Junta de Gobierno ha prestado seria y merecida atención al importante memorial que ustedes se han servido presentarle con fecha del 25 de los corrientes, en el que se denunciaba la permanencia en el país de los elementos revolucionarios nicaragüenses como un peligro en nuestras relaciones internacionales, y solicitaban, en consecuencia, que dichos elementos fueran sacados del país a la mayor brevedad posible. Presentaban, además, ustedes en dicho memorial, como alternativa única a su solicitud, caso que esta fuera contestada desfavorablemente, sus renuncias de los altos cargos que la Segunda República ha tenido a bien confiarles.

Después de considerar debidamente todos los extremos de su memorial, la Junta de Gobierno ha creído necesario llegar a las siguientes resoluciones: Primera: tiene Costa Rica una tradición de PAIS ALTAMENTE HOSPITALARIO, QUE SIEMPRE HA MANTENIDO SUS PUERTAS ABIERTAS PARA TODOS LOS HOMBRES PERSEGUIDOS EN DEFENSA DE LA DEMORACIA EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO, por encima de cualquier prejuicio de nacionalidad o de otra naturaleza. Esta tradición, que tanto prestigio y amistad nos ha merecido en el concierto de las naciones, debe ser mantenida en la teoría y en la práctica, permitiendo que los hombres amantes de la libertad y perseguidos por su causa, especialmente los de los países de Centro América y del Caribe, pongan sus ojos en nuestra bandera como en una estrella de esperanza y de refugio en los reveses de su lucha por la dignidad humana y cívica. Tenemos fundadas esperanzas de que ustedes que supieron exponer su pecho con tanta valentía para defender nuestros principios y valores más preciosos, estarán ahora en capacidad de aceptar con amplia comprensión el principio de la hospitalidad mas generosa para los hombres perseguidos de la tierra, que inspiró las leyes de inmigración y que fue tan fielmente seguido por nuestros mejores gobernantes. En consecuencia, la Junta de Gobierno se abstendrá de cualquier medida específica que pudiera interpretarse o ser, como una desviación de nuestra tradición de hospitalidad contra un grupo de hombres aglutinados bajo el común denominador de una nacionalidad determinada.

Segunda: Sin embargo, esta devoción al principio de Asilo hospitalidad de que nos ufanamos, no ha de obligar hasta el contrasentido de que se permita en su nombre que elementos extranjeros irrespeten nuestras leyes o disposiciones reglamentarias, menosprecien o desobedezcan a nuestras autoridades, trastornen el orden público con exceso de cualquier naturaleza o realicen actividades que puedan comprometernos en las relaciones internacionales hasta la humillación de las explicaciones o hasta el riesgo de conflictos armados. Por tanto, la Junta está dispuesta a restringir nuestro amplio derecho de asilo a todo aquel extranjero contra el cual existan cargos concretos y bien probados, del conocimiento del Ejército Nacional o de cualquiera otra autoridad. Si a tal caso se llegara, la Junta estaría defendiendo el principio de hospitalidad contra los malos huéspedes. No habría, entonces, persecución de nacionalidades, sino protección de toda nacionalidad contra sus malos miembros. Queda, por tanto, ante ustedes el camino abierto para indicar a esta Junta o a las autoridades respectivas, los casos en los que es preciso proceder inmediatamente para seguridad de nuestra soberanía y mantenimiento de los acuerdos y compromisos internacionales.

Por lo demás está indicarles que la Junta de Gobierno espera que ustedes alejen de la mente cualquier idea de renunciar en momentos en que estamos consolidando el futuro de nuestra patria,

pudiendo estar ustedes seguros que, sin necesidad de recurrir al expediente de las renuncias, esta Junta prestará seria atención a cualquier sugerencia o solicitud que ustedes o cualquier otros miembros del Ejército Nacional, crean oportuno hacer, por los conducios indicados, para beneficio del país, cuyo bienestar anhelamos lodos.

Reiterando a los señores militares la confianza que en su lealtad tiene puesta esta Junta de Gobierno, tengo el honor de suscribirme de ustedes muy atentamente

Rev. Benjamín Núñez V.
Ministro de Trabajo y Previsión Social
Secretario "ad hoc"

San José, Junio 25 de 1948".

Para la Junta la tormenta quedaría, supuestamente, amainada con la carta firmada por el Padre Núñez, quien fungía como Secretario de la misma en esa ocasión. Pero no sería así. Los militares observaban que los problemas con los extranjeros, en especial con los nicaragüenses, aumentaban cada vez más. Conscientes de que la situación del país no era la mejor, dejaron pasar unos días con el objeto de ver qué sucedía. Al constatar que no ocurría nada, en torno a la posición asumida por ellos, los oficiales acordaron remitir otra carta a la Junta de Gobierno. Esta carta, fechada el 16 de julio de 1948, dice:

"*Presidente Junta de Gobierno*
de la Segunda República
S. D.

Estimados señores:

Un deber de caballerosidad nos obliga a dejar constancia expresa de las razones que motivaron la renuncia que de nuestros cargos militares presentamos a esa Junta con fecha 23 de junio próximo pasado, a la vez que hacemos un breve relato de los sucesos que culminaron con dicha renuncia:

Hará aproximadamente un mes, algunos militares nos dirigimos al señor Presidente de la Junta haciendo hincapié en la conveniencia de que fuera cuanto antes resuelto el grave problema que la permanencia aquí de revolucionarios nicaragüenses le estaban creando al país, sin que esta comunicación nuestra mereciera contestación alguna.

Días después, y en vista del mal éxito de la anterior comunicación, nos dirigimos a esa honorable Junta reiterándole nuestros temores y manifestándole en una forma ya más clara que, como militares de este Gobierno, nos sentíamos responsables de los graves sucesos que en cualquier momento podían presentarse, de continuar dichos revolucionarios nicaragüenses en posesión del cuartelillo de la Artillería. Pues este hecho era ya bien conocido no sólo del Gobierno de nuestra hermana república de Nicaragua sino también del Departamento de Estado de Washington, que por esta razón, indudablemente, había demorado la autorización solicitada por nosotros para adquirir en ese país el armamento que teníamos pedido y que tanta falta nos está haciendo. Muy a nuestro pesar, supeditábamos nuestra permanencia en los cargos que veníamos desempeñando a la inmediata salida del país del Sr. Rosendo Argüello y al control de parte del ejército nacional del armamento en poder de los mencionados revolucionarios nicaragüenses.

Antes de haber recibido la contestación de ustedes, y mientras cambiábamos impresiones sobre la posibilidad de que esta segunda carta pudiera quedarse también sin respuesta, resolvimos que quizás era preferible para el país, que, antes de abandonar nuestros cargos, cumpliéramos con el

deber de dejar satisfactoriamente solucionado el problema del control por parte del Gobierno del armamento existente en el Cuartelito de la Artillería y de la salida del país de los tantas veces citados revolucionarios nicaragüenses.

Habiendo recibido la respuesta de esa Honorable Junta antes del término de las 48 horas fijadas por nosotros, que si bien en un principio no nos satisfizo, poco después los señores Quirós y Herrero nos hicieron comprender que allí se nos indicaba un rumbo a seguir, que era el de comunicarnos nuevamente con la Junta o bien con la autoridad competente, que era el Ministro de Seguridad, para proceder de común acuerdo en el arreglo definitivo de este asunto. Así lo hicimos, habiéndonos comunicado el efecto con el Teniente Coronel Cardona, quien aceptó ser la autoridad competente. Se convino que se enviara al Comandante del Cuartelillo de la Artillería, el lunes por la mañana, una carta en el sentido de que, a las dos de la larde de ese mismo día debería ser entregado a las autoridades nacionales para su custodia, a la vez que en la tarde de ese mismo día se detendría al Sr. Rosendo Argüello

El Sr. Presidente de la Junta se opuso a que se llevara a efecto el plan por nosotros acordado y nos reunió ese mismo lunes, para hacernos ver que él se oponía a la realización del plan nuestro en la forma que pensábamos realizarlo. Manifestamos al Sr. Figueres que el plan que se iba a realizar había sido consultado de previo con el Sr. Cardona. En vista de la oposición terminante del Sr. Figueres, manifestamos los firmantes, que en ese caso se sirviera darle curso a las renuncias presentadas por nosotros. El Sr. Figueres contestó que estaba bien, pero que en lugar de darle trámite colectivamente, lo haría poco a poco. Cosa que gustosos accedimos, para evitarle conflictos a la Junta. Creemos haber hecho una relación exacta de todo el proceso de nuestras renuncias, en el que en todo momento no quisimos otra cosa que conseguir para nuestra querida Costa Rica, la tranquilidad que necesita para reponerse del desgaste tan grande que acaba de pasar.

Con muestras de nuestra más distinguida consideración somos de ustedes atentos y seguros servidores.

(Puede ser firmada: E. Cardona Q.

Mayor Fernando Cortés
Mayor José J. Garro
Mayor Sidney Ross
Mayor Manuel E. Herrero
Mayor Rodolfo Herrera P.
Mayor Víctor Alb. Quirós S.
Tte. Col. Frank Marshall
Cap. Carlos Guillermo Vargas".

Antes de que la carta transcrita se produjera, el Teniente Coronel Frank Marshall Jiménez, Jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional, le había enviado al Presidente Figueres una carta en la que le decía:

"*San José, 30 de junio de 1948*
Sr. Comandante en Jefe del Ejército
de la Segunda República
S. O.

Estimado señor:

De mejor acuerdo, he decidido modificar los términos de mi renuncia, presentada a la Hon. Junta de Gobierno, en el sentido de pedir a usted que se sirva tramitarla enseguida con carácter irrevocable.

Quedo en espera de la persona a quien habré de hacer entrega a la mayor brevedad posible de todas las dependencias que he tenido bajo mis órdenes.

Creo del caso manifestar a usted, que he tomado esta determinación porque juzgo que no debo seguir compartiendo, como alto jefe militar, la grave responsabilidad que entraña la existencia en el país de un verdadero cuartel con armas, fuera del control del Ejército Nacional, y que como buen costarricense, estoy obligado a llamar muy atentamente la atención del gobierno y tratar de influir en el ánimo de usted a fin de que se sirva considerar la grave situación que en cualquier momento podría acarrearle al país, la presencia aquí de un buen número de extranjeros armados, entre cuyos más destacados jefes se encuentra Rosendo Argüello, que como es de todos conocido, goza de su total apoyo; desgraciadamente no estamos en condiciones de hacer frente. Ningún compromiso de orden sentimental o de cualquier otra índole puede anteponerse al interés nacional, al bien de nuestra querida Costa Rica, cuya tranquilidad interna y externa se está comprometiendo imprudentemente.

Soy de usted, con toda consideración, muy atento y Ss.

Te. Cnel. Fran Marshall
Jefe del Estado Mayor"

A pesar de que Figueres hizo lo imposible por evitar que los nicaragüenses fueran sacados del Cuartelillo de la Artillería situado en donde hoy está el Banco Central de Costa Rica, los costarricenses lograron sacarlos. A Rosendo Argüello se le envió a México, a un "exilio" muy bien pagado, pues se le remitían quinientos dólares mensuales, lo cual era una fortuna en aquellos días. Como no se le podía mandar más dinero, como él sugería, Argüello rompió sus vínculos con Figueres y se convirtió por muchos años, en su más acérrimo enemigo.

La amistad entre Marshall y Figueres, que se había establecido cuando se le daban los toques finales a los preparativos para el inicio de la guerra civil, quedó empañada. La prensa internacional divulgó el asunto con mas sensacionalismo que en Costa Rica porque, internamente, el hecho no fue conocido por los costarricenses en su verdadera dimensión.

Para apaciguar los estados de ánimo, exaltados a causa del retiro de Marshall del Estado Mayor, el Presidente Figueres hizo publicar en la primera página del diario LA NACION del 21 de julio de 1948. con títulos a tres columnas, lo siguiente:

"La revista TIME, del 12 del mes en curso insertó una nota que fue reproducida por Diario de Costa Rica, en la que se alude, -entre otras cosas— a la persona del Sr. Don Frank Marshall. La nota a que hago referencia, con datos inexactos, trató de empañar el buen nombre del ex-jefe del Estado Mayor. Nada más injusto. El Sr. Frank Marshall, valiente y arrojado en la guerra de Liberación Nacional, fue siempre pundonoroso militar en la paz. Su retiro del ejército nacional, se debió únicamente a su deseo de dedicarse a sus negocios particulares. De su caballerosidad y corrección en el desempeño de las delicadas funciones a él encomendadas, soy el primero en salir garante. Compañero de lucha y amigo personal, ha sido y es un hombre leal a los ideales que impulsan a los hombres de la Segunda República.

El país ha de estar eternamente agradecido con Frank Marshall porque su concurso en la gesta revolucionaria fue de enorme trascendencia. A él le corresponde la gloria de haber batallado con

indecible valor contra los enemigos de la república. Su nombre ha de quedar grabado en la historia patria con caracteres indelebles.

Es para mí muy satisfactorio, aprovechar la ocasión para desagraviarlo públicamente, tanto en mi carácter de Comandante en Jefe del Ejército nacional, como en el de amigo personal suyo".

Por esos mismos días, se había separado de sus cargos a otros elementos valiosos del ejército, entre ellos a don Mario Viriato Rodríguez Rodríguez, quien se había distinguido por su participación en la Batalla de San Isidro de El General en marzo del 48. Después de romper con la Junta, don Mario regresó a sus labores agrícolas en la zona Sur. La "luna de miel" entre algunos ex combatientes y la Junta de Gobierno, parecía estar llegando a su fin.

Recordando aquella crisis con los militares extranjeros Cardona nos cuenta que "-Una tarde de agosto, después de la renuncia de Frank como Jefe del Estado Mayor y de producirse las cartas de los oficiales del Ejército a Figueres, en vista de que la llamada "Legión Caribe" tenía en su poder todas las armas que habíamos traído para hacer la revolución, decidí actuar para recuperarlas, llamado a mi despacho a los Mayores Fernando Cortés Noriega y Fernando Figuls Quirós, ambos, lamentablemente hoy desaparecidos, para definir con ellos un plan de operaciones para asaltar, por sorpresa, evitando así la efusión de sangre, el Cuartelito de la Artillería y coger ese armamento para trasladarlo al Bellavista,a fin de tenerlo bajo nuestro control.

Estábamos trabajando en el plan cuando entró a mi despacho el Secretario de la Junta Fundadora de la Segunda República, Lic. Daniel Oduber a quien, en vista de que allí se dio cuenta de lo que hacíamos, le impuse del proyecto, felicitándonos por la acción que emprenderíamos, a la vez que nos manifestó su completo apoyo, asegurando que guardaría el secreto. A poco se fue de mi despacho.

A eso de las siete y media de la noche, llegó, apresuradamente, a visitarme el Mayor Manuel Enrique Herrero Serrano, Director General de Policía, quien me informó que la gente de la Legión Caribe había tomado posiciones de combate en varios edificios: la Dirección General de Tránsito, que estaba a espaldas del Cuartelito, el edificio de Aniceto Esquivel sucs. donde hoy está la Tienda Simón, Correos y Telégrafos y otros más, emplazando ametralladoras pesadas y abundante fusilería. Pedí a Herrero que visitase al Gral. Miguel Angel Ramírez Alcántara, para decirle que desmontara el operativo así como para que me informara a qué se debía, y este le respondió que tenían informes de que los calderonistas iban a levantarse en armas esa noche.

Suspendimos la acción y a la mañana siguiente hice comparecer a mi despacho al Gral. Ramírez para conversar con él, que tan buen compañero de armas fue, como lo fueron algunos de los 12 o 14 que vinieron a ayudarnos, en su compañía, en la Guerra de Liberación Nacional y luego de tres horas de cambiar impresiones, me dijo que en realidad se habían apertrechado para defenderse de nosotros porque Figueres le había informado que lo íbamos a atacar para quitarle el armamento.

Como se ve, Figueres buscaba que nos matáramos entre nosotros.

Con Ramírez llegué un buen arreglo y las armas me fueron entregadas por él y las deposite en el Cuartel Bellavista bajo el cuido del Mayor Fernando Figuls, que se desempeñaba como Inspector General de Hacienda.

Pese a todo, guardé silencio y prudencia. Era una gota más en el vaso de la impaciencia que se rebasó cuando lo de Tuta, no antes, pues si hubiera querido actuar antes tuve una ocasión de perlas y fue que los miembros de la Junta, que solíamos reunir-nos una vez por mes en alguna de las casas nuestras, para comer y conversar en la tranquilidad de un hogar, el primero de marzo de ese año,

1949, un mes antes del levantamiento, estuvieron reunidos en mi casa, en Barrio Amón en donde entonces residía, con el fin de cenar y escuchar una grabación de la sesión del primero de marzo del año anterior, efectuada por el Congreso Constitucional, en la que se anuló la elección de don Otilio Ulate como Presidente de la República, que nos llevó el actual Ministro de Cultura, Juventud y Deportes, don Hernán González G.

¿En qué parte mejor que allí los pude haber hecho presos sin disparar ni un tiro? Pero no, aún faltaban por apurar otros vasos de traiciones, dobleces, deslealtades antes de llegar al dos de abril. Antes del problema por Max Cortés, no habíamos preparado acción alguna contra la Junta a pesar de que algunos, como por ejemplo el Mayor Víctor Alberto Quirós Sasso, hasta hablaba de la necesidad de eliminar físicamente a Figueres. Lo que en contrario se diga, es absolutamente falso.

Luego comentó así sus roces con el Presidente Electo don Otilio Ulate:

"—A cada nada se me buscaban problemas. Una vez que don Otilio Ulate le hizo serias críticas a Seguridad Pública le contesté, quizás, un poco grosero. Don Otilio dijo que él no se entendía con militares sino con el jefe, con Figueres, como tratándome de poco más o menos a pesar de que, como se sabe, fui un buen ulatista. Puso, además, a algunos periodistas a que me hicieran preguntas capciosas, las que contesté con irrespeto, con violencia, si se quiere, contra don Otilio, porque estaba muy molesto con él. Figueres, entonces, con su modo de ser, me dijo: "No se moleste Edgar, eso usted lo arregla con veinte centavos". Se refería al precio de un tiro calibre 45, con el que podía ultimar a Ulate. Figueres era el mismo Jano. Me mostraba una carta y a mis espaldas sacaba el puñal.

El, Figueres, protegió a aquellos aventureros que hablan llegado aquí como tropa de ocupación, —siguió narrándonos Cardona —y agregó—: esos extranjeros insultaban a nuestras mujeres, se burlaban y atropellaban a los hombres y entre ellos se distribuían los dineros del famoso Decreto 80 que manejó don Daniel Oduber. Tuve incidentes con el mismo Oduber y con Gonzalo Facio, este último Ministro de Justicia, a quienes les reclamaba su incapacidad para oponerse a lo que estaba sucediendo con esos sujetos que nos caían por centenas.

Con Toño Figueres, el hermano de don Pepe, sostuve una violenta discusión a raíz del nombramiento que Figueres hizo de Chendo Argüello, como Inspector General Militar en la zona sur de San José y Cartago, pues querían que se le entregara la mitad de las armas que conseguí en Cuba y de lo que hablaré más adelante. Toño me dijo, de mal modo, que quizás yo no confiaba en el buen juicio de Pepe y que si las cosas no me gustaban que se lo dijera a él, a Figueres. De inmediato, me dirigí al despacho del Presidente, a quien le expresé lo que pensaba de este asunto. Añadí que, como Ministro de Seguridad, le debía todo mi respeto a Costa Rica y que las armas que Cuba nos enviaba eran para defender la soberanía nacional, para defender la paz, no para entregársela a un sinnúmero de sinvergüenzas como eran Chendo Arguello y su equipo.

Por el asunto de esas armas fui a La Habana, en octubre de 1948, a la toma de posesión del Presidente Carlos Prío Socarras. En la comitiva viajamos Benjamín Odio, como Ministro de Relaciones Exteriores; Mario Goicoechea, como agregado civil; Fernando Figuls, como agregado militar; Emilio Valverde Vega, como Ministro Consejero y Luis Alberto Monge Alvarez, como delegado obrero.

Yo había establecido buena amistad con Prío Socarras cuando estuvo en Costa Rica. En el curso de una de las conversaciones que sostuve con él, me dijo que si algún día teníamos necesidad de algún tipo de ayuda, que enviáramos aviones y nos remitiría lo que necesitáramos, en forma inmediata.

Al llegar a La Habana, me pusieron tres edecanes: uno del ejército, otro de la aviación y el último por la marina. No bien llegamos, Luis Alberto Monge se desapareció. A los días, preocupados porque teníamos que regresar a Costa Rica y Luis Alberto no aparecía, pregunté a uno de los edecanes si sabían algo de él y me respondió "No se preocupe, don Luis está bien, lo que sucede es que todos estos días ha estado muy ocupado en reuniones con Blas Roca y Marianello—". Esos eran dos de los más importantes jefes comunistas de la isla y luego poderosos bastiones de Fidel Castro. El militar que me dio la información fue fusilado, años más tarde, por Fidel. Lamentablemente, su nombre se me olvidó. Monge se reincorporó a la misión, el mismo día en que volvimos al país.

Unas semanas más tarde -continuó Cardona— cuando todo evidenciaba que el calderonismo, con la ayuda de Somoza, nos iba a invadir, decidí que era el momento de aceptar la oferta de ayuda que me había hecho el Presidente Prío. Arreglé lo necesario con la Junta, para enviar un avión a La Habana a recoger lo que requeríamos. Encargué de la misión a Fernando Figuls, un maestro en esas cosas, con instrucciones de cargar las armas y volver de inmediato a La Sabana, de donde salía.

Mientras el avión se preparaba para salir llegó la orden, directamente de Figueres y a través de Mario Facio, quien era el Director General de Aviación Civil, de que los pilotos cambiaran el plan de vuelo y al regreso aterrizaran en San Isidro de El General, en donde deberían dejar la mitad de las armas y municiones para que los recogiera, sin duda, Rosendo Argüello y se les diera a su gente. Figuls me informó, por teléfono, de lo que pasaba. Le pedí que me llamara a Mario Facio. A este y a Figuls, les dije que ignoraran la orden porque no teníamos por qué entregarle las armas a los nicas, puesto que nosotros habíamos peleado por Costa Rica y que no debíamos inmiscuirnos en cosas de otros países de Centro América. Me hice responsable de lo que pudiera suceder. Así logré que las armas correspondientes a los dos vuelos que se hicieron llegaran a La Sabana y, en consecuencia, a los arsenales de la nación. Esa ayuda resultó valiosísima.

Es lógico —agregó Cardona— que mi situación personal con Figueres se agravaba. Durante la invasión, que se produjo a la media noche del 10 de diciembre, yo seguía oponiéndome a la presencia de los extranjeros, como lo había estado haciendo desde meses atrás, cuando Frank también se oponía junto con el grupo de Seguridad Pública y el del Estado Mayor. Es que a los extranjeros siempre se les quería mantener con todas las garantías y comodidades, pese a que para entonces se les había pagado la suma de 125.000 dólares por el alquiler de las armas v mu chas otras cosas más que se les habían tolerado y complacido

En esos días difíciles siguió relatando Cardona— era cuando más notaba la falta de sinceridad. Sentía venir la puñalada por la espalda a pesar de que el 30 de noviembre de 1948, a propuesta del Lic. Gonzalo Facio Segreda, Ministro de Justicia, se me concedió, de parte de la Junta de Gobierno, el grado de Coronel efectivo. Los considerandos del Despacho respectivo son harto elogiosos para mí. ¡Jano estaba en su apogeo! Véase cuánto era el doble juego de Figueres que, mientras por debajo me atacaba, en público me hacía reconocimientos, como, por ejemplo, *el que dos días antes de disolver el ejército hizo público reconocimiento de que ese paso se debía a mí. Señaló que ese paso tan importante era uno de los que iba a someter a la consideración de la Asamblea Constituyente y que su aplicación se debía al empeño del Ministro de Seguridad Pública, Coronel Edgar Cardona*. Ese reconocimiento y los considerandos del Despacho de Coronel efectivo, son un mentis rotundo a lo que cuatro meses más tarde se dijo de mí. Un mentis porque no podían cubrirse cosas de ese tamaño en tan poco tiempo. Por cierto Figueres dio a La Prensa Libre unas declaraciones, publicadas en la edición del 2 de diciembre de 1948, en las que abiertamente reconoce que la abolición de Ejército se debía a mí. Esas declaraciones dicen:

AL CORONEL CARDONA SE DEBE LA MEDIDA QUE SUPRIME AL EJERCITO REGULAR DE COSTA RICA.

"—Fue el señor Ministro de Seguridad Pública quien propuso a la Junta de Gobierno que se adoptara ya esa medida que formaba parte de nuestra ideología revolucionaria"—.

"—Los oficiales del ejército y todos los cadetes merecen la gratitud de la Patria y la estimación de sus conciudadanos-".

"—El Señor Presidente de la Junta de Gobierno, don José Figueres nos hace oportunas y cálidas manifestaciones de simpatía para el Coronel don Edgar Cardona—".

"—En la mañana de hoy, en su Despacho de la Casa Presidencial, tuvimos la grata oportunidad de cambiar impre-liones con el Sr. Presidente de la Junta de Gobierno, don losé Figueres. Al comentar con él la trascendental medida de suprimir el Ejército Nacional, nos hizo las siguientes manifestaciones "COMO EN LAS INFORMACIONES PERIODISTICAS QUE DAN CUENTA DEL ACTO QUE SE LLEVO A CABO AYER EN EL CUARTEL BELLA-VISTA NO APARECE CLARO EL ORIGEN DE LA MEDIDA TOMADA POR LA JUNTA DE GOBIERNO DE SUPRIMIR EN ESTE MOMENTO EL EJERCITO REGULAR, ME SIENTO IMPULSADO, POR UN SENTIMIENTO DE JUSTICIA, A DECLARAR QUE QUIEN MAS EMPEÑO PUSO PARA LA REALIZACION DE LA INICIATIVA, Y QUIEN MAS SE PREOCUPO PORQUE ESTA SE LLEVARA A FELIZ TERMINO EN EL MENOR TIEMPO POSIBLE FUE EL SEÑOR MINISTRO DE SEGURIDAD PUBLICA, CORONEL DON EDGAR CARDONA. ES CIERTO QUE LA TESIS DE REDUCIR LA FUERZA ARMADA DEL PAIS PARA CONCENTRARLA AL CUERPO DE POLICIA, ESTABA CONTEMPLADA EN EL PLAN DE ACCION GUBERNAMENTAL REVOLUCIONARIO. PERO EL CORONEL CARDONA NO HA TENIDO DESCANSO EN SU LAUDABLE EMPEÑO DE CERCENAR SU PROPIO PODER Y ATRIBUCIONES, Y SE DESTACO EN LA JUNTA DE GOBIERNO COMO EL MIEMBRO CONSTANTEMENTE PREOCUPADO PORQUE LA IDEA NO QUEDARA RELEGADA AL TERRENO DE LAS UTOPIAS O DE LAS BUENAS INTENCIONES. SUYA ES TAMBIEN LA FORMA NOVEDOSA DE ENFOCAR LA RESOLUCION DEL PROBLEMA, DE ACUERDO CON LA CUAL SERAN LAS ESCUELAS DEL PAIS Y LOS NIÑOS DE COSTA RICA QUIENES VAN A RECIBIR LA MAYOR PORCION DE BENEFICIOS, PORQUE LOS FONDOS DESTINADOS AL MANTENIMIENTO DEL EJERCITO IRAN AHORA A ENGROSAR LAS PARTIDAS DEL PRESUPUESTO QUE TOCAN AL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA. ADEMAS DE ESO, EL PASO QUE SE DIO PUDO DARSE PORQUE EL SEÑOR MINISTRO DE SEGURIDAD PUBLICA, CON UNA TENACIDAD Y CON UN GRAN ESPIRITU DE CONCILIACION QUE VENGO AHORA A RECONOCERLE PUBLICAMENTE, LOGRO LA COMPLETA PACIFICACION Y TRANQUILIDAD DE LA FAMILIA COSTARRICENSE, TAREA ESPECIALMENTE DELICADA SI RECORDAMOS QUE POR EFECTOS DE LA REVOLUCION LOS ANIMOS QUEDARON EXALTADOS Y LAS PASIONES DESENFRENADAS.

"-SEA ESTA OPORTUNIDAD PROPICIA PARA EXPRESAR NUESTRA PROFUNDA GRATITUD A Ta DOS LOS OFICIALES DEL EJERCITO, QUE CON ARRAIGADO SENTIMIENTO DE PATRIOTISMO HAN SABIDO COMPRENDER Y ACEPTAR UNA DISPOSICION QUE LOS OBLIGA A DEPONER SUS ARMAS, COMO HOMENAJE DE RENUNCIACION EN BENEFICIO DE NUESTRA CIVILIDAD. TODOS LOS CADETES QUE VEN TRUNCADAS SUS ASPIRACIONES Y PERDIDO EL TIEMPO QUE CON TANTO CARIÑO DESTINARON A SU ENTRENAMIENTO, SON TAMBIEN ACREEDORES A LA GRATITUD DE LA PATRIA. TODOS ELLOS HAN ESCRITO CON SU GESTO UNA BRILLANTE PAGINA EN LA HISTORIA NO SOLO DE COSTA RICA SINO DEL CONTINENTE AMERICANO Y DEBEMOS POR ELLOS ABRIR NUESTROS CORAZONES Y DEJARLES DICHO, CON UN ABRAZO CORDIAL, QUE CON SU LEVANTADA ACTITUD HAN SABIDO GANAR LA ESTIMACION PROFUNDA Y EL RESPETO SINCERO DE SUS CONCIUDADANOS-".

Sin embargo las cosas -añadió Cardona- iban de mal en peor por las distintas posiciones de los Ministros de la Junta y, he aquí que surge un nuevo elemento que separa y es el envío del Secretario de la Junta, Lic. Daniel Oduber, a los Estados Unidos, a comprar algunas armas. Cuando este viaje de Daniel a Estados Unidos, Tuta me envió una carta en la que se quejaba, amargamente, por la misión encomendada a aquel, pues, según me decía Tuta en su misiva; no se explicaba cómo ponían a Oduber, quien jamás había disparado un tiro, a comprar armas de las que nada sabía ni conocía y que seguro lo que había detrás de eso era alguna comisión en el negocio. Oduber compró una cantidad apreciable de subametralladoras Reissing. Esas armas eran malísimas. Al poco rato de dispararlas, se les doblaba el cañón.

Pero bien —indicó Cardona— un tiempo después de que esas ametralladoras ingresaron a nuestros arsenales, en un momento en que yo estaba fuera del país, Figueres le ordenó a don Rodolfo Quirós González, sub-jefe del Estado Mayor —la jefatura estaba a mi cargo después de la renuncia de Marshall— que le entregara cien de esas armas, con su respectiva dotación de magazines y tiros, a unos oficiales guatemaltecos que habían llegado al país en avión. Las armas iban destinadas al Ministro de Defensa, Coronel Jacobo Arbenz. A las cuatro de la mañana del día siguiente a la orden, las armas salieron hacia su destino y allá se las trasladó subrepticiamente a una propiedad del Ministro, a una mediana distancia de la ciudad de Guatemala.

Nuestro gran amigo, el Coronel Arana, fue informado, por alguien, de la presencia de esas armas en su país. El era anticomunista y Jefe del Ejército, en tanto que Arbenz era comunista. Los dos tenían sus roces, como los tuvieron cuando nuestra guerra civil, pues Arbenz veía con malos ojos que se nos enviara ayuda cuando peleábamos contra sus congéneres rojos aquí.

Arana se dirigió, creo, a un pueblo llamado San Marcos, en pos de las armas, a averiguar qué pasaba y, en un puente, le tendieron una emboscada y allí murió ametrallado. Alguien comentó y aún hace poco oí el mismo comentario, de que la persona que dirigió esa emboscada fue Francisco Morazán, quien había participado a nuestro lado en la guerra civil.

Fue un verdadero crimen mandarle armas a Arbenz, para su lucha interna contra Arana, cuando fue este precisamente el motor de la ayuda a nuestra revolución —comentó Cardona y agregó— Figueres trató entonces de catequizarme a favor de Arbenz y, varias veces, me dijo: "*Coronel, usted tiene que ir a Guatemala a conocer a Arbenz*". Yo lo oía y guardaba silencio", concluyó Cardona.

Los sucesos de la invasión calderonista de diciembre de 1948, hicieron que los disidentes del Gobierno volvieran a ponerse a las órdenes de este. Sobre esto, Edgar Cardona nos contó lo siguiente:

"Apenas comenzó la cosa, se presentó Marshall a mi despacho y me dijo: Coronel, vengo a ayudar en lo que sea. Se alistó y, como siempre, se lució. Pasó lo fuerte del problema, pero siempre quedaron algunos adversarios por Guanacaste, quienes no dejaban de molestar. Decidimos mantener una fuerza militar en esa zona. Ulate vivía criticando tales medidas y poniendo en tela de duda que hubiera peligro. Para evitar que se dieran informes contradictorios en Seguridad Pública, ordené que la información fuera centralizada en una sola persona. Esto hizo que los periódicos de Ulate lanzaran sobre mí andanadas furiosas y aún más cuando, al retirar las fuerzas acantonadas en Guanacaste, un grupo de oficiales me rindió un homenaje en el cuartel de Artillería, en el que me entregaron las espuelas de don León Cortés y un sable -que conservo con cariño- que perteneció a don Tomás Guardia. Ese homenaje demostraba que yo disfrutaba del afecto y de la simpatía de los oficiales y sirvió, también, para que don Otilio me pusiera como "chupa de dómine", por el sonido de las espuelas y de los sables, como que yo estaba tratando de entronizar la casta militar en el país, cuando la verdad es que fui quien impulsó, con más ahínco que nadie, como se ha visto, la

desaparición del ejército. Don Otilio se olvidaba de que habían sido esas armas, que él tanto criticaba, lo que le salvaron la Presidencia, añadió Cardona.

Muchas cosas más sucedían y molestaban sobremanera tanto a Cardona como a muchos otros costarricenses. Por ejemplo se cita el hecho de que el Padre Núñez, Ministro de Trabajo, tomaba medidas que el de Seguridad Pública consideraba peligrosas para el desarrollo de los planes de seguridad del Estado pues con ellas se protegía a muchos rojos. Cardona, cita por ejemplo, que en una ocasión Núñez se negó a firmar un decreto para separar de su cargo a un importante empleado comunista de una empresa de cabotaje, por lo que él firmó el despido. "—Cada Ministro tenía amplios poderes, por lo que el Presidente de la Junta más que otra cosa era el gran coordinador, pero si un Ministro no quería, como en este caso, firmar algo, otro podía hacerlo sin perjuicio alguno, como lo hice en esta oportunidad.

El Padre Núñez, a pesar de haber sido el jefe de la Central Sindical Rerum Novarum, creada oficialmente el 15 de setiembre de 1943, por la Iglesia Católica para enfrentar el avance del sindicalismo comunista, de haber participado en la lucha revolucionaria, y de actuar como vocero del ejército rebelde en las conversaciones llevadas a cabo con el Gobierno a instancias del Cuerpo Diplomático aquí acreditado y que culminaron con la rendición del régimen, así como que fue el artífice de la entrevista Figueres-Mora Valverde, en el Alto de Ochomogo, en la que participó activamente, al igual que lo hizo el líder comunista Carlos Luis Fallas inspiraba desconfianza entre los militares, que en todas partes le veían alguna proclividad hacia los comunistas y por ende lo tenían como sospechoso de simpatizar con ellos considerando que sus actos ponían, en alguna medida, en peligro al país.

Mientras las dificultades internas de la Junta se producían, afuera los ataques a ella eran incesantes y duros. La situación del país no era la mejor. En realidad la Junta Fundadora de la Segunda República nunca tuvo apoyo popular pues las gentes eran entonces calderonistas o ulatistas mas no Figueristas, salvo un puñado y en el ejército Figueres no las tenia, precisamente, todas consigo. Uno de los factores de mayor descontento contra la Junta de Gobierno, fue el establecimiento del impuesto del 10% sobre los capitales superiores a los 50 mil colones, pagadero en cuatro anualidades y que algunos estimaron absurdo y confiscatorio. El autor de la idea y motor de su ejecución, fue el Ministro de Hacienda, Lic. Alberto Martén. Los militares sumaban a los recuerdos de El Empalme, el malestar por el impuesto y por la nacionalización de la banca.

A pesar del pacto suscrito por Ulate y Figueres en la residencia del Lic. Jaime Solera Bennett al que hemos hecho referencia, don Otilio Ulate no perdía oportunidad para atacar directamente o indirectamente a la Junta de Gobierno. Figueres en alguna ocasión comentó al autor de este libro que la época más difícil de su vida fue la correspondiente a los 18 meses de Gobierno de facto, ya que por cualquier cosa tuvo que aguantar los embates de Ulate y del Lic. Mario Echandi, Secretario General del Unión Nacional y con quien don Pepe, en el curso de la campaña electoral, había tenido roces muy desagradables, debido a la situación señalada por Cardona, de que éste buscaba prepararse para una salida violenta de la situación, en tanto Echandi fundamentaba los resultados del torneo electoral en la legalidad, confiando en la buena fe del Gobierno.

En la Junta de Probidad, en los Tribunales de Sanciones Inmediatas, se producían a esas alturas deserciones. Algunas prominentes figuras de la época como don Florentino Castro Soto atacaban, en especial, las medidas económicas y hasta en algunas publicaciones se atacaba fuertemente el esbozo que don Alberto Martén hacía del Solidarismo. Se decía que era comunismo. Con el Ministro, Martén había tenido hondas divergencias en la Junta de Gobierno y estuvo en varias ocasiones a punto de dimitir pues siempre se trató de "bajarle el piso" a sus proyectos económicos y fiscales. Pero aún no le llegaba el día. Martén, para decirlo con un refrán, "no estaba bien ni con Dios ni con el diablo".

Los problemas no faltaban: El Ferrocarril Eléctrico al Pacífico fue paralizado porque los trabajadores demandaban la destitución del jefe de transportes Aníbal Santos Chacón, quien era calderonista. Protestas por el aumento en el precio de la leche que valía ¢0.50 la botella y el de la libra de mantequilla que costaba ¢5.25. Los comunistas inundaban con propaganda, pese a estar fuera de ley, el recinto de la Asamblea Constituyente. Cerca de 5.000 niños se quedaban sin matrícula en las escuelas; surgía un problema entre el Director de la Sinfónica Nacional, De la Rosa v la Junta Directiva de esa orquesta. En fin, que lo que pasaba entonces, con gran despliegue publicitario era suficiente para robarle el sueño al Sr. Figueres y a sus Ministros.

En esos días estalló un nuevo y violento pleito entre la Junta de Gobierno y el periódico La Nación. La verdad es que venían de malas casi desde el fin mismo de la guerra civil y el 24 de marzo de 1949, ese diario, en publicación destacada acusaba a la Junta de Gobierno de cerrarle las puertas a sus reporteros. El Secretario General de la Junta, Lic. Daniel Oduber en la misma fecha, desmintió la acusación recusando a la vez a La Nación como enemigo del Gobierno. Las declaraciones oficiales, vertidas a través del Sr. Oduber fueron las siguientes:

"—No es cierto que la Junta de Gobierno haya acordado que las oficinas públicas cierren sus fuentes informativas a "La Nación". Esa información es, además de falsa, tendenciosa y a la vista salta la mala intención de quien la redactó, pero no me interesa recalcar esta tendencia porque, si de atacar a la Junta se trata, ya sabemos que en ese periódico no puede haber lealtad. Lo que quiero es que la verdad quede clara, para que desaparezcan del ambiente interpretaciones erradas divorciadas de la verdad.

"—Sabido es que "La Nación" por medio de su editorialista, ha venido atacando sistemáticamente todas las actuaciones de la Junta. En ese plan se ha llegado a extremos intolerables, como el de hacer comparaciones entre el Presidente Figueres y Calderón Guardia. Siempre fueron odiosas las comparaciones. En este caso son insoportables. Pero no por ello la Junta iba a echarse por el atajo que es, justamente, lo que el editorialista de La Nación hubiera querido.

"—El Presidente Figueres y los demás miembros de la Junta de Gobierno hemos decidido tomar una actitud firme frente a tales ataques. Pero esa actitud es puramente personal, sin involucrar a las oficinas públicas. Ningún Ministro ni el Presiente dará reportajes a los redactores de La Nación. Tampoco los llamarán a sus despachos como se acostumbra hacerlo a menudo y, por último, no pedirán a la dirección del periódico que dé publicidad a los escritos suyos. Esa es la conducta que habremos de seguir quienes formamos la Junta de Gobierno y con ello no estamos atentando contra la libertad de imprenta ni seguimos procedimientos despóticos. Porque es privativo de cada Ministro dar sus reportajes a quien le parezca y en esto tampoco hay despotismo. Todo lo dicho se hará para evitar al periódico la molestia de dar publicidad en sus columnas a las producciones de funcionarios que, en el concepto del editorialista, se parecen en sus actuaciones a Calderón Guardia.

"—Sin embargo ello no significa que los reporteros de "La Nación" no puedan llegar a las oficinas públicas en busca de material informativo. Pueden hacerlo y tienen derecho a ello. Las oficinas públicas ahora igual que antes, están abiertas para ellos, pues de otro modo tales oficinas no serían públicas. Quede claro lo anterior y no trate la dirección del periódico de hacerse víctima de procedimientos que no somos nosotros precisamente -concluyó Oduber— los que hemos de poner en práctica por mucho que lo quiera esa Dirección—".

Aparte de con La Nación, con la misma prensa del Sr. Ulate, había problemas en relación a la Asamblea Constituyente, pues esta había acogido como base de discusión de la nueva Carta Magna, la de 1871, desechando el proyecto del Gobierno, de corte socialista. Los diputados Social Demócratas defensores del proyecto del 49, decidieron dejarlo de lado y en vez de ello presentar

reformas, mediante mociones, a la constitución del 71. Los constituyentes social demócratas presentaron más de 250 mociones en los primeros días de la constituyente. Pocas fueron acogidas favorablemente. Se hablaba entonces de que el Gobierno preparaba manifestaciones callejeras de apoyo a su proyecto, lo mismo que seguían circulando rumores de nuevos alzonasos del calderonismo y sus amigos los comunistas.

Un asunto que era comidilla en los corrillos, fue la reclamación presentada por el Sr. Figueres para que se le indemnizaran, por una suma del orden de los 3 millones de colones, los daños y pérdidas sufridas en sus propiedades durante la guerra civil. Ulate no quiso cobrar ni un céntimo por los destrozos causados a las suyas y eso se prestaba para que los comentarios contra don Pepe fueran más acres y más aún cuando se resolvió su reclamo favorablemente.

A tal grado llegaron las asperezas, en especial entre Figueres y Ulate, que el primero declaró que dejaría el poder el 8 de mayo de 1949, sea seis meses antes de lo acordado entre ellos, pero Ulate, tras reunirse en privado con don Pepe, le hizo recapacitar haciendo que se quedara los seis meses más.

Figueres dijo entonces, refiriéndose a los que lo mortificaban por sus decisiones y las de la Junta Fundadora de la Segunda República, una de sus frases que han entrado de lleno a nuestra historia: "*—Estaba barriendo la casa y se me pararon en la escoba—* ".

Por esas mismas lechas, don Pepe acuñó otra frase que es proverbial. El periódico La Nación seguía haciéndole la vida imposible y en una publicación hizo público el monte de dólares gastados en lo que iba del ejercicio fiscal del 49 por la Junta de Gobierno. Al respecto don Pepe dio, el 22 de julio, al Diario de Costa Rica, las siguientes declaraciones contestando a pregunta del reportero:

"*—No me he enterado de lo publicado a ese respecto porque no leo el periódico La Nación.*

"*—Supongo que esa publicación alude a la parte del presupuesto nacional que ha sido gastado en dólares por corresponder a gastos en el exterior.*

"*—Las cuentas del Gobierno están a la orden de los ciudadanos en las oficinas públicas a fin de que aquellos que lo deseen puedan inspeccionarlas o revisarlas. Este Gobierno se ufana de haber restablecido la honestidad administrativa en un ciento por ciento.*

"*—NO SE SI LOS 826.000 DOLARES SE HAN GASTADO EN CONFITES EXCLUSIVAMENTE... Pero si se que el periódico La Nación no tiene autoridad moral para emplazar a la Junta de Gobierno como ha pretendido hacerlo, por cuanto no ha hecho más que entorpecer sistemáticamente, desde un principio, nuestros esfuerzos por la reconstrucción nacional, en un período de verdadera angustia para la patria.*

"*—Es verdaderamente lamentable que todavía se siga la práctica calderonista de decirle al pueblo, suponiendo que pudiera creerlo siempre, que todos los gobiernos roban. Esto tiene un efecto desmoralizador que revela un grado de irresponsabilidad criminal, con el agravante de que se elude habilidosamente la responsabilidad jurídica correspondiente mediante una redacción insidiosa y cobarde. En tanto que se publica en los periódicos locales que ha sido aprobado un Código de Honor del periodismo...—*", terminó diciendo don Pepe.

Luego, por otra parte don Otilio Ulate, que era un crítico acérrimo del Coronel Cardona, Ministro de Seguridad Pública hizo saber a los mayores Rodolfo Quirós y Humberto Pacheco, que él consideraba que: "*—...la supresión del ejército no debe ser hecha hasta después de que el país esté libre de las asechanzas exteriores e internas, en un lapso de dos o tres años—*".

Ulate hizo esas declaraciones a los militares mencionados cuando estos lo visitaron, en su oportunidad, para darle informes de la reorganización que se estaba operando en el ejército. Añadió Ulate que: "*—Disolver antes de ese tiempo el ejército sería oponerse a la realidad y como ponerse a fabricar pajaritos de papel...—*"

Como complemento a ese estado de cosas, que exasperaba a los gobernantes y en el tiempo que aún permanecía en la Junta de Gobierno, el Coronel Edgar Cardona Quirós, sucedió algo casi insólito: ¡SE ESCAPO UNA LEONA! En efecto, "una leona hermosa y soltera" del famoso Circo Ayala, que se encontraba en San José, se escapó de la jaula que la albergaba y que habían colocado en uno de los hangares del aeropuerto internacional de La Sabana. La leona se hartó de gallinas y mató a algún semoviente, hasta que, entre los cafetales, allá por Pavas, se la pudo capturar. El felino tenía, por nombre MUSA, lo que se prestó para tejer mil chistes pues "Musa" le decían a un entusiasta calderonista que se vio envuelto en mil problemas al final de la guerra por lo que se le tuvo varios años en presidio.

En el seno de la Junta de Gobierno la situación de Edgar Cardona era tan difícil, que en una reunión de esta, celebrada en la casa de Figueres, que había sido propiedad del asesinado Ministro de Guerra, Joaquín Tinoco Granados, al presentarse el Ministro de Seguridad Pública, don Francisco J. Orlich, tomó su pistola, una calibre 45, la montó y se la puso a mano.

Cardona confiesa que mucha de la tirantez con él se debía, especialmente, a que se dedicó a usar un lucido atuendo militar "—... con entorchados que casi me arrastraban por el suelo...—" Eso y su afán de contar con una buena fuerza de policía, causaban sospechas, pese a su empeño por deshacer el ejército como institución permanente. Esto, para algunos testigos de ese tiempo no correspondía a un afán civilista del Ministro Cardona, sino a que éste, pensando en el porvenir, no gozando con la adhesión decidida de todos los mandos del órgano castrense, ocupados por compañeros suyos de la guerra civil entre los que figuraban algunos que no lo querían bien, pensaría que contando como contaba con la fidelidad de los jefes de la policía —que luego le fallaron como se verá más adelante —y del Resguardo Fiscal, el camino adelante, desaparecido el ejército, estaba despejado para sus secretas ambiciones, si es que en efecto las abrigaba.

En todo caso, se sentían correr "Vientos de Fronda".

La correspondencia entre Max Cortés, Fernando Figuls y Edgar Cardona era copiosa y entre ellos se intercambiaban quejas de cómo iban las cosas en Costa Rica. Cortés regresó en marzo de 1949 al país y Cardona le ofreció la Dirección General de la Policía, cargo que había dejado vacante el Mayor Manuel Enrique Herrero, como resultado de la crisis de de junio anterior por los nicaragüenses. Cardona estimaba que la persona óptima para ocupar el puesto era don Max. Pero Figueres pensaba otra cosa. El no lo aceptaba. Esto agriaba las relaciones con el Presidente de la Junta de Gobierno.

Figueres ha asegurado que desde hacía algunos meses a sus oídos habían llegado rumores de que el Lic. Claudio Cortés Castro y sus hijos, en asocio de don Edgar Cardona, no querían que el poder le fuera entregado a Ulate conforme a lo que la Junta había decidido al tenor del pacto Ulate-Figueres y que al efecto estaban hablando de dar un golpe de Estado.

"—Yo requerí a Cardona amistosamente— nos dice Figueres —hablándole con toda claridad y le propuse que acabara con esos rumores yéndose en una misión diplomática fuera del país. Me ofreció pensarlo y contestarme y luego me hizo saber por medio de un amigo común, el Lic. Humberto Pacheco que le parecía desdoroso ausentarse del país porque eso podría interpretarse como una aceptación de culpabilidad, añadiendo que había consultado al respecto con su hermano

político don Fernando Esquivel, quien compartía ese punto de vista. Le hablé poco después a don Fernando quien me dijo que no había tal cosa y, por el contrario se sintió muy preocupado por el honor de todas las personas afectadas por los rumores de la sedición y me ofreció llamar a Edgar, en su carácter de cuñado y casi de padre y hacerle las observaciones pertinentes. Ese mismo día cumplió su promesa y Edgar vino a la noche a mi casa a buscarme para darme toda clase de seguridades de lealtad.

"—Durante ese tiempo— sigue diciendo don José Figueres al referirse a las semanas inmediatas anteriores al intento de golpe— había un asunto pendiente que era causa de continuas dificultades. El Sr. Max Cortés, Cónsul de Costa Rica en Nueva York, hizo una visita a Costa Rica y se arregló con Cardona para ser nombrado Director General de Policía. Planeó ir a Nueva York a traer sus cosas y venir a ocupar el nuevo puesto. Yo lo llamé a mi oficina y le dije más o menos estas palabras textuales: "Max, usted puede ser un buen Director de Policía, pero su nombramiento no conviene en las circunstancias existentes. Hay rumores insistentes de que su papá, sus hermanos y Cardona, se oponen a la entrega del poder a Ulate, contrariando la voluntad de la Junta. Yo no puedo hacerme eco de esos rumores que tan hondamente afectan el honor de ustedes, pero tampoco puedo desatenderme del sector de opinión pública que con toda razón vería con malos ojos su nombramiento, por la circunstancia de ser su hermano Fernando el primer Comandante del Cuartel de Artillería. Le ruego que siga en su consulado y que no piense más en esto mientras subsistan las actuales circunstancias. Después he sabido que Max interpretó que yo quería que permaneciera en Nueva York "mientras pasaba la prórroga de la Constituyente". (En esos días se hablaba de una prórroga a dos años en vez del año y medio, para la Junta. La prórroga era una posibilidad inserta en el pacto Ulate-Figueres, pero se pensaba conveniente que la Asamblea Nacional Constituyente la aprobara).

Sigue el Sr. Figueres señalando que:

"—Esa mentalidad política la puede tener él (Cortés) pero yo no. Pocos días después de haberse ido Max, alguien dijo que estaba preparando viaje para Costa Rica. Inmediatamente le envié un cable repitiéndole mis órdenes. También el señor Ministro de Relaciones Exteriores le giró instrucciones de no venirse. Max irrespetó las órdenes y se vino a Costa Rica argumentando que Cardona tenía que cumplirle (con el nombramiento de Director General de Policía). Yo hice saber a Cardona, varias veces, que no estaba dispuesto a firmar ese nombramiento. Al día siguiente de la llegada de Max vinieron los dos a mi oficina con el nombramiento escrito en un pliego para que yo lo firmara. Me negué rotundamente a siquiera leerlo. Les hice ver que si estaban en plan de indisciplina me tenían a sus órdenes en TODO TERRENO. Les repetí las reflexiones ya gastadas respecto al deber en que estaban para consigo mismos y para con sus hijos de seguir la línea del honor. Les hice ver que si no les interesaba el futuro, por lo menos debían guardar respeto por su pasado. Se fueron de mi oficina. Max llorando a lágrima viva.

"—Al día siguiente vino a verme don Claudio Cortés para reclamarme, entre otras cosas, que yo le hubiera dicho a Max "—en vez de venir usted a insistir para que yo le firme su nombramiento, por delicadeza lo que debiera traerme es la renuncia de su hermano—". Le contesté a don Claudio que sí era cierto, pues yo en la entrevista que tuve con Max y con Cardona, le dije al primero que me hiciera el favor de traerme todas las renuncias juntas, incluyendo la de don Claudio como Director de la Fábrica Nacional de Licores y la de Fernando Figuls como Inspector General de Hacienda pues este también estaba mezclado en los rumores de sedición. Don Claudio se fue diciéndome que me las traería incluyendo la de Cardona como Ministro. Yo llamé a Cardona contándole lo sucedido, haciéndole ver que su renuncia no sería aceptada ni la de don Claudio tampoco, pero que sí lo serían la de don Fernando Cortés y la de don Femando Figuls, así como necesitaba el abandono de las pretensiones de don Max a la Dirección de Policía. Al siguiente día sábado dos de abril, como a las nueve de la mañana, vino don Claudio Cortés con su renuncia haciéndome ver que no había podido

conseguir las de los muchachos. Me llamó la atención que Cardona no apareciera en toda la mañana y reuní a la Junta de Gobierno en mi oficina para informarles de la crisis.

"—Cuando concluí el informe de lo que sucedía, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Benjamín Odio, se ofreció para ir al Bella Vista a traerme a Fernando Figuls. Al rato volvió muy triste con la noticia de que no lo habían dejado entrar al Cuartel diciéndole que tenían órdenes de Figuls de "no dejar entrar ni siquiera a don Pepe". A esas alturas ya teníamos informes de que los Cortés estaban en la Artillería en ánimo de insurrección, por lo que le dije a mis compañeros de Junta: "—el mal avanzado ya está hecho. Si ahora nos derrocan o nos matan, las cosas empeorarán un poco. La lesión al honor, que con tantos esfuerzos hemos tratado de evitar, ya está inferida...—".

Mientras la Junta sesionaba, en estado de alerta, en el Cuartel de Artillería se concentraban los hermanos Cortés: Guillermo, Max y Fernando, además de Edgar Cardona y una buena cantidad de amigos.

La víspera, ante el problema que se les planteaba con Figueres al no firmar el acuerdo de nombramiento de Max Cortés como Director General de Policía, se habían reunido varios viejos compañeros de aventuras políticas y guerreras en la cervecería Traube. Tomaron algunos vasos de cerveza cruda y luego se trasladaron a un negocio llamado "New York Inn", situado en el Paseo Colón, propiedad de Mariano Rodríguez, en donde solían darse cita los militares habida cuenta de que los unía una fuerte amistad con Mariano, cuyos hermanos, todos, habían participado en la guerra civil y él mismo, en misión de guerra, fue hecho prisionero por las fuerzas gobiernistas. Esa afinidad lo convertía en el anfitrión perfecto de los militares.

Entre los participantes en la reunión figuraba Miguel Ruiz Herrero.

Ruiz Herrero había trabajado duramente por el triunfo de Ulate en lo político y en la acción callejera contra las Brigadas de Choque caldero-comunistas. Durante la guerra civil fue miembro de las fuerzas de don Chico Orlich y, en una operación aero-transportada, pasó con el grupo de aquel a San Isidro de El General, incorporándose al Batallón San Isidro, con el grado de Capitán.

Durante el resto de la guerra civil se distinguió y al florecer la paz, el Jefe del Estado Mayor, Marshall, lo designó Jefe del Servicio de Inteligencia Militar. En ese puesto se mantuvo algunos meses y, a poco de abandonarlo para desempeñarse como Director del Banco Nacional de Costa Rica a donde lo nombró la Junta, tuvo una conversación con el Agregado Militar de la Embajada de los Estados Unidos, Coronel Hughes, quien les mostró, según afirma Ruiz Herrero, el texto del compromiso adquirido por Figueres con Manuel Mora, el líder comunista, en el curso de la conversación que al ir terminando la guerra civil, sostuvieran en el Alto de Ochomogo, en presencia del Padre Benjamín Núñez y de Carlos Luis Fallas.

"—Figueres en el documento se comprometía fuertemente con los comunistas. Se mostraba como uno de ellos. Les ofrecía el Ministerio de Trabajo para alguien que a los rojos satisfaciera y así nombraron al Padre Núñez y el de Educación Pública para alguna persona que no diera problemas. La escogencia de los nombres se haría de una terna, en cada caso, que le someterían los comunistas a don José Figueres. Esa fue la primera vez que yo oía hablar de ese acuerdo o pacto de Ochomogo.

"—Después de que tuve conocimiento del acuerdo, en una reunión con mis ex-compañeros del Ejército, les hice saber mi preocupación por lo que estaba sucediendo en el país. Esa reunión que en la Cervecería Traube y, por cierto que muchas gentes han dicho y siguen diciendo que don Claudio Cortés jugó al Maquiavelo con nosotros, que fue el cerebro de la conspiración y eso no es cierto. El golpe lo planeamos entre nosotros: Cardona y yo, Tuta y los demás. Nunca se me olvida, por cierto, que si no fue la noche del primero de abril fue del último de marzo, a la reunión en la cervecería

llegaron Pepe (José Santos) Delcore, Quilín (Tranquilino) Granados y Guido Madríz, que eran los comandantes de la policía que estaba en el cuartel frente al costado sur de la Fábrica de Licores. Quilín Granados era un gran "brocha" con Edgar y lanzaba gritos ¡Viva mi coronel...! y después él y Pepino fueron quienes lo traicionaron. Ellos estaban de acuerdo con el golpe y hasta brindaron con Edgar por el triunfo.

"*—Igualmente estaban de acuerdo en la conjura Raúl Cambronero, segundo comandante de Heredia y Mario Flores Miralles, Comandante de Alajuela, con quienes yo hablé, enviado por Edgar, horas antes del inicio de la rebelión.*

"*—Ninguno de ellos, a la hora llegada, participó y, por el contrario, más tarde presumieron de su incondicional lealtad a la Junta—*".

Ruiz Herrero enfatiza que el movimiento en que se enroló buscaba la destitución de los Ministros Núñez Vargas, de Trabajo y Martén de Hacienda. El primero por su amistad con los comunistas y el segundo por las medidas económicas en que metía al gobierno, así como que se buscaba entregarle el poder a don Otilio Ulate, subrayando que él —Ruiz Herrero— era precisamente ulatista ya que fue por defender la presidencia de don Otilio que llegó a la guerra y antes, por hacer que se pudiera arribar a las elecciones, había luchado con denuedo.

Por esos tiempos, el Presidente Electo, don Otilio Ulate, publicó una extensa crónica en el periódico "Diario de Costa Rica", del que era propietario. Lo hizo en tercera persona para dar la sensación de que se trataba de una simple información periodística, pero, lo cierto es que fue de su propia cosecha y en ella se recogen aspectos, algunos ya narrados, otros desconocidos, que vale la pena insertar para que se tenga una más clara idea del ambiente político costarricense en aquellos días de 1949. Dice la crónica:

"—A los comienzos del Gobierno de la Junta, en la euforia del triunfo, empezó a advertirse la formación de un núcleo militar que, con el correr de los días, había de tener una participación decisiva, si no en el gobierno, sí en las esferas del Ministerio de Seguridad Pública. En la primera entrevista que tuvieron, a la llegada a San José, los señores Figueres y Ulate, este le preguntó a aquel de qué modo se había producido el nombramiento del Sr. Edgar Cardona para Ministro de Seguridad (entonces sub-secretario, porque el titular de la cartera era todavía el propio señor Figueres). La respuesta fue que el nombramiento se había hecho en un acto verdaderamente democrático porque a Cardona lo habían escogido los propios oficiales del ejército victorioso. Este fue, pues, el origen del ascenso del Sr. Cardona al Ministerio. La nominación era, evidentemente, realizada con sentido democrático; pero al mismo tiempo implica una intervención desusada del ejército en el nombramiento de funcionarios del Gobierno.

"—Habían transcurrido pocos meses desde que la Junta asumió el Gobierno cuando se produjo el primer choque entre el Jefe del Partido Unión Nacional (don Otilio Ulate) y el Ministro de la Guerra, El primero se mostraba preocupado por el visible avance del círculo militar en el terreno político y, antes de que el mal tomara mayores proporciones, resolvió enfrentarse a ese círculo. Aprovechó la coyuntura de la orden de captura contra un emigrado panameño para salir a la prensa para decir que el país podría confrontar, a corto plazo, el peligro de una dictadura militar si no lo conjuraba a tiempo; y agregó la frase de que "—empezaba a oírse el ruido de sables y de espuelas en las naves del templo de las instituciones republicanas-" el Ministro replicó con violencia y dijo que la salida del Sr. Ulate era provocada por el círculo de políticos que lo rodeaba. El Sr. Ulate terminó el incidente diciendo que, por lo mismo que no le otorgaba facultad deliberante al cuerpo militar, se negaba a discutir con: "-el empleado militar que le había salido al paso—". La reacción de la Junta de Gobierno fue en favor del Ministro y en contra del Presidente electo. La Junta no quiso darse cuenta de que este le daba un aviso y le presentaba una oportunidad para mellar una

espada que más tarde podría alzarse, como se alzó, sobre su propio cuello. La Junta sintió un deber de solidaridad situarse al lado del Ministro que, compañero ya de gabinete, lo había sido antes en el campo de batalla. Pero fue más lejos por el camino de la solidaridad. Funcionarios públicos muy cercanos a la Junta organizaron un acto espectacular, que se llevó a cabo en el Cuartel de Artillería, con la presencia de altas personalidades; y en presencia de Oficialidad y de la tropa, se estimuló enardecidamente al Sr. Cardona para que llevara adelante sus planes contra la constitucionalidad. El delegado personal del Presidente de la Junta de Gobierno, don Otto Cortés, como el Sr. Ulate había hablado de que parecía venirse encima el imperio de los sables y de las espuelas, le regaló al Sr. Cardona un par de espuelas que habían pertenecido al Lic. don León Cortés y que venía a ser un regalo simbólico.

"—De esta manera, funcionarios muy destacados del régimen contribuyeron a establecer el clima propicio para que, a la larga, ocurriera lo que ya ha ocurrido.

"—En otra oportunidad, al entrar el Sr. Ulate a la Embajada de Guatemala, donde se verificaba una recepción, encontró al Sr. Cortés pronunciando un discurso de exaltación a los militares, especialmente al Sr. Cardona. Ya desde antes había parecido inusitado que el Delegado Personal del Presidente de la Junta hubiese llamado al Sr. Ulate "—ese que llaman Presidente electo—" y que, sin embargo, hubiera conservado su delicado cargo.

"—Cuando Calderón produjo la montonera de La Cruz y el Sr. Ulate se incorporó por pocos días a la Junta de Gobierno, notó que Cardona no asistía a las sesiones ni le daba cuenta a la Junta de los planes y movimientos del Estado Mayor, en esos mismos días, el Sr. Figueres y el hicieron, separadamente visitas a los frentes de batalla en el Guanacaste. El Estado Mayor del que era Jefe el Ministro de Seguridad, se mantenía reservado respecto del Sr. Ullate; no estableció contacto con él y tuvo que armarse de energía para trasladarse a San José, con motivo de la llegada de la comisión de los Estados Americanos, porque no le daban avión para que se movilizaran.

"—A su regreso impuso al Sr. Figueres de las preocupaciones que le producía esa situación militar; y el Jefe del Gobierno le dijo que efectivamente, algunos militares le daban quebraderos de cabeza y que si le producían molestias las pasase por alto en vista de las circunstancias. "-De una visita aérea sobre La Cruz, en los días de la emergencia, acompañando a los miembros de la Comisión de Estados Americanos, el Sr. Ulate trajo muy neta la impresión de que los delegados habían entendido que se estaba haciendo demasiado escándalo internacional con motivo de un burdo movimiento de revuelta confinado a la esquina noroeste de la provincia de Guanacaste. Uno de los delegados le había expresado: "—Este es un simple caso de policía, que podría resolverse mandando unos cincuenta policías bien montados a La Cruz—".

"—Al día siguiente el Sr. Ulate propuso que se restablecieran las Garantías y se le devolviera la normalidad al país, dejando la actividad militar sólo en la provincia de Guanacaste. El Estado Mayor se enfureció. Apareció en los periódicos, a grandes titulares que había ocurrido una sangrienta batalla en Sarapiquí. El Sr. Ulate, sospechando que no había habido tal batalla, se presentó en la Casa Presidencial y solicitó informes precisos sobre ella. Fue llamado el Sr. Fernando Figuls, del Es-lado Mayor, a quien interrogó el Sr. Ulate:

"—¿Es verdad que ha ocurrido una batalla en Sarapiquí?—"

"—Sí es verdad; y muy sangrienta, —dijo Figuls.

"—¿Se sabe de bajas?—"

"—Muchos muertos del enemigo—".

"—¿Y de nuestra parte?—"

"—No sabemos todavía—".

Pues bien, no había ocurrido ninguna batalla en Sarapiquí y la Junta, en circunstancias tan delicadas, estaba sometida a los informes falsos que quisieran darle la Jefatura del Estado Mayor.

Al ocurrir el fusilamiento de seis prisioneros políticos en El Codo del Diablo, la Jefatura del Estado Mayor, con la firma de Cardona, publicó un comunicado diciendo que se trataba de una delegación militar que venía de Limón a San José y que, habiendo sido atacado, al repeler el ataque había dado muerte a seis de los atacantes.

"—Al Sr. Ulate le pareció inverosímil la versión; acudió a la Junta de Gobierno; expuso sus dudas; pidió que la Junta integrase una comisión para investigar el hecho y que se le permitiese formar parte de la comisión, en la cual entraron también el Dr. Blanco Cervantes y el Lic. Gonzalo Facio; hizo que se impidiera dar sepultura a los cadáveres mientras el Dr. Blanco Cervantes y él iban a examinarlos en la morgue, como fueron efectivamente; hizo comparecer a los militares a cuyo cargo estuvo el traslado de los reos políticos a San José, que fueron interrogados por la Comisión, hizo venir a las madres y a las viudas de los seis muertos que también fueron interrogadas; pero cuando se quejó de la negligencia de las autoridades judiciales de Siquirres, el Alcalde informó que él había recibido orden de no iniciar las diligencias porque se trataba de un asunto militar y el Comandante de Plaza de Limón vino a informarle al Sr. Ulate que él había despachado los seis reos a San José por orden del Ministerio de Seguridad Pública y que, de orden del mismo Ministerio era que habían sido giradas las dichas instrucciones al Alcalde de Siquirres. El Sr. Ulate se presentó en el Palacio de Justicia a dar las quejas al Sr. Presidente de La Corte, que inmediatamente tomó cartas en el asunto y la Comisión nombrada por la Junta sólo dejó de actuar cuando el proceso quedó en las manos de las autoridades judiciales.

"—La actuación de la Junta de Gobierno en este asunto fue inmediata y enérgica. Su Presidente y todos los Ministros estuvieron de acuerdo en que había que fijar claramente las responsabilidades y establecer las sanciones. El Sr. Ulate le había dicho al Sr. Figueres: "-Yo no dudaría en echarme a la espalda los muertos que se echó usted durante la Guerra de Liberación, peleando un ejército en frente de otro; pero no puedo cargar con estos muertos del Codo del Diablo.—"

"—Ni yo tampoco—", le respondió el Sr. Figueres.

"—La acción de la Junta tuvo un escollo en la Jefatura del Estado Mayor. Los militares sometidos a proceso por lo de El Codo del Diablo fueron trasladados de Limón; pero no se les dio de baja. Uno de ellos apareció entre los sublevados del Cuartel Bella Vista, peleando junto a Figuls y está ahora preso en la Penitenciaría.

"—Hace pocos meses— sigue diciendo Ulate en la crónica publicada en tercera persona en el Diario de Costa Rica los señores Figueres y Ulate se reunieron y examinaron la situación militar. Estuvo presente en la entrevista el Dr. don Alberto Oreamuno. Los tres mostraron inquietud por aquella situación; y el Sr. Figueres, por propia iniciativa expuso que le proponía ofrecerle al Sr. Cardona la representación diplomática en uno de los países latinoamericanos, a fin de guardarle las consideraciones debidas al que había sido su compañero en las batallas por la liberación nacional. De aceptar el nombramiento Cardona, el Sr. Figueres se proponía suprimir el Ministerio de Seguridad, no obstante que el Sr. Ulate le sugirió que, en ese caso, lo asumiera él mismo y que estaba seguro de que su partido (el de Ulate) lo vería con complacencia porque ello contribuiría a asegurar la tranquilidad pública.

"—Así las cosas, de pronto, el Ministerio de Seguridad dio un viraje y procuró un acercamiento al Sr. Ulate. Hace unas semanas vino de Nueva York, con licencia, el Cónsul de Costa Rica allá, Max Cortés (Tuta) y se mostró entusiasta partidario de Ulate. Promovió aquel acercamiento con mucho interés y en la casa del Dr. Escalante Duran hubo una comida, a la que asistió el Sr. Ulate y en la que estuvo presente Cardona.

Cuando, el 27 de febrero, Ulate volaba de Honduras a Panamá, sin detenerse en San José, en esta capital tomó el avión el mismo Cortés, quien se acercó al Sr. Ulate para decirle que lo habían nombrado Director General de Policía, pero le habían dicho que se regresara por unas semanas a Nueva York y después volviera en barco, a fin de hacer desaparecer ciertas circunstancias creadas por intrigas de los ministros Martén y Núñez contra los Cortés. Max iba ese día, pues, de regreso para Nueva York y en el Aeropuerto estuvo a despedirlo Cardona.

"—De vuelta de su viaje a Honduras y Panamá, estuvieron a ver a Ulate el Presidente de la Junta y los Ministros señores Val-verde, Orlich, Masís y Blanco Cervantes. Tuvieron un largo cambio de impresiones. El Sr. Ulate le informó a la Junta que, a su juicio, el régimen político de Costa Rica estaba debidamente consolidado, tanto por el norte como por el sur; que su posición internacional era sólida y que, si se llegase a intentar un golpe contra él sería muy difícil que prosperase.

"—De paso, les contó a los Ministros visitantes que, durante su permanencia en Honduras había llegado a saber que, algunos días antes de que estallara el movimiento de Calderón en La Cruz, un amigo íntimo de don Fernando Castro Cervantes había llegado a Managua a proponerle al Gral. Somoza que Contribuyera a la campaña para lograr un entendimiento en Costa Rica que permitiera instaurar como Presidente Provisional al Sr. Castro Cervantes. Simultáneamente, el Dr. Calderón hizo en Managua una gestión semejante; y Somoza les habló de esta propuesta a varios de sus compañeros en el Gabinete: "—posteriormente se verá que don Claudio Cortés habló de un emisario que recibió del Sr. Castro Cervantes ".

“—Finalmente el Sr. Ulate le dijo a los Ministros que seguía dispuesto a mantener una actitud de conciliación y armonía con la Junta de Gobierno.

"—En la semana trasanterior, don Claudio Cortés le pidió a don Otilio Ulate una entrevista, que se llevó a cabo en el domicilio de este último.

"—El Sr. Cortés expuso su posición política en términos que impresionaron a su interlocutor, de quien había sido compañero de infancia, de colegio y de luchas políticas.

“—Sobre su nombre querían echar sombras y su alrededor se tejían calumnias para dañarlo. No tenía fortuna y sólo el nombre tenía para dejarlo a sus hijos. ¿Cómo se les podía ocurrir que él le aconsejase una traición a sus propios hijos? Dimes y diretes, chismes que van y que vuelven. Quería explicarse francamente con el Sr. Ulate. Ya el 31 de diciembre, no habiendo querido que se terminara el año sin decirle lealmente sus impresiones a Pepe Figueres, a quien el país le debe su gran campaña de liberación nacional y le había dicho que la política es veleidosa y que no pensara en volver a la Casa Presidencial. Se volvía antes, en las épocas patriarcales de don Cleto y don Ricardo; pero los tiempos son otros. Vendrá Ulate con nuevos planes y nuevos hombres; y después, ¿quién conoce el futuro? Le aconsejaba, además, al Sr. Figueres, que eliminara de su gabinete al Padre Núñez, a quien adversaba la opinión pública. Que se pusiera a tono con la opinión pública y rectificara lo malo, sin pensar en volver a gobernar. Venía ahora a decirle a Ulate que él tenía todos los títulos legales para el ejercicio de la presidencia de la república y sólo la muerte podría apartarlo de este ejercicio. Aún más, Ulate debía prepararse para ejercer el poder antes de la fecha convenida, porque cualquier día la Junta se vería compelida a entregarle el gobierno. Pocos días antes, don

Fernando Castro Cervantes, que se encontraba en los Estados Unidos, le envió a Juancho Bonilla a decirle que le mandaba un gran abrazo y que él era, como hermano de don León, quien debería asumir la jefatura del Partido Demócrata. Los partidos no se heredan, le respondió Cortés a Bonilla; y además, ¿para qué la jefatura del Partido Demócrata? ¿Es una traición a Otilio Ulate lo que me proponen? Es verdad que Cardona y sus muchachos y algunos más se reunían en la Cervecería de que él era gerente, a la cual llegaron a darle el nombre de "Cervecería de Munich", pero era para seguir la tertulia que antes habían tenido junto al vivac; y de ahí no habían salido nunca planes contra Ulate, como seguramente habían llegado a decirle a este. El embajador en México, don Emilio Valverde, le escribió una carta a Edgar Cardona diciéndole que había sabido que él y Claudio Cortés estaban en un movimiento para coger el gobierno. (El Sr. Cortés no dijo cuál opinión manifestaba en su carta el Sr. Valverde, por lo cual el Sr. Ulate supuso que la carta era para darles el consejo de que no lo hicieran) ¡Todo eso es infame!. El Sr. Cortés estaba bien donde estaba y sólo quería paz y trabajo. Además, no envidiaba al Sr. Ulate por lo que le espera. De la misma casa en donde se hallaban y donde ahora todo es lisonja, saldrían los despechados a disparar agravios. Ahora que llegara su hijo Max quería reunir a todos sus hijos y a Cardona y decirles que debían rodear a Ulate para acabar de una vez con las leyendas y los embustes.

"—El Sr. Ulate escuchó con interés las palabras del Sr. Cortés y, al agradecerle su visita, le dijo que quería expresarle que él no les ponía oídos a los chismes y que lo habrían vuelto loco si así no lo hiciera; que podría decirle a sus hijos que él nunca se formaba mal concepto de las personas, —y mucho menos en lo atañadero a su honor— mientras los hechos no le hicieran formarse ese mal concepto; que iría con gusto a la conversación a que lo invitaba; y en fin de cuentas, que no creía posible que se llegara a producir un golpe porque estaba seguro de que caería en el vacío.

"—Se venían produciendo en los diarios diversas noticias sobre el nombramiento de nuevo Director General de Policía. Desde varias semanas antes había dejado ese cargó a don Manuel Enrique Herrero, fastidiado por las dificultades y molestias que le producía justamente el estar fuera del círculo militar predominante.

"—Ese día llegó a Panamá, en barco, Max Cortés, que había dejado definitivamente Nueva York y llamó por teléfono para pedir que se le diese orden a la Pan American para entregarle los pasajes a fin de trasladarse en avión a San José, a donde llegó el miércoles.

"—En la mañana del miércoles 30, don Otilio Ulate llamó al Lic. Don Gonzalo Solórzano, Secretario Particular del Presidente Figueres y le pidió que le llevase un mensaje suyo a don Pepe. Ya su partido (el Unión Nacional) no podía seguir sometido a incertidumbres ni a dudas sobre si iba a producirse una conjura militar o si no. El país tampoco podía esperar, durante un ano más, entre inquietudes y zozobras. Había tomado el Sr. Ulate la determinación de enfrentarse al círculo militar creado alrededor del Ministerio de Seguridad Pública, asumiendo la responsabilidad por las consecuencias, pero, en todo caso, lo que habría de pasar mañana era mejor que pasara hoy. *Su confianza en la Junta de Gobierno es completa y sin reservas, a lo cual agregaba su consideración personal y sus sentimientos afectivos para el Sr. Figueres*, pero había llegado al convencimiento de que la situación militar había que definirla de una vez. Pedía, por tanto, que se le diese intervención en el nombramiento del nuevo Director General de Policía.

"—En la tarde el Sr. Solórzano le trajo la respuesta del Sr. Figueres, admitiendo que al Sr. Ulate le asistía la razón, informándolo de que tenía dispuesto desde mucho antes no nombrar Director de Policía al Sr. Max Cortés pidiéndole nombres de candidatos para la Dirección General de Policía. Sugería el Sr. Figueres que los candidatos fueran hombres civiles, no conectados con los círculos militares, reflexivos, idóneos, si posible abogados. Después de un cambio de impresiones, el Sr. Ulate entregó la siguiente lista de candidatos: don Julio Molina, don Gonzalo Jiménez Flores, don Manuel Ventura y don Julio Esquivel Valverde.

"—Ya en la noche, el Sr. Solórzano avisó al Sr. Ulate que el Sr. Figueres sometería los nombres de los candidatos, al día siguiente, a la Junta de Gobierno.

"—Al día siguiente, jueves 31 de marzo, en horas de la mañana, Max Cortés, muy excitado, se presentó al Ministerio de Agricultura y le dijo al Sr. Masís (Bruce), en presencia de don Renato Delcore que no estaba dispuesto a tolerar que se le hiciera la sangrienta burla de que no lo nombraran Director de Policía; que no aceptaba ningún otro cargo, ni la embajada de Washington; que ellos contaban con un cuartel que, si era preciso, les permitiría derribar al gobierno. A las dos de la tarde se presentarían él y Cardona a donde el señor Figueres con el acuerdo de nombramiento para que lo firmara y que si no lo firmaba, el país se vería abocado a una grave situación, de que serían responsables los ministros Martén y Núñez que estaban dirigiendo toda la maniobra a fin de hacer decisiva su influencia en el gobierno; que les pedía hacerle saber todo esto al Sr. Figueres.

"—Los señores Masís y Delcore se trasladaron a la presidencia y enteraron de lo que habían oído al Sr. Figueres, quien indignado, les pidió que hiciesen saber a Cortés que por ningún motivo lo nombraría Director de Policía.

"—Fue en horas de la noche que Cardona y Corles lograron verse con el Sr. Figueres. Llevaban el pliego que contenía el texto del acuerdo por el cual se nombraba al segundo Director de Policía. El Sr. Figueres les respondió que no lo firmaba. Le objetaron que se estaba maltratando la dignidad de los Cortés y en general la de los militares. El Sr. figueres repuso que la dignidad de los Cortés debía radicar en que el otro hermano, Fernando, renunciara a la Primera Comandancia del Cuartel de Artillería. ¿Cómo pretenden que circulando entre el público tantos rumores sobre los movimientos de los Cortés y estando uno de ellos al frente de un cuartel se le diese a otro la Dirección de Policía como para justificar los rumores? Lo indicado era la renuncia del que estaba en servicio militar. Cardona replicó que, en ese caso, él renunciaría también. Cortés dijo que, pues por cuestión de amor propio lo nombraran por tres meses. Respuesta negativa. Que por un mes, que por quince días. Ni por un día, dijo por fin el Sr. Figueres.

"Se marcharon, Cortés rabiando; Cardona, silencioso y melancólico.

"El Sr. Figueres no sabía si iban para enviarle las renuncias o para preparar un golpe de cuartel.-"

Pasó la larga noche y vino el viernes primero de abril. Don Otilio Ulate sigue su relato sobre los hechos previos a "El Cardonazo":

"—En la mañana don Claudio Cortés se presentó ante el Sr. Figueres a protestar de que este último hubiese dicho que la dignidad de los Cortés imponía la renuncia de su hijo Fernando. El Sr. Figueres confirmó sus palabras de la noche anterior. Don Claudio dijo que, en ese caso, él presentaría su renuncia como miembro de la Junta Administrativa de la Fábrica Nacional de Licores. El Sr. Figueres le respondió que, en efecto, era mejor que la presentara, pero que no le sería aceptada. Que, en cambio, sí sería aceptada la de su hijo el Comandante de la Artillería.

"—El Sr. Cortés adujo:

"—Entonces también deberá renunciar Edgar Cardona que es solidario de mi hijo Max.—".

"—También—" respondió el Sr. Figueres; pero la renuncia del Sr. Cardona no será aceptada, ni siquiera considerada por la Junta de Gobierno. Se le instará a que siga como Ministro y como Miembro de la Junta. (Así lo había manifestado también al Sr. Cardona). El Sr. Cortés se despidió. —"

Todo el día y la noche pasaron en cabildeos entre los señores Cortés y Cardona. Por la tarde, se reunieron en la Cervecería Traube o "Munich", como hemos dicho que el grupo la denominaba. Estaba con ellos Miguel Ruiz Herrero y fue allí, a esa reunión a la que se presentaron altos oficiales ya mencionados atrás. Se hizo una rápida evaluación de lo que sucedía y todos acordaron enrolarse en la aventura.

Ya había entrado la noche cuando decidimos Edgar, Tuta y yo— relata don Miguel Ruiz— trasladarnos al New York Inn a comer algo y a ultimar detalles en un ambiente más privado. Lo hicimos con toda tranquilidad y, a eso de las once nos dirigimos a nuestras respectivas casas, tranquilos, esperando nada más que la amanecida para dar los pasos necesarios. Aún a pesar de la tranquilidad, iba a ser para todos una larga noche...

"—Temprano de la mañana me levanté y salí hacia la casa de Edgar Cardona en Barrio Amón, en el mismo en que yo vivía y en donde nos habíamos criado. Lo busqué y me indicó que fuera a Heredia y a Alajuela, lo que hice de inmediato, a buscar la ayuda y apoyo de los cuarteles de esas ciudades. La misión fue un éxito pues los comandantes estuvieron de acuerdo en ayudarnos, aunque luego nos traicionaron, como hicieron otros.—"

Mientras tal cosa acontecía en el bando ya rebelde, don Claudio Cortés, sigue relatando don Otilio Ulate: "—se presentó en la Casa Presidencial e hizo entrega de su renuncia, pero no dijo si su hijo Fernando iba a renunciar. Desde muy temprano, el Sr. Ulate fue avisado de que iba a darse ese día el golpe de cuartel, al grito de "Viva Ulate", "Abajo la nacionalización de los bancos y el Impuesto del diez por ciento—". El Sr. Ulate buscó al secretario general del Partido Unión Nacional, Lic. Mario Echandi, para que le pidiese al partido que, a la hora de producirse la sublevación, se pusiera al lado de la Junta de Gobierno y no se dejara sorprender por el grito de ¡Viva Ulate!.

"—No encontró al Sr. Echandi, que se hallaba en Limón. Le dio el encargo a don Ricardo Toledo y le hizo saber que desautorizaba las manifestaciones que se produjeran ese día en favor suyo. A las diez de la mañana se constituyó en las oficinas del "Diario de Costa Rica" y había dejado instrucciones de que no se recibiese a ninguna clase de manifestantes ni se permitieran discursos desde los balcones. Desde la noche anterior le había hecho saber al Sr. Figueres, por conducto del Sr. Gonzalo Solórzano, que estaba listo para acompañarlo y para convocar al partido para apoyar a la Junta de Gobierno en cuanto se hiciera preciso.

"—Al medio día, el Lic. don Gonzalo Facio, Ministro de Justicia, buscó al Sr. Ulate para enterarlo de que se había producido el levantamiento de los cuarteles de Artillería y Bella vista. Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Benjamín Odio, que se había ofrecido para ir a tratar de seducir a Fernando Figuls , no le permitieron la entrada al Cuartel Bellavista y le mandaron a decir que ni al Presidente Figueres , si llegaba los dejarían entrar.

"-El Sr. Ulate le renovó al Sr. Facio la manifestación de su solidaridad con el gobierno y le pidió que lo tuvieran sobreaviso

"—Cuando salía de conversar con él, don Gonzalo Facio, entró Tuta Cortés, muy excitado y pidió hablar con el Sr. Ulate". Ya le han venido a decir, —principió diciéndole- que se cuide porque nosotros lo vamos a matar o a hacer prisionero. No lo crea. Los peligros para usted no están en los cuarteles, si no en la Junta de Gobierno, en donde Alberto Martén y el Padre Núñez desarrollan una intriga contra la constitucionalidad y contra los militares, porque ellos quieren ser los árbitros del gobierno. ¿Por qué nos piden las renuncias y nos echan así, tan indignamente a los que hemos peleado por la libertad de Costa Rica si nada hemos hecho para que se nos de ese trato? Nosotros no estamos pidiendo la caída del Gobierno. Nada contra don Pepe. Tan sólo pedimos que, cuando

menos, por lo que hicimos, se respete nuestra dignidad y que se arroje del Gobierno a los culpables de esta situación. Usted es el presidente legítimo de los costarricenses. Si no quieren aquello que le entreguen a usted el poder.

"Lo que a mí me cobran algunos Ministros es el haberlo reunido a usted en una comida con Cardona, para acabar con malos entendidos; porque a algunos miembros de la Junta lo que realmente les interesaba era que se mantuviera la división entre el Presidente Electo y el Ministro de Seguridad.

"—Hemos sabido que usted dice que no aceptará el poder en estas condiciones. Nosotros tampoco queremos el poder. No aspiramos a ser el gobierno. Si usted no acepta la presidencia, como Cardona no quiere el poder, llamará a la Constituyente y le pedirá que le de un gobierno al país.

"El Sr. Ulate, que lo vio muy exaltado, le confirmó que no aceptaría el poder y que reflexionaron mucho sobre el paso que iban a dar. A la una de la tarde, don Miguel Ruiz Herrero se presentó a pedirle al Sr. Ulate una entrevista para el Coronel Edgar Cardona.

"—Por conducto de don Carlos Ventura hijo, el Sr. Ulate le consultó al Sr. Figueres sobre si le parecía bien o mal que Concediera la entrevista; y el Sr. Figueres respondió que le parecía bien que el Sr. Ulate oyese a Cardona.

"La entrevista fue fijada para las tres de la tarde en la casa del Sr. Ulate".

Al regresar Miguel Ruiz Herrero de su gira por Heredia y Alajuela, llegó al Cuartel de Artillería en donde estaba Cardona con los hermanos Cortés y algunas otras personas que participaban en los planes de levantamiento. Serían las once y treinta o las doce de la mañana. Conversaban cuando alguien les informó que la Junta de Gobierno, en pleno, se encontraba en la Casa Amarilla. Ruiz Herrero, pensando como estratega, señaló la importancia de enviar allá un blindado con un poco de soldados para hacer preso a Figueres y a sus Ministros. A la propuesta, lógica en una situación como la que se vivía, de Miguel Ruiz, siguió un silencio tan espeso que casi podía cortarse con cuchillo. Hubo un intercambio de miradas y habló Cardona oponiéndose al plan. Estimó inconveniente dar ese paso. Fue el primero de una cadena de errores en que se caería durante las siguientes veinte horas.

"—A las tres de la tarde, la hora prevista para la entrevista Ulate-Cardona, al acercarse el primero a su casa, notó al frente de ella y en toda la cuadra, un gran despliegue militar, con grupos de soldados armados en las esquinas. Entonces se devolvió y le mandó a decir al Sr. Cardona que no hablaría con él mientras la fuerza no fuese retirada de aquel sitio y no llegara solo él (Cardona). Quedó entonces fijada la hora de las cinco de la tarde para la entrevista y convenido que Cardona llegaría solo y Ulate estaría también solo. A las cinco, la entrevista. Cardona, uniformado y armado, empezó a hablar. Ellos eran hombres de honor a quienes se les pedía la renuncia por intriga de dos ministros que aspiraban a ser los amos del gobierno. No podía él abandonar a un compañero militar a quien despedían de ese modo. Le había ofrecido por dos veces el Sr. Figueres la embajada de la república Argentina; pero él se negó a aceptarla porque era como sacarlo de Ministro de Seguridad sin ninguna razón que lo justificara. Mantenían el mismo respeto de siempre por don José Figueres; pero en vista de que él no podía sustraerse de aquellas influencias que el poder pasase de una vez al Sr. Ulate, que había sido electo por los costarricenses para ejercerlo. Así se vería claro que él y sus compañeros no estaban dando un vulgar golpe de cuartel sino querían que se respetara la voluntad popular, que trataba de ser burlada desde la Junta. El Sr. Ulate respondió que no podía aceptar la presidencia de la república con origen en un pronunciamiento militar ni podía faltar al compromiso de honor que le obligaba a no ejercer el gobierno antes de la fecha convenida para que esto ocurriera. Entonces, —siguió Cardona— "—proponemos estas fórmulas: QUE SE

ABANDONE LA IDEA DE QUE PRESENTEMOS NUESTRAS RENUNCIAS Y SE NOS DEJE EN NUESTROS CARGOS, SI ESTO NO ES POSIBLE, QUE NOS VAYAMOS DE NUESTROS PUESTOS Y QUE SE VAYAN AL PROPIO TIEMPO LOS MINISTROS QUE HAN CREADO ESTA SITUACION; Y QUE SEAN DEROGADOS LOS DECRETOS ECONOMICOS, MODIFICANDO LA LINEA ECONOMICA DEL GOBIERNO-".

El Sr. Ulate llamó a la reflexión a Cardona. Le dijo que él tenía que estar contra ellos. Piensen en la repercusión internacional y en los daños para el país de un golpe de cuartel. ¿Van a matarse, unos contra otros, los mismos que ayer pelearon como hermanos por la libertad de Costa Rica y va a verse envuelto el país en una guerra fratricida? Ellos habían dado realización a una epopeya y habían contribuido a escribir una de las mejores páginas de la historia. No la manchen. Han empezado brillantemente su carrera y son jóvenes. Síganla por la buena senda. Maduren su juicio. En todo caso, no tiene incoveniente (Ulate) de transmitir a la Junta de Gobierno las fórmulas de Cardona, tal como este se lo pedía, pero es muy poco probable que se alcance un buen resultado; porque, en el extremo a que han llegado las cosas, ni podrán ellos permanecer en sus puestos ni la Junta querrá modificar el gabinete por exigencia de los mi-I ¡tares. Presenten sus renuncias, para solucionar el conflicto; y el propio Ulate gestionará para ellos cargos civiles en la administración. Al término de la entrevista, cuando se despedía Cardona, dijo:

"—*En todo caso, don Otilio, quiero que sepa que nosotros no ambicionamos el poder; y que como usted no quiere recibirlo ahora, de todos modos, si triunfamos, se lo entregaremos el ocho de mayo de mil novecientos cincuenta*—".

El Sr. Ulate preguntó:

"—¿Dónde va a estar usted para llevarle la respuesta de la Junta? ".

"—En el Cuartel de Artillería—"

"—Allá iré en la noche—"

Ulate que tenía pendientes otras entrevistas, le encomendó a don Mariano Sánz que se trasladase a la estación del Ferrocarril al Pacífico, donde había establecido su Cuartel General la Junta de Gobierno y les comunicase al Sr. Figueres y a los Ministros las proposiciones dé Cardona.

El Sr. Figueres, luego de haber escuchado al Sr. Sánz, pidió a este que repitiera a la Junta, ahí reunida, lo que había llegado a decirle. Así lo hizo el Sr. Sánz a quien se pidió que estuviera presente en la deliberación de la Junta para que llevara luego la respuesta definitiva.

Tras un corto cambio de impresiones entre los señores miembros de la Junta, ésta acordó responder a Cardona, categóricamente, que no aceptaba ninguna de las proposiciones que hacía; a lo más que llega era concederles que se pusieran, Cardona y compañeros, bajo la protección personal de don Otilio Ulate o la del Embajador de los Estados Unidos".

En los momentos en que tales cosas sucedían, la Junta de Gobierno se encontraba hasta cierto punto desorientada. Don Fernando Valverde Vega, quien fuera miembro, como Vicepresidente y Ministro de Gobernación en esa Junta afirmó que ante el desconocimiento de la situación general en el país, por las malas comunicaciones y en prevención de que la Junta pudiera verse en grave peligro, se decidió el traslado a la estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico no como se ha repetido infinitas veces, para contar con un edificio seguro en el que establecer un mando seguro, sino para que, en la eventualidad de que los cuarteles de las provincias con cabeceras en la meseta central cayeran en manos de los insurrectos, poder escapar en tren, que había uno listo en los patios de la estación,

hacia Puntarenas, pues allí en el peor de los casos, podrían resistir en La Angostura hasta lograr una reacción popular que obligara a los rebeldes a deponer su acción o contar, si eran derrotados definitivamente, con una salida segura para abandonar el país. Tal era, según el Sr. Valverde, la dramática situación de la Junta Fundadora de la Segunda República por la tarde del dos de abril de mil novecientos cuarenta y nueve.

Y la situación se tornó más grave aún, pues la negativa del Inspector General de Hacienda, Fernando Figuls Quirós a dejarse convencer por el Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Benjamín Odio para que desistiera de la aventura, " ...de esta tontería sin pies ni cabeza—", más preocupaba.

Figuls venía quejándose desde muchos meses antes ante sus compañeros, cada vez que con ellos conversaba en donde se encontraran, pues él no era del grupo que visitaba asiduamente la Cervecería Traube, de que todo aquello que Figueres les había prometido antes de la puesta en marcha de la guerra de liberación nacional, se había convertido en una mentira. Además se quejaba el Mayor Figuls de que los comunistas habían logrado salirse con las suyas y hacían diablos de zacate en el país.

"—...Manuel Mora salió vivo de San José. Lo dejaron salir sin molestarlo. Nosotros, yo y un grupo de oficiales jóvenes, queríamos liquidarlo porque era lo que había que hacer en ese momento, pero en la Junta lo protegían. Cuando salió del país alguien le disparó al avión, pero Manuel se fue vivo.

"—También me molestaba —afirmó Figuls— lo que pasaba con el presupuesto. Nosotros gritábamos al cielo, hasta blasfemábamos contra Calderón Guardia porque regalaba a sus paniaguados el presupuesto y entonces (1949) era más aún lo que se despilfarraba y eso me sacaba de quicio, por eso aunque jamás hablé con Cardona de un golpe ni me puse de acuerdo con él para darlo, me metí en el Bellavista. Yo había cogido ese edificio que estaba casi que abandonado y se le iba a dar al Museo Nacional para, en tanto, acomodar en él a muchas gentes del Resguardo y aún de Seguridad Pública que andaban de la ceca a la meca y así tenía alguna gente allí. Si hubiera coordinado con Cardona, posiblemente habría metido mucha gente, pero no fue así, en ningún momento nos pusimos de acuerdo para actuar. Claro que ellos sabían —Cardona, Tuta y sus hermanos Guillermo y Fernando- que yo no dudaría en pelear a su lado porque creía que la Junta era un fracaso y que, como lo he manifestado, a algunos de sus miembros se les salía el rojo y ahora, (en la fecha de la conversación) se les sale mucho más y eso nos molestaba mucho a todos y a mí quizás más porque siempre me ha molestado todo lo que huele a comunismo.—".

El Bellavista era una tremenda fortaleza. En ese sitio estuvo la residencia del prócer don Mauro Fernández. Más tarde, se construyó el cuartel, un cuartel que impresionaba, por su ubicación en lo alto de Cuestas de Moras, desde donde dominaba toda la ciudad capital. Piénsese en el San José de entonces sin edificios altos y podrá imaginarse como es que ese cuartel, usado en I 932 por el Lic. Manuel Castro Quesada para intentar un golpe contra el gobierno de don Cleto González Víquez, como respuesta a la elección como Presidente de don Ricardo Jiménez Oreamuno, con quien el Sr. Castro había competido en la justa electoral en la que tenía la certeza de resultar vencedor, era una verdadera amenaza para la nación si se tiene en cuenta el tipo de armas que los gobiernos de entonces poseían y que resultaban ineficaces contra los espesos muros cuartelarios. En 1932, fueron los parlamentarios quienes concluyeron con el alzamiento. En 1949, las cosas variaron.

Es bueno aquí señalar un hecho importante y es que para abril de 1949, en realidad el Bellavista había dejado, casi, de ser cuartel.

El 18 de mayo de 1948, hacía poco menos de tres semanas que había concluido la guerra civil con el triunfo del ejército rebelde, cuando el Director del Museo Nacional, entonces, Prof. Rómulo

Valerio Rodríguez, remitió a la Junta de Gobierno la nota No. 24, de esa Dirección, en la que les solicitaba dedicar el edificio para instalar ahí el Museo Nacional.

El 22 de mayo, el Secretario de la Junta Fundadora de la Segunda República, Lic. Gonzalo Solórzano González, contestó al Sr. Valerio con la nota que reza;

Sr.
Don Rómulo Valerio Rodríguez
Director del Museo Nacional Ciudad

Muy estimado señor Valerio:

Tengo el gusto de poner en su conocimiento que habiendo presentado el Sr. Ministro de Gobernación, don Fernando Valverde Vega, su atenta carta del 18 de mayo, a la consideración de los señores miembros de la Junta Fundadora de la Segunda República, en reunión de Gabinete de esta fecha SE RESOLVIO ACEPTAR LA SOLICITUD CONTENIDA EN DICHA NOTA, A EFECTO DE QUE UNA VEZ DESOCUPADO EL CUARTEL BELLAVISTA POR LAS FUERZAS MILITARES DEL GOBIERNO SE DESTINE ESE EDIFICIO A MUSEO NACIONAL. Con muestras de mi más distinguida consideración, soy de usted atento y seguro servidor.

Gonzalo Solórzano
Secretario de la Junta
Fundadora de la Segunda Repúbllica

Ahora el momento era grave. Figueres y sus Ministros pensaban en qué hacer para enfrentar la amenaza de Cardona si no poseían armas, pues la mayor parte de estas se encontraban en el Cuartel de Artillería, otras, pocas, en el Bellavista, alguna cantidad en la Academia Militar y muchas otras en Guanacaste a donde fueron enviadas para frenar la invasión de diciembre del 48 y enero del 49, procedente de Nicaragua y jefeada por el Dr. Rafael A. Calderón Guardia.

"*—Con lo que contábamos en esos momentos no podíamos defendemos ni siquiera una hora en caso de ataque— afirmó don Femando Valverde Vega, añadiendo que: "—cada minuto era una eternidad y a las malas noticias seguían otras peores. Era, como aquel cuento de los carros de don Juan: uno malísimo y el otro peor! Supimos también que Pulique (Manuel Enrique) Guerra había llegado al aeropuerto de La Sabana, con el fin de apoderarse de él, con órdenes de Cardona y que su hermano Jorge estaba en la Artillería con aquel. Vale que Pulique se dio cuenta de cómo era la cosa y a tiempo recapacitó poniéndose del lado de la Junta, que si no hasta La Sabana se nos hubiera ido de las manos... —* "

Don Fernando Valverde Vega, además de Ministro, era Vice Presidente de la Junta de Gobierno.
En la Artillería las cosas seguían andando sin mucho orden. Pasado el medio día, mientras los josefinos se preparaban para el descanso de ese fin de semana y en el de la Semana Santa que al día siguiente se iniciaba, en la Comandancia de aquella Unidad del Ejército, Cardona intercambiaba impresiones con sus amigos. Y así decidieron que Max Cortés y Miguel Ruiz Herrero, acompañados de otros militares, fueran en busca del único conspicuo excombatiente aún no ligado a la rebelión: Frank Marshall Jiménez.

Marshall vivía en una casa, de dos plantas, situada en donde hoy se ubica la agencia de vehículos Mercedes Benz, en el Paseo Colón.

Dos días antes, saliendo al patio y por esas cosas de los hombres, Marshall, en vez de bajar por las gradas, decidió brincárselas y al caer se luxó un tobillo, por lo que tuvo que someterse a tratamiento médico, que le llevó al enyesado del pie.

A bordo de un auto Chevrolet, propiedad de Miguel Ruiz, el teniente Micky Chaves, como chófer, se trasladaron a la casa de Marshall, quién al oír que llamaban a la puerta se asomó por un balcón del segundo piso. Viendo que era a él a quien buscaban, hizo a los visitantes pasar adelante, bajando de inmediato a conversar con ellos. Tanto Cortés como Ruiz y quienes quedaron fuera portaban ametralladoras livianas, lo que Marshall noto de inmediato como algo fuera de lo normal, no había nada que justificara tal demostración de fuerza. Mostrando ese enigmático aspecto de ausencia que le es característico, Marshall oyó la propuesta que le hacían de unirse al golpe y pensó: "—En realidad esto no es procedente. Yo he luchado por devolverle la legalidad al país, no para que la pierda, la Asamblea Constituyente está trabajando para volver a la normalidad completa y en pocos meses se le entregará el poder a don Otilio, así que, para qué esto—". Mientras sus interlocutores se esforzaban por convencerlo a entrar en el golpe, él trazó un plan. Sería un absurdo oponerseles en las circunstancias en que estaban: ellos con ametralladoras y él desarmado, por lo que con rapidez les propuso: "—Bueno, lo que pasa es que aquí no tengo arma, vamos a la casa d Dr. Ramiro Brenes, mi concuño, para traer mi ametrallado: Neuhausen de cañón largo, pues es la que me gusta usar…"

Tuta, al oír esa razón le insistió: ¿Para qué vas a ir por ella si en el cuartel hay docenas? Allá podés escoger la que te guste".

Sin dejarse convencer reflexionó el Ex-Jefe del Estado Mayor: "—Si me niego a complacerlos tienen dos caminos, o me hacen preso o me matan, que sería lo único que les queda, a que sigámosle el juego—". Insistió en la necesidad de tener su propia arma por lo que al fin, aún a regañadientes de Tuta, accedieron y en el mismo carro de Miguel Ruiz Herrero emprendíeron el viaje.

El Dr. Brenes Gutiérrez vivía a las 75 varas al sur de la Logia Masónica en el Barrio La California. Llegaron en un momneto porque, en aquel San José de entonces, casi sin tránsito la vías estaban semidesiertas, máxime que se trataba de un caluroso sábado por la tarde en que nadie trabajaba.

Al llegar a la residencia del Dr. Brenes, Frank los hizo pasar a la sala de ella, siguiendo él hacia adentro, de donde regresó con su arma, tiro en boca y sin seguro, listo para cualquier eventualidad pues las fuerzas estaban ya más o menos equiparadas y, encarando a sus compañeros, les dijo, con suave tono de voz, con el propósito de ver qué sucedería "—Bien, nos vemos más tarde...—" nada más.

Cortés y Ruiz regresaron a la Artillería, creyendo que Marshall los iba a acompañar en la aventura que habían iniciado.
Sin demora, en la casa del galeno, Marshall tomó el teléfono y llamó a su amigo el Mayor Carlos Gamboa. Carlos había sido compañero suyo durante la revolución del 48 y mantenía una magnífica relación y en Desamparados, en donde residía, contaba con una buena cantidad de seguidores. Le relató a grandes rasgos la situación a la vez que le solicitó que consiguiera algunos hombres, preferiblemente armados y se trasladaran, de inmediato a San José en donde se unirían.

En la Artillería se esperaba la llegada de Marshall, mientras este aguardaba a Carlos Gamboa. Los minutos, en ambos casos, irán eternos. Es que en la guerra lo peor no es la batalla sino la espera de que esta se inicie. En el Ínterin, Frank imponía de lo que estaba sucediendo al Dr. Brenes Gutiérrez. Gamboa llegó ¿qué? quizás quince minutos después de la llamada.

Un breve saludo como correspondía al laconismo militar del instante. La decisión fue inmediata: hay que ir a la estación del Pacífico a conversar con Figueres y evaluar la situación.

En el Pacífico se respiró un aire de alivio cuando se vio llegar a Marshall con Gamboa y algunos otros compañeros, hombres decididos, de probado valor en los campos de combate. No hizo esperar la reunión con Figueres y sus Ministros. La situación como se planteaba, era muy difícil para la Junta pues no tenía armas, unas se encontraban en poder de la Policía, pero eran poquísimas, otras se encontraban en la Academia Militar, pero no se sabía en qué posición se encontraba esta, Marshall sabía algo de la situación por lo que Tuta Cortés le relató durante el camino hacia la casa del Dr. Brenes y comprendía la angustia que se vivía en las tiendas gobiernistas.

La salvación del momento la constituía la Academia Militar y es así como también Cortés pensó que era el único escollo que tenían y que ya Cardona había tratado de sortear mandando a un propio, el oficial Joaquín Ortiz Pacheco, con un mensaje, de su puño y letra, pidiendo parque y un mortero, lo que se le envío teniendo el Mayor Ross el cuidado de remitirle parque viejo y casi inservible, y el mortero sin el percutor, sea que lo que en verdad envió era chatarra. Ross había sospechado tiempo antes que algo se tramaba y, poco a poco vio como había tratado de desmantelar la Academia Militar que había sido en realidad creada, sobre los escombros de la Unidad Móvil del gobierno anterior, por el Jefe de Estado Mayor al triunfo rebelde, Coronel Frank Marshall, dotándola de lo mejor con que se contaba y con hombres que en su mayor parte habían figurado en el Batallón El Empalme del que Marshall formó parte. Esa sospecha de Ross hizo que oportunamente le dictara órdenes al Teniente Marino Donato Magurno, en el sentido de que al parque nuevo y las mejores armas, las conservará disimuladas y a salvo de envíos.

En tanto Tuta, dentro de la gran actividad que desarrollaba, salió de la Artillería, llegando a la Academia Militar. Paró el jeep en que andaba, frente a una estación de servicio por allí existente, bajó y solo, caminó a la puerta de las instalaciones militares, solicitando hablar con Ross, de quien había sido compañero en El Empalme, en especial en las posiciones de El Jardín. Ross salió y al oír lo que Cortés le pedía, le dio orden de retirarse de inmediato, amenazando incluso con ordenar abrir fuego sobre él y sus compañeros si no lo acataban. El no estaba dispuesto a sumarse a la conspiración. Cortés se retiró con sus amigos hacia La Artillería. Iba un tanto preocupado al no contarse con esa unidad militar.

El Mayor Sydney Ross Coronado se había distinguido durante el período de la lucha electoral de 1947, tanto en Puriscal como en San José. Fue ejemplar en la acción cívica primero y luego en la militar. Durante el Combate de El Tejar, el 13 de abril de 1948, estuvo a punto de perder la vida y, en atención a sus méritos, disciplina y don de mando, al establecerse la Academia Militar,Marshall lo nombró su Comandante.

Al justificar esa actitud ante Cortés, Ross comentó: "—Quizás Tuta pensó que por haber sido mi superior en El Jardín yo me consideraría supeditado aún a él, pero la razón de jerarquía había desaparecido en el momento en que él se retiró del ejército.

La tarde iba avanzando, Haroldo Mora Gómez, soldado que prestó sus servicios en el ejército de Liberación Nacional, luchando en San Isidro de El General y en otros frentes creía, por los rumores que había escuchado, que Marshall estaba con el levantamiento y, antes de que los tiros conenzaran, se trasladó al cuartel de Artillería. En el puente que hay entre la cantina La Nueva Viña y la entrada a la Penitenciaría le dieron el alto, se identificó. Hubo las consultas del caso y Cardona personalmente, en un jeep, vino al puesto de retén a recogerlo. Era un buen soldado el que llegaba.

En el camino al cuartel, Mora se encontró con un inquieto joven: Harry Meoño Méndez, quien le habló sobre lo que aparentemente, pues los informes eran muy vagos, estaba aconteciendo e insistió en acompañarle al cuartel. Y lo hizo.

A su llegada a Comandancia, se encontró con algunos de sus viejos compañeros quienes tras los saludos de rigor le ofrecieron un trago de licor que no aceptó. En vez de unirse al corro, se dedicó a recorrer las instalaciones del cuartel, para ver cómo estaban las cosas.

Las idas y venidas se sucedían unas a otras dentro de la fortaleza y mientras el Gobierno, desorientado por completo, pues no había siquiera una idea semiclara de lo que sucedía, se apiñaba en las oficinas del edificio del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, a donde, como ya lo hemos señalado, se había asentado previendo la posibilidad de tener que huir hacia Puntarenas y, quizás hacia el exterior y es que había indicios de que Puntarenas se uniría al alzamiento, pues el Capitán Jorge Montero Gómez, con otros amigos, se encontraba en el puerto casi posesionado de la Comandancia, lo que sembraba temores si se tiene en cuenta que Montero era persona de muchas agallas y de gran popularidad entre sus compañeros de armas del 48.

En medio de esa confusión que afectaba a los dos bandos, en la Comandancia de La Artillería, Tuta Cortés propuso algunas ideas lógicas que no fueron aceptadas, incurriéndose así en otros errores de los que dieron por tierra con el intento rebelde. Por ejemplo, Tuta propuso a esas alturas vista la posición de la Academia Militar que aprovechando el hecho de que los tranvías corrían hasta Guadalupe, capturasen a dos de ellos, les colocasen sacos de arena y sendas ametralladoras de sitio y los pararan frente a las instalaciones de ese centro castrense y que un blindado cubriera la parte posterior del edificio, construido en madera, con lo que dejarían inmovilizados a sus ocupantes que tendrían hacer los alzados de una cantidad apreciable de armas y municiones. Cardona objetó el proyecto, por lo que Miguel Ruiz Herrero arguyó que nada estaban haciendo allí sentados en la Comandancia de la Artillería y que lo que deberían hacer era lazarse a las calles a combatir. Esa propuesta tampoco fue aceptada.

En medio de las propuestas y rechazos, Guido Madriz, Primer Comandante de la Policía, decidió trasladarse a su unidad para, con la gente a su mando, ocupar posiciones de combate en la Casa Presidencial en construcción (hoy Asamblea Legislativa). Al llegar a su cuartel encontró, sentado en su silla, en el escritorio de la comandancia, al Ministro de Gobernación y Vicepresidente de la Junta, don Fernando Valverde Vega, quien le preguntó: "-¿Con quién está usted?-". Madriz vio allí a José Santos Delcore y a Quilín Granados, entusiastas adherentes del movimiento y, creyendo que ellos dominaban la situación, contestó: "—Estoy con mi Coronel Cardona—".

"—Deténganlo de inmediato—" ordenó don Fernando, mostrando el arma que tenía oculta y allí fue hecho preso por los que él creía compañeros de causa.

La comandancia fue asumida por Delcore.

En la Artillería no se recibía noticia alguna alentadora y por ello se decidió que uno de los blindados que tenían allí, saliera a dar una vuelta por la ciudad y se apostara luego en el Anexo del Hotel Costa Rica, para que ocupado el edificio, se instalaran en la azotea algunas ametralladoras pesadas que permitieran dominar no sólo el Cuartel de la Policía sino también la Casa Presidencial de entonces. El Anexo era uno de los pocos edificios altos existentes en aquel entonces en la capital y por ende, estratégico.

La misión fue encargada al Teniente Miguel (Micky) Chaves Vives, quien había regresado hacía poco, con Cortés y Ruiz Herrero de la visita que habían hecho a Marshall. Chaves buscó voluntarios para la misión. Entre los que se le ofrecieron estaba el soldado Antonio Gamboa Vega que dijo a

Chaves: "—Mi teniente, voy a traer una ametralladora Mendoza que tengo en el cuarto—" y salí al segundo piso, el entusiasmo de la tropa por a la misión fue tan grande que cuando Gamboa bajó, ya el cupo estaba lleno. Al mando del vehículo iba Ricardo (Quica) Albarracín, quien ordenó un recorrido rápido por algunas partes de la capital, entre otras el aeropuerto de La Sabana, que se suponía en manos rebeldes pues se contaba con la ayuda del Mayor Manuel E. Guerra V. (Pillique), cuyo hermano Jorge estaba en La Artillería. Luego se trasladaron al Anexo.

En tanto, en el edificio del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, todo eran carreras. Figueres tomó el teléfono a eso de la una de la tarde y llamo a Ludwig (Vico) Starke quien administraba la Finca de la Caja. Starke durante la guerra civil del 48, comandó al grupo llamado "Legión Caribe" que ocupó el puerto de Limón en audaz operación.

"—Vico, véngase para el Ferrocarril. Es urgente. Lo necesito—" le dijo Figueres.

"—Vengo de arreglar un tractor, estoy todo sucio, apenas me bañe me voy para allá—".

"—No lo estoy invitando a un baile. Véngase corriendo, como está, es urgente—" le dijo con fuerza Figueres a Vico que sin esperar segunda, abordó su vehículo, llegando al Ferrocarril en breves minutos. Allí se le impuso de la situación y con rapidez pensó en que lo mejor era ir al Aeropuerto de La Sabana a tratar de que algún avión fuera a El Amo, en Guanacaste, a traer armas, pues allá había bastantes, lo mismo que soldados, desde diciembre del 48, en que se había sufrido la invasión procedente de Nicaragua.

En el aeropuerto había algunas armas y las cogió llevándoselas al Ferrocarril. La llegada de ese poco equipo insufló esperanzas entre los allí presentes.

En aquel mar de confusiones de uno y otro bando, Albarracín con el blindado se dirigió al Anexo del Costa Rica. Llegó, lo apostó frente a la puerta principal, por la avenida 1, frente a la estación de servicio de don Julio Esquivel Valverde, bajó con dos compañeros más, tomó el ascensor al último piso, para inspeccionar la posición debidamente.

Mientras el blindado, un carro de asalto que el gobierno americano había, con otros más, entregado al de nuestro país durante el curso de la Segunda Guerra Mundial, como parte del programa de Préstamos y Arriendos, rodaba por las calles Josefinas, Frank Marshall llegaba a la Academia Militar en un jeep propiedad de don Harry Carranza, quien a la vez lo conducía y con don Alvaro Rossi Chavarría.

El Sr. Carranza, conjuntamente con el Sr. Rossi, don Juan y don Jorge Arrea Escalante, iban ese sábado de cacería a Guanacaste. A eso de la media tarde, Juan Arrea decidió ir al cuartel de Artillería a conseguir algunos tiros para las armas que llevaban, pues siendo como eran todos excombatientes de la recién pasada revolución y la invasión de diciembre, contaban con excelentes amigos en los cuarteles. Pero, lo cierto es que entró pero luego no se le quería dejar salir, pues se trató de unirlo al levantamiento. Cuando consiguió salir del cuartel se fue al Pacífico con sus amigos y con las armas que poseían a ponerse a las órdenes de don Pepe. Allí estaban cuando llegó Marshall quien sin demoras le pidió al Sr. Carranza que lo llevara en su jeep a la Academia Militar y a Alvaro Rossi que los acompañara.

En muy pocos minutos llegaron a su destino. Marshall habló con el Comandante de la instalación, Mayor Sydney Ross Coronado, quedando de acuerdo en que este acataría únicamente —pese a que Frank no ocupaba en esos momentos cargo alguno militar o civil en el gobierno— las órdenes que este le giraría y, como primera providencia se le dio un grupo de 15 soldados al mando del veterano Teniente Amoldo Ramos, quien también había sido compañero de Marshall en El Empalme un año

antes y, para transportarlos a su destino se detuvo "manu militari" frente a la Academia misma un camión de carga, en el que montaron no sólo los soldados sino alguna cantidad de armas y municiones.

Se inició la marcha abriéndola el jeep en que iban Frank, Rossi y Carranza que siempre guiaba. Detrás venía el camión con los soldados cuya misión específica era la de prestarle la debida protección a la Junta de Gobierno en la estación del Pacífico.

Al llegar a la estación del Atlántico, en la esquina de donde hoy se encuentra el Cine California, la caravana dobló hacia el oeste, bajando por la avenida de las Damas doblando, en la esquina de la cantina el Morazán, hacia el Sur.

Al cruzar en la intersección de la calle nueve con la avenida primera, en donde está el edificio del Anexo del Hotel Costa Rica, Marshall vio, frente a la puerta principal de éste, al blindado, diciéndole en el acto a Carranza "—pare, pare...—"y con la ametralladora en fuego cojeando del pie lesionado, se bajó del jeep que estacionó unas quince varas abajo de la esquina, al lado izquierdo, corrió hasta el saliente que formaba la estructura de la bomba de gasolina, propiedad de don Julio Esquivel, que allí existía, mientras Arnoldo Ramos, que vio lo que sucedía, ordenó a los soldados apearse del vehículo y tomar posiciones de combate, ocurriendo algo gracioso visto a la distancia y es que acatando la orden hasta el chofer se lanzó del camión, siguiendo este, sin control, hacia el sur, golpeando primero el jeep de Carranza y luego, estrellándose contra un poste, cien varas abajo, frente a las Escuelas Internacionales, media cuadra al sur de Chelles.

Marshall conminó en voz alta a los del blindado a rendirse y la respuesta fue una ráfaga de tiros que le hizo Micky Chaves quien estaba más o menos a la mitad de la calle y otra lanzada por Jorge Arturo Castro, que se parapetó detrás del vehículo. Los proyectiles se estrellaron a pocas pulgadas de la cabeza de Marshall, a quien pringaron pedacitos de concreto de la tapia en la cara, contestanto este con una corta descarga que alcanzó mortalmente a Chaves, quien falleció horas más tarde y otra a Aguilar, lanzada por debajo del blindado, hiriéndolo seriamente en la pierna derecha.

Aguilar estaba arrestado en La Artillería. Era guardaespalda de Figueres desde que la Junta Fundadora de la Segunda República se instaló, pero un día, a fines de marzo de 1949, tuvo un incidente, en la Casa Presidencial, con el chofer del secretario de la Junta, Lic. Daniel Oduber y, en consecuencia se le envió a La Artillería. El día de la sublevación, molesto como estaba con el castigo, decidió unirse al alzamiento aunque "vio las cosas raras porque había mucho oficial y pocos soldados—".

"—Oí que Frank, a quien yo, desde luego, conocía muy bien —dice Aguilar nos gritaba: "—Ríndanse, yo estoy con la Junta—"

"—En un instante crucé miradas con Micky y este me dijo: "—Yo no me rindo—" Por mi parte opté por seguirlo y abrimos fuego sobre Frank, al que casi pegamos y que nos contestó, recibiendo Micky siete tiros en el cuerpo, ya que estaba al lado del blindado hacia la media calle, mientras que yo me parapeté tras el vehículo, alcanzándome una ráfaga lanzada por debajo de este, que me dio en la pierna derecha en la que se me alojaron dos proyectiles.—"

Marshall, a pecho descubierto, hizo los disparos que pudo, pues a la mitad de los tiros del magazine, el arma se le encasquilló. Pero, con los pocos disparos que realizara, logró controlar la situación allí.

Los quince hombres de la Academia Militar que iban en el camión, atendiendo las órdenes de sus superiores, el Tte. Ramos, el Sargento Oscar Vargas y el Cabo Orozco, se acomodaron en los caños para poder disparar con adecuada protección. Ramos lanzó algunos disparos por encima de la

torreta del blindado. Las descargas se multiplicaron y el Sargento Vargas fue alcanzado por un tiro que le produjo la muerte. También resultó herido un jovencito que andaba por allí dando un paseo en bicicleta.

Al ver la situación bajo control, Mario León, de la Academia Militar, se hizo con las ametralladoras Browning del blindado.

Pocos momentos después de la acción, vieron venir hacia el sitio del encuentro a un grupo de hombres armados. No se sabía quiénes podrían ser, por lo que Marshall ordenó tomar posiciones y esperar a que estuvieran cerca, pues, si resultaban adversarios, podrían dispararles con más seguridad de éxito.

La espera fue importante, pues lograron ver que quien venía al mando del grupo era Jorge Arrea, es decir, de los del mismos bando.

Durante la refriega, viendo a los soldados tendidos en los caños, sin comprender bien lo que sucedía, y el por qué de esa posición, mientras Marshall, solo, enfrentaba a los hombres del blindado, la señora esposa de don Julio Esquivel, desde la puerta de su casa, indignada y sin importarle el riesgo que corría, les gritaba a aquellos: "—cobardes, no ven que van a matar a ese hombre.— ¡Ayúdenlo!..."

La misma dama, con gran abnegación momentos después de concluida la breve y sangrienta refriega, hizo pasar a su casa a los heridos y allí con solícito cuidado les brindó los primeros auxilios mientras se hacían presentes las unidades de la Cruz Roja que los conducirían al San Juan de Dios.

"—Al día siguiente, cuando todo era calma, Marshall hizo llegar, en gesto de agradecimiento, un bello arreglo floral a mi esposa—" recuerda don Julio.

En el momento en que el encuentro se produjo, se encontraba reabasteciendo su vehículo de gasolina la Sra. Marichen Federspiel Kreutzwald quien, al darse cuenta de lo que acontecía, se lanzó con gran agilidad de su carro, metiéndose, con la rapidez del rayo, en la oficina de don Julio en donde se acurrucó un rato, saliendo luego aunque ilesa, demudada por el susto. Son las cosas de la guerra.

Dueños del blindado, Marshall y sus hombres, llevando como botín el vehículo, las armas y los prisioneros, continuaron el viaje hacia el Ferrocarril. Mientras, unidades de la Cruz Roja recogían a los heridos llevándolos al Hospital San Juan de Dios.

"—Me pusieron en un salón al lado de Micky Chaves —cuenta Aguilar— estuvo hablándome de muchas cosas, haciendo recuerdos de otros días, hasta que yo por efecto de los analgésicos, quedé dormido. A la mañana siguiente cuando desperté, me informaron que Chaves había muerto y que todo había terminado".

El regreso de Marshall al Pacífico fue apoteótico. La fama de sus pasadas acciones unida a la del golpe de mano que acababa de dar, hizo afianzar la esperanza entre los que se encontraban allí, prácticamente al borde de la desesperación.

Inmediatamente que llegó, lo trasladaron al segundo piso del edificio en donde estaba reunida, en el salón de sesiones de la Junta Directiva de la Institución, la plana mayor del Gobierno, con don José Figueres a la cabeza.

Hubo una evaluación de hechos y al constatarse que no había las suficientes armas para equipar a los voluntarios que llegaban, Marshall ofreció a Figueres prestar, con el compromiso de que se le devolverían, las que poseía, con su respectiva dotación de parque. Figueres aceptó de muy buen grado, pues en esas armas se fundamentaba la salvación de la Junta. En efecto se las usó, se le devolvieron a su propietario oportunamente y luego sirvieron, al serle obsequiados por este de algunos movimientos revolucionarios del continente, para buscar la libertad de diversos pueblos. Eso es para otro día.

Luego comenzaron a forjarse planes. Lo primero que hizo Marshall, con el pleno respaldo de Figueres y la Junta de Gobierno, fue ordenar a Carlos Gamboa la ocupación del edificio de Correos y Telégrafos, pues en esa forma se controlaba el tránsito de mensajes.

El edificio fue tomado por Gamboa y su gente sin mayores problemas. Gamboa en persona estuvo allí hasta que, rendida la Artillería, se trasladó a prestar sus servicios en el sitio que se le tendió al Bellavista.

Luego Marshall dictó, a alguna de las personas que hacían de Secretarios en aquel maremagnum en una improvisada oficina que estableció el Secretario de la Junta, Lic. Daniel Oduber, una carta dirigida al Mayor Sydney Ross, ordenándole que, junto con todo el personal, armas, municiones y demás implementos bélicos, se trasladaran a la Estación del Pacífico. Como se ha dicho, Ross, para evitar alguna mala sorpresa, atendía hasta ese momento, únicamente órdenes de Marshall así que la carta le fue llevada con presteza por un propio enviado por el Lic. Daniel Oduber Quirós, pues en esta forma no cabría sospecha alguna de que se tratara de una celada de los adversarios del Gobierno.

Ross, su gente y todo el equipo bélico de la Academia Militar, se fueron hacia el Pacífico, a recibir órdenes para ejecutar las acciones futuras que se les encomendaran.

Cuando Marshall sostuvo la escaramuza frente al Anexo, no se dio cuenta de que arriba, en los pisos superiores del edificio, se encontraba Ricardo Albarracín con varios compañeros más. Albarracín, al ver como se llevaban el blindado, tomó el teléfono del Anexo e informó a Cardona lo que había sucedido. Allí, la noticia de que Marshall estaba en contra, cayó como un balde de agua fría.

Se ordenó sacar los cañones de 75 mm, colocarlos frente al cuartel, apuntando hacia el edificio del Ferrocarril, al otro lado de la ciudad.

A la misma hora se pensó en la necesidad de surtir la despensa y, con tal propósito, salieron con un camión Haroldo Mora y Max Cortés.

"—Fuimos a un negocio por el Mercado Central y yo compré una cantidad de comestibles, mientras que Max compraba alguna cantidad, también, pero de licor. No me gustó la cosa, porque siempre he sabido que con licor no se puede razonar debidamente y en la guerra hay que estar despejado, pero bueno, no me opuse y volvimos a la Artillería —relata Haroldo Mora—.

"—Estando en el Cuartel, decidí que de veras había que entrar en acción y salí para darle la orden al Capitán Falcón, un francés, artillero, que estaba de alta, de que dispararan los cañones contra la estación, a pesar de que cerca de allí vivía mi madre. Levanté la mano para dar la orden, cuando salió Cardona y ordenó suspender la acción. Allí comenzaron, para mí, mal las cosas y me fui a la oficina de la comandancia a aceptar un trago de los tantos que me habían ofrecido y que antes había rechazado.—"

Por esas horas, llegó a la Artillería don Alex Murray Mac Nair, amigo y persona de confianza de don José Figueres a conversar con Cardona y tuvo libertad de moverse dentro de la fortaleza. No logró convencer al cabecilla del alzamiento de que depusiera su actitud, pero sí habría dejado sembrada, entre la guarnición, la simiente de un levantamiento o contragolpe interno.

Igualmente estuvo conversando con Cardona el corresponsal de prensa extranjera, Sr. Julián Weston, acompañado, incluso, de un fotógrafo que hizo varias placas mientras charlaban. Como se ve, no había mayores medidas de seguridad en la base militar central de los alzados.

Las noticias que llegaban a la Comandancia de la Artillería no eran buenas en forma alguna y como el tiempo transcurría sin decidir algo, Max Cortés tuvo otra idea para hacer que la situación se tornara favorable para el movimiento rebelde y envió emisarios a la Penitenciaría Central, situada al lado de su Cuartel, a pedirle al Segundo Comandante de la prisión, Mayor José Leónidas Romero que soltara a los presos, para armarlos y ponerlos de su lado.

Romero hizo luego el siguiente relato de la situación: "—...Nos dimos cuenta (el personal de la Penitenciaría) a las 10 de la mañana, que algo raro estaba sucediendo porque había movimiento sospechoso de carros en la Artillería. Una hora después supimos de fuente oficial que Cardona estaba preparando un movimiento contra la Junta de Gobierno. La misma fuente informativa nos preguntó que cuál era nuestra posición y manifestamos que estábamos enteramente a favor de la Junta de Gobierno. Después fuimos llamados de la Artillería para que nos presentáramos allí. Desde ese momento sospechamos que se nos llamaba para detenernos y no nos presentamos. A las dos de la tarde nos reunimos el Primer Comandante del Penal, Mayor Domingo García y yo, y planeamos lo que teníamos que hacer. En esos momentos de la Artillería enviaban retenes a situarse en la entrada del cuartel. Dieron órdenes terminantes para que nadie entrara ni saliera de los cuarteles.

Así pues, desde ese momento nos pareció la situación bastante grave, quisimos sacar las armas que aquí (en la Penitenciaría) teníamos, pero desistimos de ello, porque nos las hubieran decomisado los alzados. El Mayor Joaquín Garro y los otros oficiales, después de que hubimos conferenciado, dispusieron que toda la oficialidad trataría de abandonar el cuartel y yo me quedaría al mando de la plaza; ellos se unirían a las fuerzas del gobierno. Los Mayores Garro y García juntos, con el Oficial Alberto Franco, lograron evadir la vigilancia de los retenes, alcanzando el campo libre. Más tarde recibí un telefonema de las fuerzas leales de que se necesitaba el armamento de que nosotros disponíamos en el cuartel. Fue así como idee la manera de trasladar las armas al fortín No. 2; de ese fortín hice bajar, mediante una cuerda, todas las armas que más tarde fueron trasladadas al Cuartel General en la estación del Ferrocarril al Pacífico. Personas desconocidas se acercaron a la puerta de la Penitenciaría a preguntar cuántos eran los presos comunes que había aquí y acto seguido agregaban... "esa gente armada puede hacer mucho...—" A quienes tales cosas dijeron les repuse duramente; que para que los presos salieran de la Penitenciaría, primero tendrían que salir cadáveres. Ya tarde de la noche, recibí un telefonema de Cardona de que me presentara en la Artillería. Así lo hice. Me dijo Cardona que por qué no había comparecido antes y entonces le manifesté que él bien sabía que un Comandante nunca deja sólo su cuartel. Aproveché que él estaba hablando por teléfono, para ausentarme. Luego otro telefonema del mismo Cardona para que fuera a verlo, pero me resistí a hacerlo porque sabía que si llegaba nuevamente, me dejaba detenido...".

La penitenciaría, con su guarnición y su armamento, pese a estar separada de la Artillería por sólo una pared, no se sumó al alzamiento. Quizás si los presos, entre ellos los políticos, algunos de probada valentía, hubiesen sido armados, otro panorama se habría vivido, pero... De nuevo digamos: es esa otra historia.

Al ser las ocho de la noche comenzaba un nuevo capítulo. Don Otilio Ulate, en la última conversación con Cardona le había prometido ir a verlo para darle a conocer la respuesta de la Junta de Gobierno a sus peticiones.

A esa hora, desde la residencia de don Carlos Ventura, en donde se encontraba, don Otilio telefoneó a Cardona para informarle que se dirigía al Cuartel, acompañado de don Manuel Ventura y don Mariano Sánz.

En efecto, a los pocos minutos don Otilio se presentó en la puerta de La Artillería y le franquearon el paso.

La reunión se llevó a cabo en una de las oficinas de la Comandancia. Estaban presentes Cardona, Max y Fernando Cortés, Miguel Ruiz Herrero, Ricardo Albarracín y Carlos Lara. Los demás oficiales se agruparon en la puerta. El Sr. Ulate fue rotundo: "No había entendimiento posible. Debían rendirse y entregarse a la protección del embajador de los Estados Unidos o del propio Sr. Ulate, según la determinación de la Junta. Les hizo nuevas invocaciones a la reflexión y al patriotismo. En realidad no le dieron una respuesta precisa; se miraban los unos a los otros y no decían cosas definitivas. Tuta Cortés se quejó de que, según le habían dicho por teléfono, el Sr. Ulate la había manifestado al aviador Guerra que el acto de ellos era una traición militar pero Cardona se apresuró a cortar la escena con una intervención y los visitantes se despidieron sin saber cuál iba a ser la actitud posterior de los alzados.

Cuando el automóvil partía y los retenes le abrían paso, se acercó Cardona. El Sr. Ulate insistió: "—Reflexionen mucho y vuelvan sobre sus pasos.—" "—Ya habíamos reflexionado mucho cuando entramos aquí—" —contestó Cardona..

Partía el automóvil y los soldados lo rodearon diciéndole al Sr. Ulate: "—Don Otilio, llévenos de aquí. Queremos irnos—". De pronto, uno habló en voz baja: "-Cuidado, que ahí viene Cardona—"

El Sr. Ulate se trasladó directamente a la estación del Ferrocarril al Pacífico y pudo decirle al Sr. Figueres: "—Están desconcertados, no saben qué camino coger y la tropa no está con ellos.-"

Le refirió la escena de los soldados.

Habían llegado al Cuartel General del Sr. Figueres el Embajador de los Estados Unidos, Sr. Nathaniel Davis y el primer secretario de la Embajada, Sr. Dounovan. Ya habían conferenciado con el Sr. Figueres y entraron en conferencia con el Sr. Ulate. Este le refirió al Embajador lo que conocía de los sucesos; lo enteró de la entrevista que acababa de tener en el cuartel de Artillería y pudo afirmarle que la desorientación en que se hallaban los alzados y el abandono en que los dejaban los soldados hacía esperar que el cuartel fuese prontamente dominado. El Sr. Donnovan le preguntó entonces qué pensaba del Cuartel Bellavista y el Sr. Ulate le respondió que no sabía nada de lo que en él ocurriese, pero que en vista de lo que pasaba en el Cuartel de Artillería, era de presumir que el Bellavista no podría resistir por largo tiempo.

El Embajador de los Estados Unidos, a su vez, fue abordado por Frank Marshall quien le informó que iba a ordenar disparos de mortero, oportunamente, sobre el Bellavista, pues ese tipo de fortaleza antigua era inexpugnable a los tiros de armas livianas como las que había en el país, pero el emplearse los morteros, se convertían en trampa fatal. Le hizo el señalamiento para pedirle que girara las instrucciones necesarias a quienes se encontraban en el edificio de la Embajada, que estaba en la línea de fuego, separada del cuartel por una calle angosta si se quiere y al lado de la construcción de la Casa Presidencial, para que la abandonaran. El Embajador atendió lo que, más

que una solicitud, era una orden de quien se había erigido en director de las operaciones. Inmediatamente se evacuó el edificio.

La estación del Ferrocarril a esa hora era un hervidero de gentes y, se dictaron órdenes concretas para la lucha. Se formaron grupos para sitiar La Artillería. Se colocó un mortero en la plaza de Cinco Esquinas y se apoderaron de la planta embotelladora de la Orange Crush que funcionaba en ese sector emplazando en ella armas automáticas y fusileros. Se colocaron tropas en la antigua Plaza Solera, en Barrio México, en el puente sobre el Torres por la carretera a Heredia, en el puente a la Penitenciaría y por la llamada Cuesta de Traube. La fortaleza estaba completamente sitiada y las tropas leales con órdenes de disparar contra cualquier grupo o persona que de allí saliera en son de guerra. La guarnición del puente estaba comandada por el Mayor Joaquín Garro J. y el Mayor Guillermo Núñez, el héroe del aire en la guerra del 48, asistidos por un teniente de apellido Ruiz.

Ese era el grupo, por la cercanía con el cuartel, más importante.

Mientras todas esas providencias se iban tomando, Cardona, después de un contacto telefónico que tuvo con alguien de la estación del Ferrocarril decidió enviar a dos parlamentarios a donde Figueres, escogiendo al efecto a don Miguel Ruiz Herrero y a don Ricardo Albarracín. Iban a plantearle a Figueres, directamente ellos, los reclamos de los alzados.

"—Llegamos al Ferrocarril y allí Marcial Aguiluz, en un ridículo desplante, me encañonó por detrás, desarmándonos a Quica Albarracín y a mí —cuenta Miguel Ruiz Herrero— haciéndonos sus prisioneros. En ese momento bajó Frank Marshall y ordenó ponernos en libertad y nos trasladó a la planta alta del edificio, pasándonos a donde estaba reunida la Junta en pleno. ¡Había que ver los ojos que nos hizo Figueres...! ¡Las caras de todos los que allí estaban!

"—Le expusimos al Presidente y a sus Ministros lo que pretendíamos. Lo hicimos como repetición pues ellos ya lo sabían de labios de don Otilio Ulate. Con atención nos escucharon y luego nos pidieron que saliéramos para deliberar. Antes de salir les dije que recordaran que yo, al igual que Albarracín, íbamos como parlamentarios y que si no regresábamos a La Artillería a las doce de la noche, de allá se abriría fuego de cañón contra el Ferrocarril y se iniciaría la lucha en forma.

"—Salimos y yo me fui a conversar un rato con Marshall. Este estaba incómodo con lo que sucedía, pues varios de los alzados habían sido sus compañeros de armas y los más sus amigos personales. Quizás la actitud de Frank de no unirse al levantamiento obedeció a las diferencias que tenía con Cardona desde la revolución...

"—El tiempo corría y los de la Junta no daban señales de vida.

"—La evaluación de nuestra propuesta que era la destitución o dimisión del Padre Núñez como Ministro de Trabajo y del Lic. Alberto Martén, Ministro de Hacienda, autor de la nacionalización bancaria y del impuesto del l0% sobre el capital y la derogatoria de esos decretos, les estaba llevando tiempo, pensé.

"—Ya sobre el particular, meses antes del golpe, yo había conversado con Figueres en la Casa Presidencial y le hice ver lo absurdo de la nacionalización bancaria, pues al preguntarle cuánto iba a costar esa medida, me contestó que poco más de ochenta millones de colones, a lo que le contesté que le diera esa suma al Banco Nacional y que nosotros (yo era Director de ese Banco) se los daríamos a la agricultura y a la industria y, por otro lado que le fijara los topes de cartera, a través del Departamento Emisor, a los bancos comerciales y orientara mejor la política económica y crediticia del país y no quiso. Se cerró alegando que los bancos comerciales en verdad eran

propiedad de particulares manejados por José Joaquín Alfaro y por don Jorge (Moro) Hine y que eso no debía ser así.

"—Después de esa conversación con Figueres fue que me acerqué a Cardona señalándole que aquellas eran medidas comunizantes y que era necesario que se diera un golpe a la Junta.

"—Era lógico que la Junta se demorara en la respuesta. Figueres desde que le hicimos el planteamiento se mostró reacio a dar pie atrás en sus posiciones.

"—A esas alturas de la noche y viendo la cosa difícil y con el fin de evitar el derramamiento copioso de sangre que veía venir, les dije en cuanto pude: "—Señores, tengo que regresar a La Artillería antes de las doce, porque la orden de Edgar es de que si a esa hora no hay una respuesta favorable al arreglo, se abre fuego y, como pueden verificarlo, ya tienen todos los cañones apuntando hacia aquí. Aquello causó gran conmoción. Volví a salir y al rato me mandaron llamar para darme la respuesta que consistía en la siguiente propuesta: Que Cardona se fuera de Embajador a la Argentina, que Tuta Cortés volviera a Nueva York, a los demás nos dejaban como estábamos y, como dicen "Aquí paz y gloria". También hablamos y en eso estuvieron de acuerdo, en fijar una fecha para entregarle el mando a don Otilio, pues no se había definido al fin si se iba a gobernar por parte de la Junta los dieciocho meses pactados o si de acuerdo con el mismo pacto, se prorrogarían a veinticuatro meses. Estuvieron en eso de acuerdo.

"—Ya con la respuesta en nuestro poder, don Pepe nombró a don Fernando Esquivel y a don Fernando Castro Beeche como sus emisarios ante Cardona para ratificar la oferta y no sé de dónde sacaron una sábana blanca para enarbolarla como bandera de tregua mientras íbamos a la Artillería, pues yo les reiteré que al filo de la media noche comenzaría la balacera.

Nos montamos en el carro en que andábamos, partiendo hacia el cuartel. Pasamos frente al Correo y allí estaba Carlos Gamboa, que lo había copado y noté que había una buena movilización. Cuando doblamos, más abajo, para coger la cuesta hacia la Penitenciaría comenzamos a oír el tableteo de las ametralladoras y yo le dije a mis compañeros: "—Señores, se llevó puta esto. Ya Edgar comenzó a atacar el Pacífico. Quédense ustedes aquí, présteme la sábana y yo voy a ir a pie, corriendo a la Artillería a parar la acción. Me tiré del carro, cuando llegué al puente de la Penitenciaría, en carrera abierta, vi a un militar que también corría. No lo reconocí inicialmente en la oscuridad y me gritó: "-¿Con quién está Miguel?—" y le contesté " ¡—Con mi Coronel Cardona!—" y entonces me gritó: "— ¡Queda detenido!" Era Andrés Lippa, entonces Teniente. Me puso su ametralladora, montada, en el pecho. Le dije, "—pero si todo está arreglado-".

"—No, qué arreglado. Cardona está preso—"

"—Ya quedé yo también preso y más tarde nos juntamos todos, como prisioneros. Ya nada de arreglo ni de nada. Quedaba el Bellavista, únicamente, alzado...—".

Dentro de la Artillería, mientras Miguel Ruiz y Ricardo Albarracín parlamentaban en el Pacífico, sucedieron muchas cosas.

Los soldados no estaban claros de lo que sucedía y en consecuencia no tenían mística de pelea. Algunos, que habían llegado la víspera de El Amo, en Guanacaste, en descanso, estaban muy lejos de imaginarse lo que estaba pasando en realidad y veían, estupefactos, el desarrollo de los acontecimientos. La llegada de don Otilio Ulate, de quien todos eran partidarios, terminó de convencerlos que no podían estar ligados a la aventura, pues don Otilio se negó en redondo a asumir, en esas condiciones de rebeldía, el poder.

Entre los miembros de la guarnición comenzó a correrse la consigna de un contragolpe.

"—La víspera del golpe estuve de franco, el que se extendía hasta las primeras horas de la mañana del dos de abril. Vol vi al mediodía al Cuartel, en donde prestaba mis servicios, encontrándome con la novedad de que la guarnición estaba concentrada, sin que nadie supiera por qué. Todo eran conjeturas, pero nada más —relata Antonio Gamboa Vega—. Algunos comentaban que se trataba de un movimiento contra el l0% y contra la presencia del Padre Núñez en la Junta de Gobierno, pero concretamente nada sabíamos.

"—En la Artillería estaba detenido un muchacho que entiendo era empleado de la Presidencia. Estaba allí porque observaba buena conducta y entonces se consideró que era injusto mantenerlo en la Penitenciaría a donde inicialmente lo habían metido. Tenía un radio, el único que había en el cuartel. El nos enteró de que había escuchado que había alguna efervescencia en el país, en especial en la capital.

A eso de las cinco de la tarde le pregunté al Sargento Astorga, que allí prestaba servicio, que qué era lo que pasaba y me contestó: "—Todo el pueblo de Costa Rica está en la estación del Pacífico apoyando la Junta...—" Nada más, seguí sin saber mucho más de lo que ya sabía.

"—Yo estaba en la terraza, de servicio, mientras se llevó a cabo la entrevista de Cardona y sus amigos con don Otilio, en horas de la noche. Yo oí cuando, al salir don Otilio, les pidió recapacitar, que desistieran del intento de golpe y que él iba a intervenir para que nada les sucediera. No quisieron hacerle caso.

"—Hubo, entonces, acuerdo entre algunos, dirigidos por el cabo Carlos Luis Mena, el Sargento Juan Antonio Solano y Víctor Manuel Ortiz, a quienes daba indicaciones el Capitán Pacho Fernández, armero de la Artillería de preparar y alentar a la gente para un contragolpe.

"—A mí me correspondió ir de dormitorio en dormitorio preguntándole a los soldados, que estaban descansando, casi que ajenos al drama que se vivía en esos momentos, si estaban o no de acuerdo con el contragolpe y si lo estaban que se fueran preparando. Unos pocos me decían: "—no joda, déjeme dormir—" Los más contestaban: "—sí, claro, estoy de acuerdo" y se le levantaban de inmediato. Todos preparábamos las armas.

"—A las doce de la noche, el cabo Mena descendió por el tubo de contraasaltos que había en el puesto de una ametralladora pesada frente a las oficinas de la Comandancia, cogió esa arma y empezó a disparar contra ellas y la balacera se generalizó. Todos disparamos.

"—Estábamos conscientes de que teníamos que hacer el movimiento porque creíamos a pie juntillas que el fondo del golpe era contra don Otilio Ulate y, tanto es así que cuando comenzamos la balacera, lo hicimos al grito de ¡Viva Ulate!

"—Las armas apuntaron hacia las oficinas de la Comandancia y si no murieron todos los dirigentes fue porque Dios es muy grande, porque les disparamos cientos de tiros. Sólo se puede uno explicar su salvada pensando en que las gruesas paredes de los baños les sirvieron de escudo. En esa balacera inmensa muchos rasos, que nunca habían tocado una ametralladora pesada, las ocuparon, desperdiciando munición a raudales, pues con sólo tocar el disparador se van chorros de tiros y ellos la cogían como por diversión.

"—El Teniente Andrés Meza, que comandaba el grupo llegado tres días antes, en relevo, desde El Amo, estaba durmiendo en el salón reservado a los oficiales, cuando una bala, disparada por

cualquiera, se le incrustó en el cuerpo, matándolo en el acto. No se- dio cuenta siquiera de lo que pasaba en ese momento. La muerte se le impidió.

"—Momentos después de que comenzamos a disparar, se oyeron gritos provenientes de la Comandancia: "—No tiren más, no tiren más.!" Y los nuestros respondían: "Ríndanse hijos de puta...—". Al ratito, en efecto, se rindieron pues no tenían otra alternativa. No fue falta de valor, sin duda, lo que tuvieron Cardona y sus compañeros y sino que los tomamos por sorpresa. Manos arriba los fuimos sacando de la comandancia. Los cubríamos con nuestras armas para evitar una sorpresa. Los capturados no eran cobardes. Salían mojados, porque el baño en donde se lanzaron estaba lleno de agua. Jorge Guerra Velázquez tenía un rozón de bala en la cabeza, los demás estaban ilesos.

"—Hubo en ese momento un incidente desagradable, un soldado raso, de apellido Sánchez, de Cartago, que nos había ayudado en el contragolpe, le propinó un puntapié a Cardona, quien le dijo: "—Hijueputa soldado...-" Todos reprendimos a Sánchez por su gesto tan desagradable y cobarde.

"—Inmediatamente comenzamos a encalabozar a los detenidos. A mí me encomendaron custodiar a Tuta Cortés y cuando lo llevaba a la celda le dije: "—qué barbaridad Tuta esto que han hecho ustedes que fueron a las montañas casualmente para defender las instituciones y ahora las están mancillando—". A ello me contestó que no se trataba de nada contra don Otilio Ulate, sino contra el 10% y el Padre Núñez.

"—Cuando la balacera se armó, —agregó Gamboa— los que nos sitiaban, dispararon sobre el cuartel, creyendo que era que iniciamos un ataque en forma contra la Junta, lo que hizo bastante difícil que entendieran que habíamos controlado la situación.

"—Al rato, cuando ya entendían lo que pasaba entre los muros de la fortaleza, de primero llegó al Cuartel Frank Marshall. Al ver lo que había sucedido, ordenó: "—Todos al Bellavista a atacarlo... Y a la vez dio instrucciones para cargar parque y armas en los blindados que había allí. Rodolfo Quirós González le razonó que una vez que Figuls se diera cuenta de que Cardona se había entregado, se rendiría sin disparar un tiro, que esperáramos. Marshall reaccionó diciéndole: "—Hay que dejar guardado el miedo. Vamos muchachos—" y se fueron con un grupo hacia el Bellavista.

Poco rato más tarde llegó la Junta de Gobierno en pleno y todo era alegría. Figueres nos llamó "—émulos de Santamaría—" y no se qué otras cosas más. Era lindo oír tanto elogio...!

"—Uno de los prisioneros insistía, tanto ante nosotros, como luego ante la gente que iba llegando, que él nada tenía que ver con el levantamiento. Pero nosotros, la verdad es que lo cogimos allí y no podíamos imaginar que era inocente de lo que se estaba desarrollando.—"

El prisionero que protestaba su inocencia, resultó ser un familiar de don Edgar Cardona Quirós: Rodolfo (Popo) Quirós Quirós. Popo Quirós llegó al interior del cuartel de Artillería, a través de una alcantarilla, en la cual penetró por las inmediaciones de la antigua Botica Solera. Llevaba una carta del General Jorge Volio, el Cura Volio, para el Coronel Cardona.

El General Volio era un fervoroso calderonista. Durante la guerra civil de 1948 había comandado un cuerpo del ejército del gobierno, que fue acantonado en Tres Ríos. Su pasado lo revelaba como un hombre de armas tomar, un verdadero "caballero de la cruz y la espada". No sólo en Costa Rica sino en Nicaragua se había involucrado en aventuras militares. Al informarse de lo que acontecía aquel dos de abril, decidió jugar una baza y con don Rodolfo Quirós, remitió la misiva al Coronel Cardona, proponiéndole la ayuda de una gran cantidad de hombres a cambio de que se los armara debidamente. Volio no pedía en la carta, nada a cambio de la ayuda. Lo que pretendía, de todo

corazón, era terminar con la Junta de Gobierno y buscar, quizás, la posibilidad de retornar al pasado con Calderón Guardia y con Picado.

La misiva se perdió en la batahola del ataque interno y Ouirós tuvo que resignarse a ser encartado en el proceso y guardó prisión como los otros.

En el cuartel de la Artillería o Tercera Compañía como se le comenzó a llamar luego, la calma reinó por completo. Los soldados, aparte de los que Marshall llevó al sitio del Bellavista, se aprestaban también para el asedio a esa fortaleza.

Las manecillas del reloj de pulsera del Mayor Fernando Figuls Quirós, marcaban las tres y cincuenta minutos de la madrugada de aquel tres de abril de mil novecientos cuarenta y nueve.

Hacía en verdad poco rato que el tiroteo intenso que se escuchó, proveniente de la Artillería, había cesado. La comunicación telefónica con aquel cuartel estaba interrumpida y sólo quedaba esperar qué sería lo que iba a suceder. No sabía Figuls si Cardona estaba bien y dominaba la situación o si, derrotado, estaba preso. La incertidumbre le hacía encender un cigarrillo tras otro y gastar, como era su costumbre, alguna broma a los que estaban cerca de él, porque ni en los peores momentos lo abandonaron la sonrisa ni el buen humor.

Sonó en ese momento, intermitente, la campanilla del teléfono y Figuls lo atendió. Al otro lado del hilo, fuerte, se escuchó la voz del Presidente Figueres:

Aló, ¿es Figuls quien habla?

Sí, es Figuls, ¿qué se le ofrece?

"—Aquí habla Pepe Figueres. He sabido que usted dio orden a sus hombres hace unas horas de que si yo llegaba al cuartel Bellavista no me dejaran entrar. Es bueno que vaya revocando esa orden porque voy a entrar a ese cuartel. Lo intimo a que se rinda, cosa que ya hizo Cardona.—"

"—Yo no me rindo. ¡No creo que Cardona se haya rendido. En todo caso, deme hasta las siete de la mañana. De noche a nadie, oiga, a nadie le entrego el cuartel!—".

"—Necesito una contestación inmediata. Le doy diez minutos durante los cuales esperaré a que usted me llame para decirme que depone las armas.-"

"—Puede economizarse ese tiempo. Antes de las siete de la mañana no me rendiré!—"

Sonó el "click" del teléfono al cortarse la conversación.

"—Yo no me iba a rendir bajo ninguna circunstancia estando oscuro —refirió Figuls— agregando:

"—Apenas entramos a San José al concluir la revolución, Figueres, en ese mismo Cuartel Bellavista, ordenó que me alistara para ir a San Ramón a atajar la fuga del general nicaragüense Modesto Soto, que se retiraba con sus tropas calderonistas, nicas y comunistas, hacia Nicaragua como consecuencia de la derrota que les habíamos inferido. Dijo que me acompañaría José (Pepe) del Barco. Me preparé, busqué a Pepeó nos montamos en un jeep y cuando íbamos por La Uruca, por aquel viejo lugar tan conocido que llamaban El Sustinente, le pregunté a Del Barco: ¿y la gente?

"-¿Cuál gente?-"

"—La que nos acompañará".

"—Yo creía que vos la habías mandado adelante o que nos seguían—"

"—No hombre, si yo creía que vos lo habías hecho—".

Decidimos seguir solos, pero a mí me entró mala espina eso de que me mandaran casi que engañado. Es que yo sabía mucho, muchas cosas que me reservo por lo graves que son aún después de tantos años. Siempre he creído que lo que se pretendía era que los que huían me silenciaran para siempre... Esa madrugada del 3 de abril pensé "—de noche todos los gatos son pardos", así que me pueden asesinar si me rindo estando oscuro y esperé, en medio del infierno que se desató sobre el Bellavista, hasta pasaditas las siete de la mañana que alcé la bandera blanca—".

Después del diálogo Figueres-Figuls, se dio la orden de fuego sobre el Bellavista. Alguna ametralladora pesada, disparaba desde la terraza del Anexo Costa Rica, acompañadas de varios fusileros. Desde la azotea de la vieja Universidad de Costa Rica, varias ametralladoras semipesadas también cantaban su tonada de muerte y, desde la Casa Presidencial en construcción (hoy Asamblea Legislativa) más ametralladoras y fusileros, disparaban contra la fortaleza. Los morteros al mando del Sargento Alberto Bravo Rudín fueron instalados en el sitio en donde la vía férrea cruza la calle por la antigua Universidad.

Miles de proyectiles se estrellaban contra los muros del cuartel. Algunos pasaban las troneras de los fortines. No se podía estar en ellos. Era de veras como si todas las furias del Averno se hubiesen lanzado al asalto de la fortaleza.

Diez impactos de mortero se sintieron en los patios y techos del cuartel, produciendo graves daños y la metralla de las granadas de esos morteros del 81 impidieron que un cañón Skoda, de 75 mm., instalado en el patio del cuartel, apuntando hacia la ciudad, pudiera ser usado. Era suicida tratar de llegar a él.

Desde el puesto de mando se daban órdenes para resistir hasta por lo menos las siete de la mañana.

Mientras en la Artillería, Cardona y los suyos, encerrados en una estrecha celda, oían con alborozo la balacera: "—Es Figuls atacando, ahorita nos liberará—".

Haroldo Mora, que había logrado milagrosamente esconder dentro de su pantalón un revólver, calibre 38 largo, cuando los capturaron los soldados, y llevarlo hasta la celda donde estaban, propuso llamar al guardia, encañonarlo, quitarle las llaves, abrir la puerta y apoderarse de la ametralladora que estaba cerca de ellos y recapturar el cuartel en un audaz golpe de mano. Una vez más no le hicieron caso:

"—No seas idiota, nos matarán a todos—" le dijo Tuta Cortés al oír la propuesta de Mora Gómez y allí murió la cosa y la ilusión también. Antes de las siete y media de la mañana dejaron de escucharse los tiros y se acogieron a lo único que les quedaba: la resignación.

Fernando Figuls llegó al Bellavista temprano de la mañana del dos de abril. Nada había conversado con Cardona, es más, sus relaciones aunque calurosas, no eran muy frecuentes porque las ocupaciones de uno y de otro no los dejaban verse con la asiduidad con que el Ministro de Seguridad Pública se veía con los otros militares. La guarnición de la fortaleza era pequeña pues no funcionaba como un verdadero cuartel y aparte de algunos miembros del Resguardo Fiscal y algunos soldados de esa guarnición, que sumaban un total de 45 hombres, así como los tenientes

Rodrigo Chavarría Salas y Claudio Carazo y dos particulares; don Reinaldo Rodríguez y el Lic. Enrique Gamboa Rodríguez, no había nada más.

El Lic. Gamboa, en el día había oído, de parte del Lic. Daniel Oduber y de algunos otros, rumores de que algo raro estaba pasando, así que, sin saberlo a ciencia cierta, se dirigió al Cuartel Bellavista a prestar, si era preciso, su contingente y Figuls ordenó que se le dejara entrar.

Al comentar sobre esos acontecimientos sostuvo que él no SUPO durante las horas que allí estuvo de qué se trataba. El mismo Figuls se hizo solidario con Cardona casi que inexplicablemente y sólo podría asegurarse que lo hizo porque como aquel y otros, se estaban asfixiando en el medio en que se desenvolvía.

Añadió el Lic. Gamboa que cuando estaba en el Cuartel, en la madrugada del domingo 3 de abril, se dio cuenta de la conversación telefónica entre Figueres y Figuls, en la que el primero le intimaba rendirse. Es allí cuando Figuls le explica en verdad qué es lo que sucede.

Ante la situación real, el Lic. Gamboa le manifestó a Figuls que había llegado y permanecido allí engañado, pero que a la hora de decidir sobre la rendición se le debía consultar, porque él no la permitiría, tomando el mando de la fortaleza si era necesario, diciéndole además al jefe rebelde y a los demás oficiales que él no tenía ninguna responsabilidad en lo que pasaba ya que en ese preciso instante se enteraba de lo ocurrido, pero que ya metido en "la torta" aún contra su voluntad, no había más remedio que "jinetear la burra" y salir de allí muertos, pues en otra forma quedarían como traidores y como cobardes. Que era indudable que los harían pedazos allí dentro pero que eso era preferible a cualquier otra cosa. Posteriormente, cuando se habló de rendirse manifestó que le pegaría un tiro al que pusiera la bandera blanca, porque de allí él sólo saldría muerto y que su voluntad debía tomarse en cuenta ya que no se había tomado cuando se preparaban los hechos, llevándolo allí engañado sin saber de lo que se trataba—".

A espaldas del Lic. Enrique Gamboa Rodríguez, porque este estaba muy ocupado en la tan desigual batalla: 47 militares y 2 civiles, contra toda la fuerza del ejército, la policía, investigación, inteligencia y particulares que se improvisaron, como siempre ha sido en nuestro país, en militares, se alzó la bandera blanca.

La realidad es que del Bellavista casi ni se disparó. Los militares allí encerrados se mantuvieron durante las tres horas más duras del asedio, acurrucados en donde mejor se pudieran librar del plomo enemigo, pues venía en tal cantidad que no había forma de moverse sin el peligro de ser herido o muerto.

El Bellavista sufrió el más grande ataque que jamás, en la historia bélica de nuestra nación, se haya producido. Quizás la cantidad de munición gastada en contra de la fortaleza, sea un poco mayor que la empleada en toda la guerra del 48. Los sitiados, decíamos, casi ni lograron hacer un disparo. No podían hacerlo, salvo esporádicamente y antes del ataque, no lo hicieron, porque cuando pudieron, estaban confundidos con lo que sucedía.

Resulta ser que Figuls recibió una llamada telefónica de Edgar Cardona a media tarde del 2 de abril, en la que le comunicaba que la gente al mando de José Santos Delcore (Pepino) iba a ayudarlo y en efecto vieron que los soldados llegaban al edificio que se construía para Casa Presidencial (hoy Asamblea Legislativa) y tomaban posiciones. Lo que no esperaban es que esa gente los estuvieran sitiando. "Cuando yo los vi llegar, dijo Figuls sabiendo por lo que Cardona me dijo que la gente la remitía Pepino, ordené que no les dispararan, que cuidado lo que iban a hacer—". A Delcore lo había tenido el Ministro Cardona, viéndolo tan entusiasta, como uno de los aliados en la conjura. Otro error.

En el mencionado edificio se apostó el Mayor Carlos Gamboa al mando de cuarenta hombres. Con él estuvo también el Mayor Domingo García.

Ese grupo tuvo a su cargo lo que podríamos llamar "ataque frontal", por la cercanía que estaba del Bellavista, apenas calle de por medio.

En el edificio de la antigua Universidad, aprovechando la terraza que poseía, con un buen borde protector, se atrincheró el Mayor Ludwig (Vico) Starke, con algunas ametralladoras y bastantes fusileros.

En la Logia Masónica se apostó el Mayor Sydney Ross Coronado. Ross creyó que la construcción arriba era segura y, cuando se percató, casi se mata con sus hombres al desmoronarse parte de la misma por su endeble estructura. Buscó un punto seguro y desde allí se unió al ataque. Finalmente en el Anexo del Hotel Costa Rica, se aposentó el Mayor Rodolfo Quirós.

Cuando sonó la hora de la rendición, Carlos Gamboa, con algunos de sus hombres, descendieron de sus puestos y franquearon las puertas del Bellavista. Adentro, se notaban los efectos del combate. Los defensores fueron alineados para inspeccionarlos. A un lado de la puerta de entrada, que daba al oeste, se apilaban las armas dejadas por los soldados, los que habían estado de acuerdo con el levantamiento como los que no, los que habían participado por no tener otra alternativa.

Se encontraron tres cadáveres: Celso Manuel Cerdas Granados, Sargento, oriundo de Santiago de Paraíso de Cartago; Antonio Barboza, de Palmares, policía de la tercera escuadra, quien estaba cumpliendo arresto y José D. Barboza Tenorio, de Coronado.

En el primer momento se comentó sobre la posibilidad de que Figuls hubiese matado a dos de los soldados por negarse a pelear, pero claramente se estableció que no fue así, el tipo de heridas y la trayectoria de los proyectiles permitía determinar plenamente que los ultimaron proyectiles lanzados desde fuera. Era el precio de la guerra.

En el Bellavista se dictaron las instrucciones necesarios para trasladar a Figuls y compañeros a la Penitenciaría Central. Se les mantuvo reunidos. La mayor parte en silencio, mostrando la fatiga de la larga jornada.

Mientras en las oficinas de la Penitenciaría Central se iba filiando a los prisioneros, afuera se hacía el recuento de los muertos y los heridos, las víctimas del breve levantamiento:

Murieron: El Tte. Miguel Chaves Vives; Tte. Jorge Vargas Barrantes, Celso Manuel Cerdas Granados, Antonio Barboza, Juan D. Barboza, Marvin Alpírez, Marino Alpízar y Andrés Meza V.; además de Jaime de la Fuente, de la Cruz Roja, quien cayó mientras prestaba servicio a la Benemérita Institución.

El número de heridos fue alto: Blanca Monge Mata, Edith Villalobos, Carlos Castillo, Otilio Solano, Nelly Moya, Carlos M. Vargas, Cristóbal Valverde, Eduardo Yamuni, Carlos León Camacho, Cristóbal Cordero, Carmen Mora, Vidalia C. de Valenzuela, Rafael Acuña, Carlos A. Naranjo, Guido García, Eloy Corrales, José Joaquín Zavaleta, Carlos J. Gutiérrez, Mélida Miranda, Guillermo Cortés, Orlando Castro, Jorge Aguilar Castro, Carlos L. Fernández, Blanca de Soto, Flor Mary Solano, Deyanira Camero, Carlos Loaiza, Rosario León, Esteban González, Alexis Ocampo Ardón.

Muchas de esas personas fueron heridas estando en sus residencias, por balas perdidas. En las conmociones bélicas resultan pagando "los platos rotos" por lo general también algunos civiles no embarcados en la contienda.

Las autoridades judiciales entraron en acción de inmediato y la Junta de Gobierno tomó algunas providencias, por ejemplo el cuatro de abril se acordó que don José Figueres asumiera el cargo de Ministro de Seguridad Pública y todas las dependencias administrativas de ese Ministerio se adscribieron al de Gobernación, que ocupaba don Fernando Valverde Vega, a la vez Vicepresidente de la Junta y se ordenaron varios cambios en el ramo de Seguridad Pública. El mismo día se decidió nombrar un Juez Instructor Militar, recayendo el cargo en el Lic. don Francisco Carballo Quirós, prestigioso profesional joven, quien se puso en acción de inmediato tomando las declaraciones del caso conforme a lo que las ordenanzas del Ejército señalaban, en el caso de los militares y en cuanto a los civiles que figuraban en el intento de golpe, los tribunales comunes asumieron la tarea de juzgarlos.

Marcial Aguiluz Orellana fue designado, provisionalmente, Inspector General de Hacienda, en sustitución de Figuls. En el Bellavista se designó al Mayor Domingo García y al Capitán don Alberto Franco; en la Artillería se designó al Mayor Renato Delcore, en la Dirección General de Policía al Mayor José Santos Delcore, y como Jefe del Estado Mayor se nombró al Mayor Rodolfo Quirós González. Así quedaba, temporalmente, configurado el cuadro militar.

De las supremas autoridades surgió ese 3 de abril una orden perentoria: ¡Capturen a Claudio Cortés...! Ni siquiera le agregaron el "don", la policía se dio a la tarea de buscarlo por todas partes, mientras él encontraba refugio en la casa de un grande amigo suyo, el infatigable luchador anti-calderonista don Rafael Sotela quien a través de su estación de radio Titania, había librado duras batallas contra los gobiernos de Calderón y de Picado, por lo que sus adversarios, por lo tanto que hablaba por la radio, le encajaron el mote de "Chachalaca".

Al recibirlo en su casa, don Rafael le advirtió a Don Claudio que informaría a la Junta de Gobierno su presencia allí, a lo que el Sr. Cortés estuvo anuente.

Al medio día del cuatro de abril, llegó a la casa del Sr. Sotela una comisión oficial, encabezada por el Lic. Gonzalo Solórzano González, Secretario de la Presidencia a llevarse a don Claudio y este, en tono molesto le preguntó al Sr. Solórzano: "—¿Por qué me llevan? ¿Qué motivo hay? Si me van a someter a algún juicio tengo derecho a defenderme de cualquier cargo..."

Solórzano le contestó que nada sabía al respecto y luego, en un vehículo oficial, se le trasladó a la Penitenciaría Central en donde se unió a sus hijos y demás presos. Ya estaban tras las rejas todos los comprometidos en la asonada: Edgar Cardona Quirós, Guillermo Cortés G., Max Cortés, Fernando Cortés, Franklin Estevanovich, Rodolfo Quirós Quirós, Haroldo Mora, José Francisco Romero, Carlos Martínez, Ricardo.Madrigal, Manuel Antonio Quesada, Joaquín Ortíz, Jorge Castro, Oscar Madrigal, Carlos Francisco Padilla S., Harry Meoño, Fernando Figuls Quirós, Enrique Gamboa R., Manuel Zúñiga Jirón, Rodrigo Chavarría Salas, Pablo Vera Rodríguez, Claudio Carazo., Bernardo Rodríguez, Hernán Chaverri, Carlos Lara, Ricardo Albarracín, Miguel Ruiz Herrero, Guido Madriz, Héctor Camacho, Rafael Angel Alcázar, Miguel López, Guillermo Barrios, Carlos Agustín Ballestero, Lizandro Morales, Oscar Figueroa, José Manuel Villalobos, Rodrigo Jiménez, Oscar Sáenz F., Miguel Jara, Alvaro Roses, Porfirio Solís, Juan Guillermo Oviedo, Manuel Antonio Barquero, Víctor Manuel Bruno, Rafael Muñoz, Gonzalo Villa, Victoriano Arias, Jorge Quirós, Carlos Valverde, Juan Rafael Sandoval, Víctor de Jesús Solano, Efraín Richmond, Gonzalo Barquero, Mario Cañas, José Cerdas, José Luis Ramírez,. Fernando Ramírez, Oscar Arias, José Joaquín Solís, Orlando Agüero, Baudilio Madriz, Edgar Muñoz y José Aurelio Ruiz.

La prisión no fue leve. En los calabozos del sótano de la Penitenciaría se alojó a los detenidos. Comenzando la Semana Santa, nos relató don Miguel Ruiz Herrero, hubo algunos intentos por hacerles más llevadero el encierro y la Junta autorizó que el Jueves y Viernes Santo, sea a menos de ocho días del alzonazo, se les sacara a los patios de la prisión, pero: "—el mismo jueves llegó el Ministro de Justicia, Lic. Gonzalo Facio y ordenó que se nos devolviera a los calabozos—".

El lunes santo, a temprana hora de la mañana, se presentaron a la Casa Presidencial Frank Marshall y José Santos Delcore a solicitarle a la Junta de Gobierno, a la que pocas horas atrás Marshall había de veras salvado, que fuera clemente con los encartados, sus compañeros de armas, valerosos soldados del movimiento rebelde de 1948. Se les oyó y se tomó nota.

En las calles las multitudes se apretujaban para vivar a don Otilio Ulate, el Presidente Electo y a don Pepe Figueres, el Presidente de facto. Los heridos iban sanando, los muertos recibieron sepultura, los periódicos minimizaron la información o daban detalles esporádicos. Marshall regresó a sus ocupaciones habituales y sus armas volvieron al arsenal de donde habían salido para defender a la Junta de Gobierno en su peor momento.

El 26 de abril, se publica en La Gaceta el Decreto No. 496 de la Junta Fundadora de la Segunda República, en el que escuetamente se dice: "—*Se acepta la renuncia al Lic. Alberto Marten. Se recarga el Ministerio de Hacienda en don Fernando Valverde Vega*—".

La mitad de lo pedido por los alzados, se les concedía 22 días más tarde.

En La Gaceta del día 10 de junio, se insertaba el decreto de la Junta Fundadora de la Segunda República que dice:

"CARTERA DE JUSTICIA

José Figueres Ferrer, Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, DECRETA:

Concédese amplia y general amnistía en favor de todos los procesados por hechos delictivos cometidos con ocasión de la asonada militar que tuvo lugar los días 2 y 3 de abril último. Artículos 154, 155 y 157 del Código Penal Vigente.

Dado en la Casa,Presidencial, San José, a los 9 días del mes de julio de 1949.

José Figueres F. El Ministro de Justicia, Gonzalo J. Facio".

El mismo día los últimos detenidos, pues casi todos poco a poco habían logrado la excarcelación, salían hacia sus casas. Los fotógrafos de prensa los esperaban frente a la Penitenciaría. Iban alegres. Y Miguel Ruiz Herrero de vestido entero, con elegante corbata: "—Mi madre, considerando que yo había sido director de banco, estimó que debía salir del penal vestido en consecuencia con mi anterior cargo—".

Para ese tiempo "El Cardonazo" era un recuerdo. Todas las especulaciones que se hicieron, en cuanto a si había otros comprometidos, y que algunos comerciantes estaban involucrados con los rebeldes, quedaron en eso: especulaciones. Algunos, cuyos nombres aparecieron metidos en el lío, se defendieron y casi todos los que eran funcionarios públicos, continuaron en sus puestos. Sólo el Mayor Mario Flores Miralles, Comandante de Alajuela, fue trasladado de ese cargo al de Jefe del Taller Mecánico del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico.

El epílogo de todo esto, nos lo dio treinta y un años más tarde, don Fernando Figuls, en ese momento Jefe de Personal del Partido Liberación Nacional en la campaña que llevó a la Presidencia de la República a don Luis Alberto Monge:

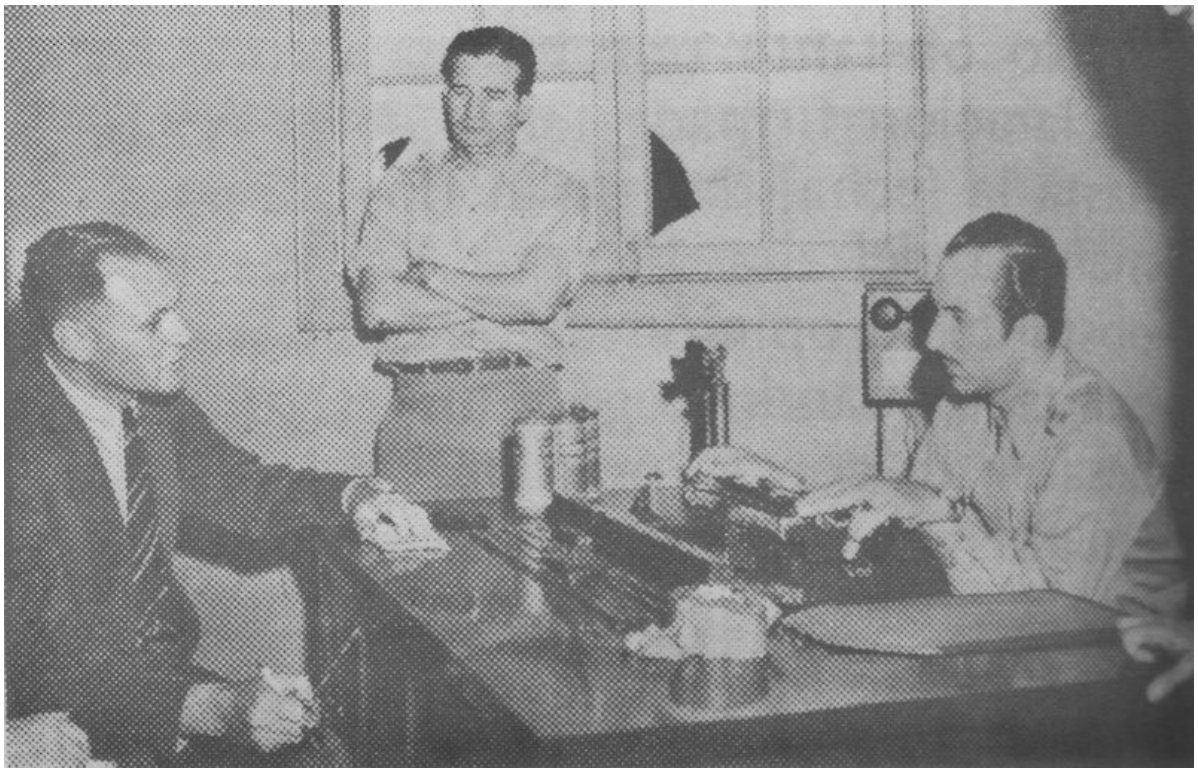
"—Yo sí creo que volvería a repetir lo que hice entonces. Estoy convencido de que en esa oportunidad yo tenía razón. He hecho mucho examen de conciencia y estimo que no estaba equivocado. Volvería otra vez a andar del brazo de Tuta, de Cardona, de esa gente si como entonces se tratara, entre otras cosas, de evitar que los comunistas, como lo están haciendo amparados por Figueres, se metieran en el gobierno.

En parte, la razón de "El Cardonazo" no ha muerto. Y que Dios nos acompañe—".

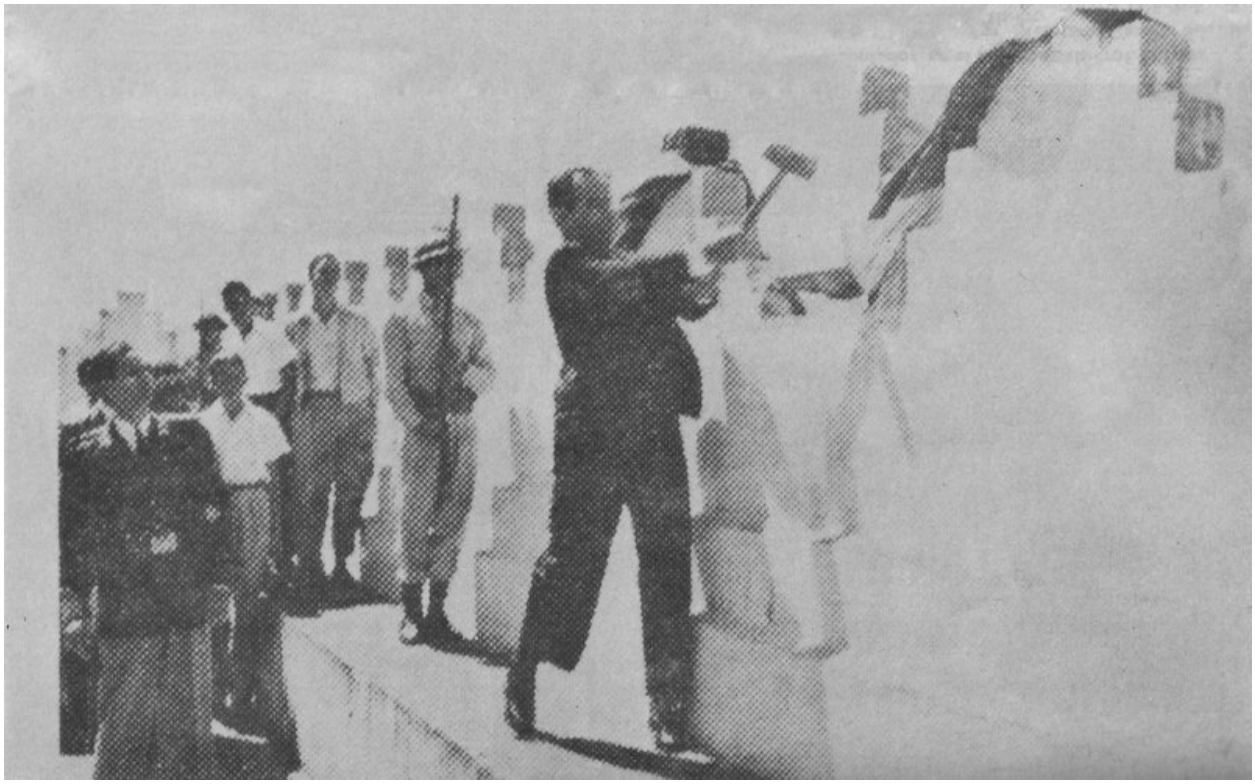
Finalmente "—*el que escribe estas líneas está orgulloso de pertenecer a la generación que ha dado hombres de este temple. ¿Fue la última en dar hombres?—* ".

Alajuela, Verano de 1986

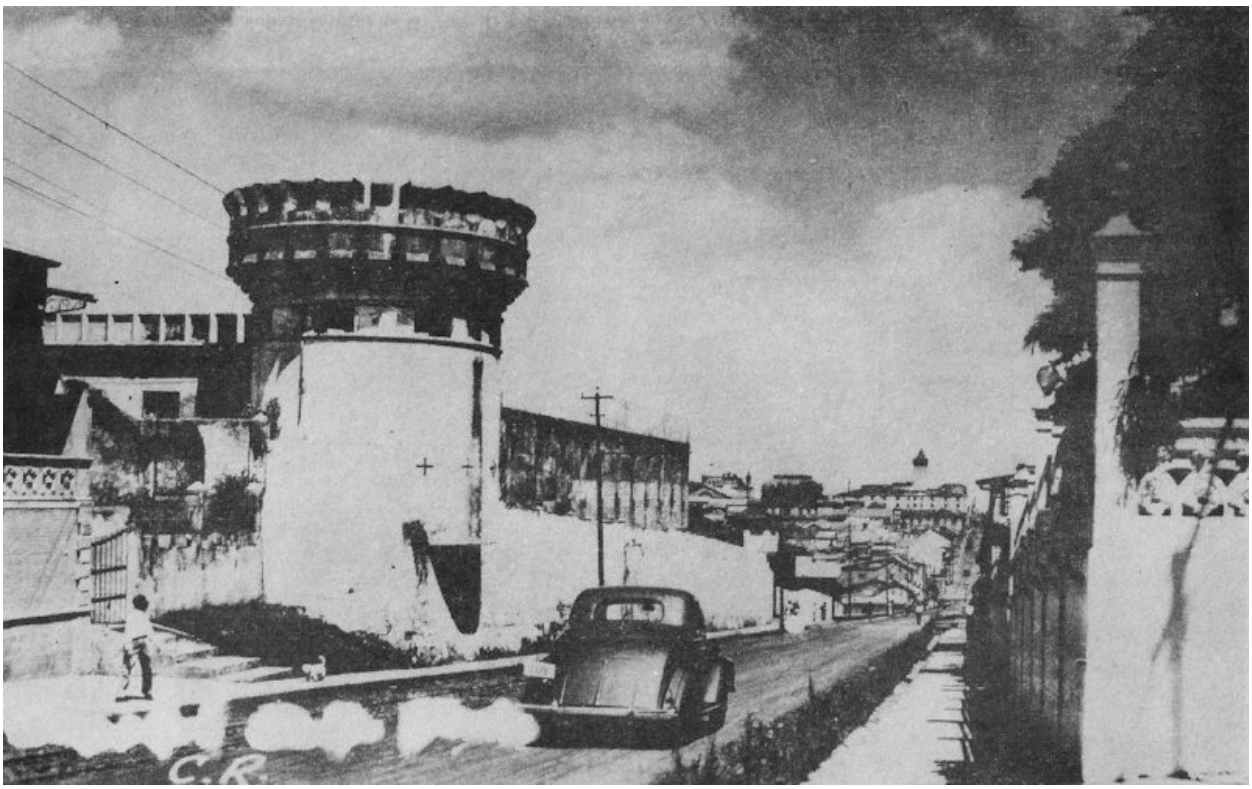
La Junta de Gobierno, en ausencia de don José Figueres, por don Fernando Valverde Vega. Sentados, en el orden usual: Prof. Uladislao Gámez, Ministro de Educación Pública, el Sr. Valverde Vega, Vice Presidente y Ministro de Gobernación, Lic. Daniel Oduber, Secretario General de la Junta y Lic. Alberto Martén Chavarría, Ministro de Hacienda. De pie: don Bruce Masís Diviassi, Ministro de Agricultura, don Francisco J. Orlich, Ministro de Obras Públicas, Coronel Edgar Cardona, Ministro de Seguridad Pública y Dr. Raúl Blanco Cervantes, Ministro da Salubridad Pública. Falta el Padre Benjamín Núñez, de Trabajo, así como Facio, de Justicia y Benjamín Odio, de Relaciones Exteriores.



En plena rebelión el Ministro Cardona recibe en su oficina en el Cuartel de La Artillería, acompañado de don Guillermo Cortés González, al corresponsal extranjero don Julián Weston a quien dio declaraciones sobre los propósitos que perseguía la insurrección.



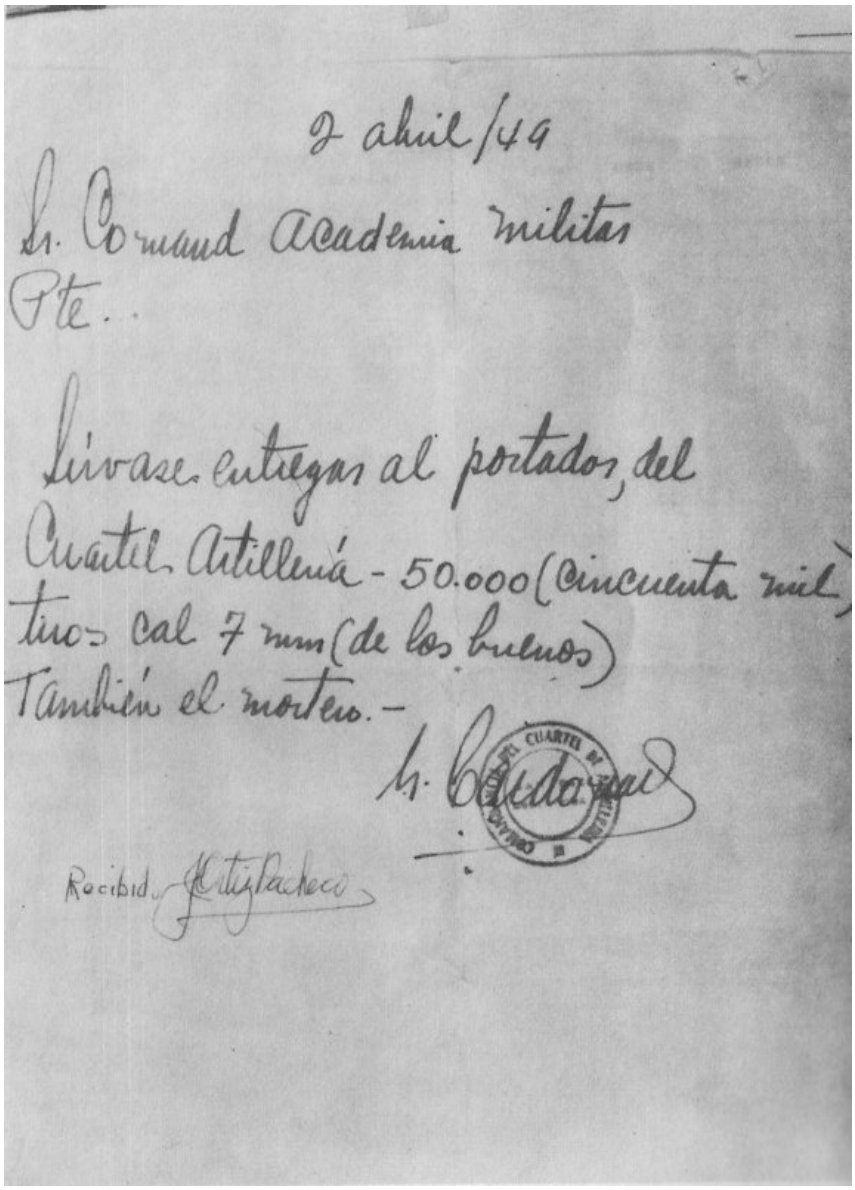
El Presidente Figueres derriba, simbólicamente, las murallas almenadas del Bellavista, para convertirlo en Museo.



Costado norte del Cuartel Bellavista, fortaleza que simbolizaba el poder militar. Esta vista corresponde a los años treintas.

Ulate y Figueres, al concluir el Desfile de la Victoria tras la cruenta guerra civil de 1948, acompañados de sus Ministros Núñez, Cardona, Masís y algunos militares y amigos.

José Santos Delcore y Frank Marshall, flanquean a don José Figueres en un acto protocolario en 1948, recién terminada la revolución.



2 abril/49

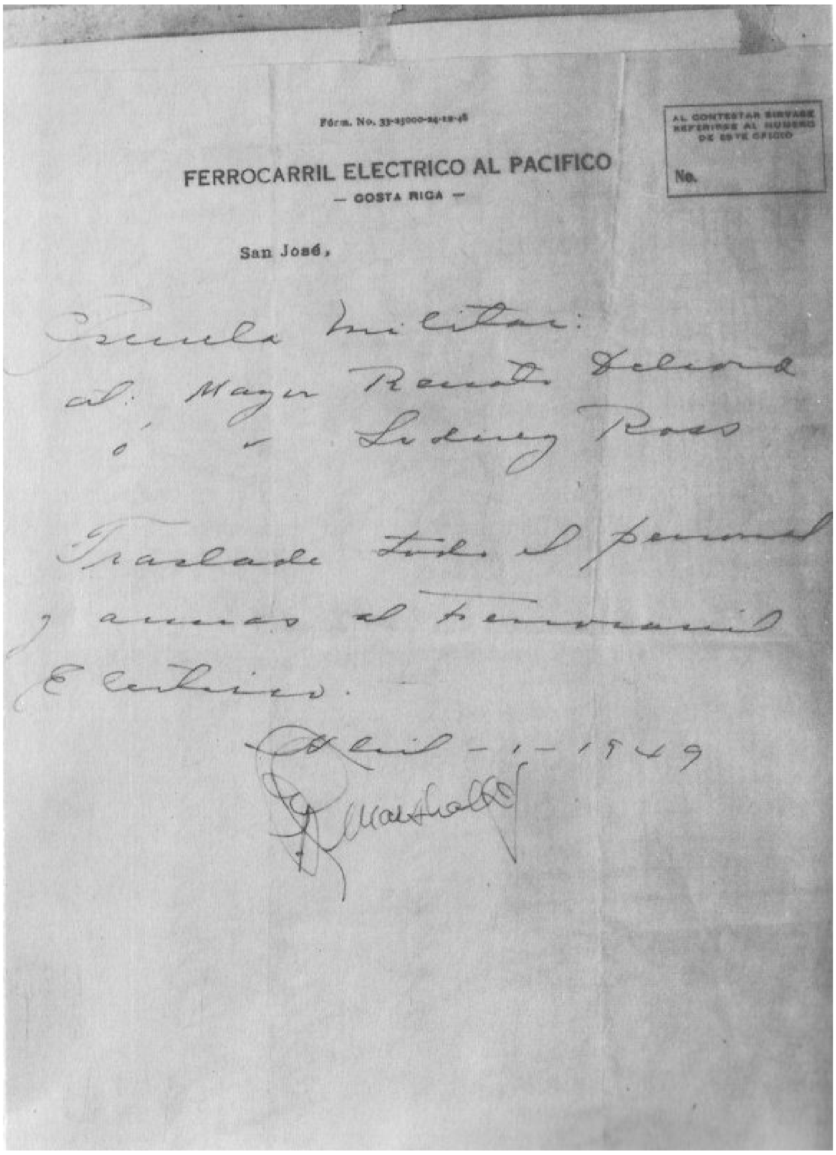
Sr. Comand Academia militar
Pte..

Sírvase entregar al portador, del
Cuartel Artillería - 50.000 (cincuenta mil)
tiros cal 7 mm (de los buenos)
También el mortero.-

Sr. Cardona

Recibí

Nota del Ministro Cardona al Comandante de la Academia Militar solicitándole municiones y un mortero.



Fórm. No. 33-25000-24-12-48

FERROCARRIL ELECTRICO AL PACIFICO

— COSTA RICA —

AL CONTESTAR SIRVASE REFERIRSE AL NUMERO DE ESTE OFICIO

No.

San José,

Escuela Militar:

al: Mayor Renato Delcore

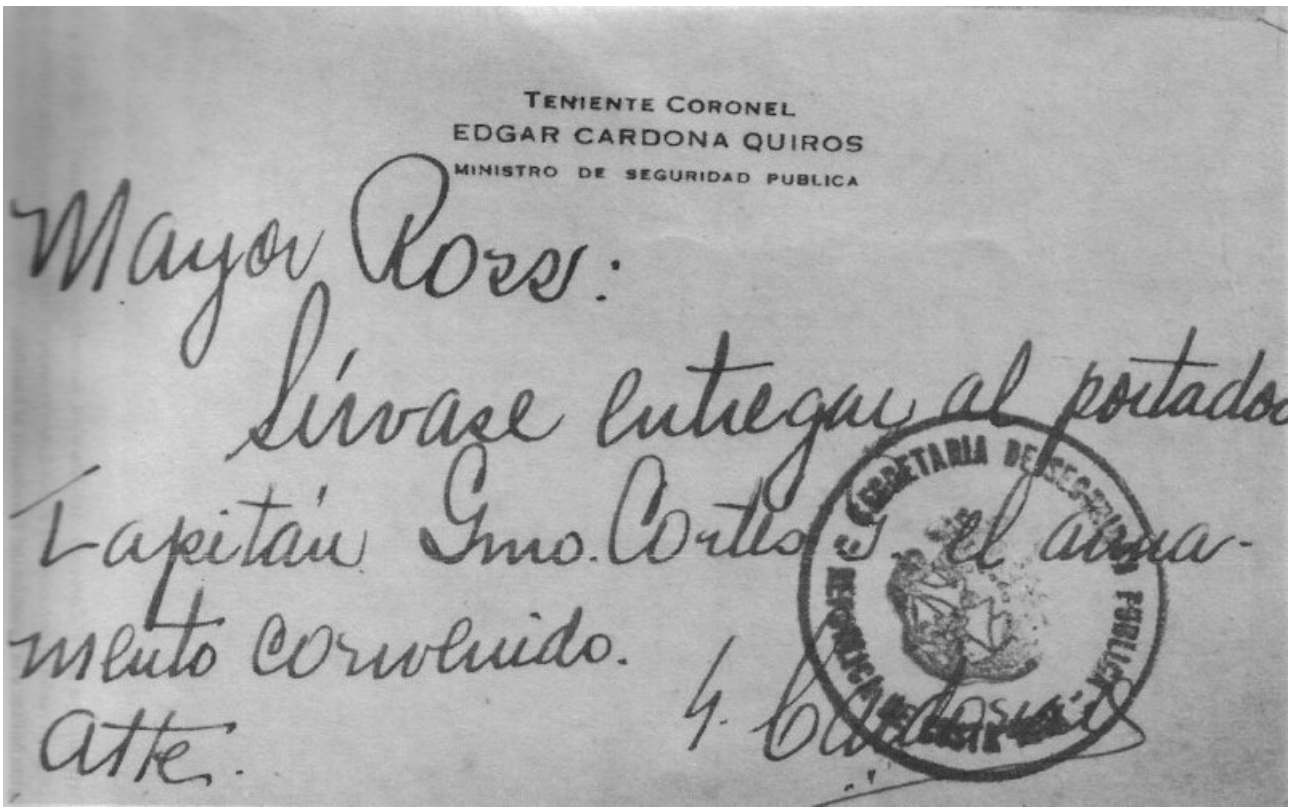
ó " Sidney Ross

Traslade todo el personal y armas al Ferrocarril Eléctrico.

Abril-1-1949

F. Marshall

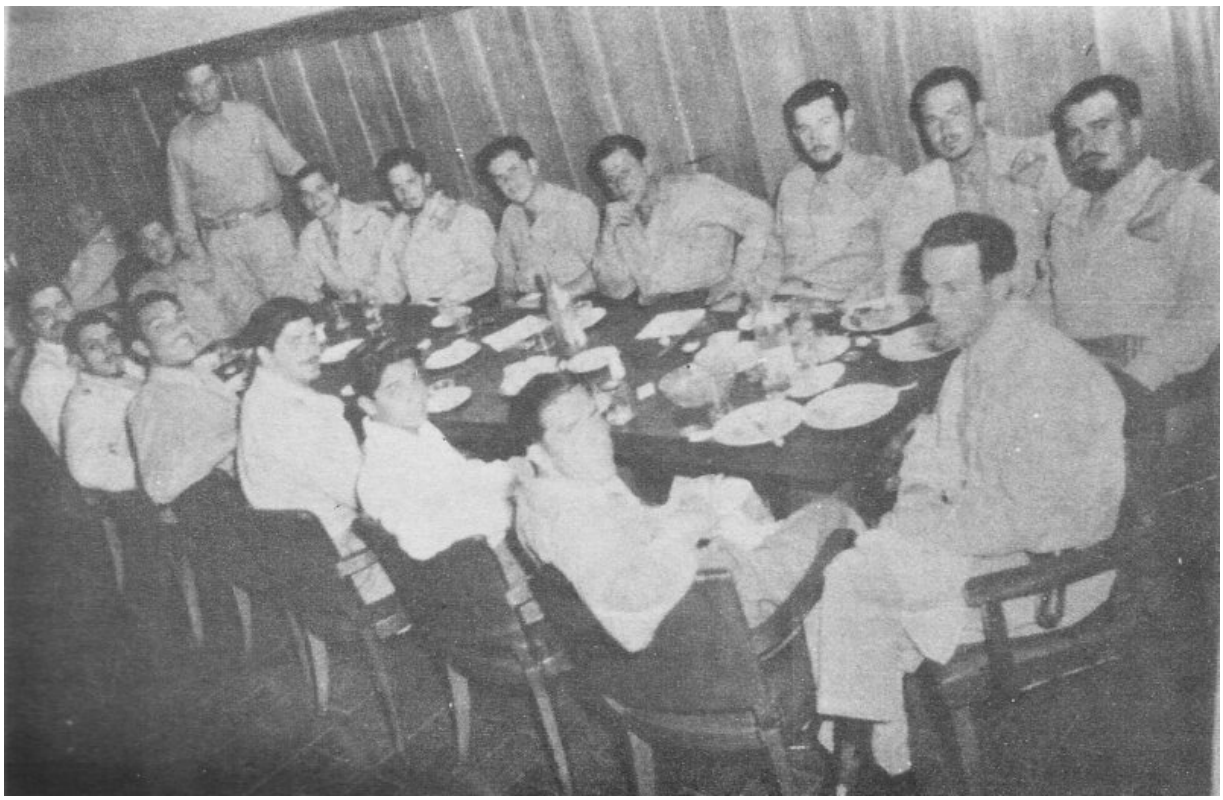
Carta suscrita por el Coronel Frank Marshall, fechada por error de quien la escribió, el 1 de abril, cuando en realidad corresponde al día 2, ordenando el traslado del personal y armamento de la Academia Militar a la Estación del Ferrocarril al Pacífico.


TENIENTE CORONEL
EDGAR CARDONA QUIROS
MINISTRO DE SEGURIDAD PUBLICA

Mayor Ross:
Sírvase entregar al portador
Capitán Gmo. Cortés y el arma-
mento convenido.
atte.
E. Cardona

Nota del Ministro Cardona al Comandante de la Academia Militar solicitándole municiones y un mortero.

Cadetes de la Academia Militar durante una revista.



Una reunión de oficiales del Ejército de Liberación, tras el inicio de la paz, el de la Cervecería Traube o "Munich" como ellos la denominaban.

La rebelión se había iniciado y en el edificio del ferrocarril Eléctrico al Pacífico, se agrupaban amigos del Gobierno. En la foto el Presidente Figueres con su deudo don Cornelio Orlich, don Tuto Quirós, don Fernando Valverde Vega y otros más.

El Mayor Miguel Ruiz Herrero, uno de los más activos en el grupo rebelde del 2 de abril de 1949. Había sido Jefe del Servicio de Inteligencia Militar y luego director bancario.

El Mayor Fernando Figuls Quírós. Inspector General de Hacienda en el momento de El Cardonazo. Comandó en esa rebelión al grupo atrincherado en el Cuartel Bellavista que fue el último en entregarse.

El Cap. Arnoldo Ramos —izquierda— con el Cap. Emilio Pacheco durante la revolución del 48. Ramos comandó al grupo de Cadetes de la Academia Militar que llegó de primero al Pacífico con Marshall.

El entonces Mayor Sidney Ross Coronado, Comandante de la Academia Militar, factor muy importante en el sofocamiento de El Cardonazo.

Ya El Cardonazo era recuerdo. Ese día 9 de julio de 1949, los últimos detenidos abandonaban las celdas de la Penitenciaría Central y el fotógrafo plasmó, para la posteridad el instante: Guillermo Cortés, Edgar Cardona, Fernando Cortés, Miguel Ruiz Herrero y Max Cortés, caminan a paso firme hacia la libertad.

GUILLERMO VILLEGAS HOFFMEISTER (Alajuela, 1932)

Realizó estudios primarios en la Escuela República de Guatemala; secundarios en el Instituto de Alajuela y Superiores en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid. Periodista por más de 30 años, fue redactor primero y luego Jefe de Redacción de Ultima Noticia y La República; Jefe de Redacción de La Palabra de Costa Rica, Redactor en La Prensa Libre y Excelsior; y Jefe de Redacción de La Hora.

Aficionado a la historia, obtuvo en 1956 un premio otorgado por la Comisión Organizadora del Centenario de la Campaña Nacional, por un trabajo sobre la autenticidad de la hazaña de Juan Santamaría. En 1962 fue galardonado con el Primer Premio del Concurso Histórico, para periodistas, sobre la Independencia de Centro América, por un Jurado compuesto por miembros de la Directiva de la Academia Costarricense de Historia y Geografía; en 1977 fue distinguido por el Colegio de Periodistas de Costa Rica, del que es miembro fundador, con el Premio JORGE VARGAS GENE, que por vez primera se otorgaba, en reconocimiento a su trabajo sobre la Guerra de Liberación Nacional, publicado en Excelsior bajo el rubro de "TESTIMONIOS DEL 48".

Ha publicado "EL OTRO CALDERON GUARDIA".

Tiene en preparación: "EL LIC. LEÓN FERNÁNDEZ BONILLA, APUNTES PARA SU BIOGRAFÍA", "ALAJUELA Y LA LEY DE LA AMBULANCIA" y varios libros correspondientes a la serie "COSTA RICA EN LLAMAS", que se refieren a los turbulentos hechos acaecidos en nuestro país de 1940 a 1948.